

HISTORIAS de CIENCIA FICCIÓN

L. AEBIMON
BRADBURY
C. CLARKE
L. de REY
Ph. K. DICK



GALAXIA
Ciencia · Ficción

Lectulandia

Los autores que componen esta obra «Historias de Ciencia Ficción», son suficientemente conocidos de los lectores que hace innecesaria toda presentación. Sin duda que estos relatos serán de su satisfacción.

Lectulandia

Isaac Asimov & Ray Bradbury & Arthur C. Clarke & Lester del rey
& Philip K. Dick & Gerald Kersh & Richard Matheson & Chad
Oliver & Jack Vance & Jack Williamson

Historias de ciencia ficción

Galaxia - 14

ePub r1.0

Titivillus 18.05.16

Isaac Asimov & Ray Bradbury & Arthur C. Clarke & Lester del rey & Philip K. Dick & Gerald Kersh
& Richard Matheson & Chad Oliver & Jack Vance & Jack Williamson, 1964

Traducción: Juan A. Ramió

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¡ES UN DÍA TAN BONITO!

Isaac Asimov

El 12 de abril del año 2117, la válvula-freno del modulador de campo de la Puerta de las pertenencias de la señora de Richard Hanshaw, se despolarizó por razones desconocidas. Consecuencia de ello, la jornada de la señora Hanshaw quedó trastornada y su hijo, Richard, Jr., comenzó a desarrollar su extraña neurosis.

No era el tipo de afección que uno calificaría de neurótica a tenor de los dogmáticos libros al respecto, y de hecho el joven Richard se comportó, en muchos aspectos, como debía normalmente comportarse un joven brillante doce años.

Pero a partir del 12 de abril, sólo con pesar podía Richard Hanshaw, Jr., persuadirse a sí mismo de cruzar una puerta.

La señora Hanshaw, en cambio, no tuvo la menor premonición de tales circunstancias en las horas que acompañaron aquella fecha. La mañana del 12 de abril se despertó como en cualquier otra mañana. El mecano penetró la habitación con una taza de café sobre una pequeña bandeja. Tenía pensado ir a Nueva York aquella tarde, aunque había que hacer una o dos cosas antes que no podían ser confiadas al mecano; de modo que, tras unos cuantos sorbos al café, decidió salir de la cama.

El mecano retrocedió, moviéndose silenciosamente a lo largo del campo diamagnético que mantenía su oblongo cuerpo a media pulgada del suelo, y se dirigió a la cocina, donde, funcionando según un sencillo computador, podía dedicarse a la tarea de preparar un apropiado desayuno.

La señora Hanshaw, tras dirigir la acostumbrada mirada sentimental a la cubografía que le mostraba la imagen de su difunto esposo, se preparó para las diversas etapas rituales de la mañana con un cierto alborozo. Alcanzó a oír a su hijo ocupado con sus primeras diligencias en el vestíbulo. Sabía que no tenía por qué interferir en asuntos tan delicados. El mecano estaba adiestrado para ello y no había por qué suplir sus funciones específicas, como ayudar a cambiarse de ropa o disponer un nutritivo desayuno. La tergo-ducha que había instalado el año anterior hacía que la mañana se convirtiera en algo tan limpio y complaciente y de forma tan perfecta que consideró que Dickie podía lavarse siempre en lo sucesivo sin supervisión.

Aquella mañana tan poco fuera de lo corriente y con tantas cosas que hacer, lo único que los acercaría sería el rápido beso que ella deslizaría en la mejilla de su hijo poco antes de irse. Escuchó la blanda voz del mecano anunciando que se aproximaba la hora de ir a clase y bajó al piso inferior mediante los flotadores (aunque su diseño para el peinado de aquel día no estaba todavía acabado), a fin de cumplir con aquel inexcusable deber de madre.

Encontró a Richard ante la puerta. De su hombro, colgando sobre el costado, pendía la cinta que sujetaba sus textos y el proyector de bolsillo, pero en su rostro se dibujaba un frunce.

—Oye, mamá —dijo alzando la mirada hacia ella—. He marcado las coordenadas escolares pero nada ocurre.

—No digas tonterías, Dickie —replicó casi automáticamente—. Nunca oí que ocurriera tal cosa.

—Bueno, inténtalo tú.

La señora Hanshaw lo intentó varias veces. Y era extraño, pues la puerta para la salida escolar estaba siempre dispuesta para una respuesta pronta. Intentó otras coordenadas. Si las puertas secundarias no respondían, al menos habría alguna indicación del desperfecto en la Puerta general.

Pero tampoco ocurrió nada. La Puerta permaneció como una inactiva barrera gris a pesar de todas sus manipulaciones. Era obvio que la Puerta estaba fuera de control... y sólo cinco meses después de la revisión anual de la compañía.

Comenzó a irritarse.

Tenía que ocurrir justamente en un día tan atareado. Pensó con ironía que un mes atrás había rehusado la oportunidad de instalar una Puerta subsidiaria, considerándolo un gasto inútil. ¿Cómo iba a saber que hasta las Puertas resultaban una engañifa?

—Sal al camino y usa la Puerta de los Williamson.

—Venga, mamá. Me ensuciaré si lo hago. ¿No puedo quedarme en casa hasta que la Puerta se arregle? —Había un tono de ironía tras la excusa de Dickie.

Con la misma ironía, la señora Hanshaw replicó:

—No te mancharás si te pones chanclos sobre los zapatos. Y no olvides limpiarlos antes de entrar en su casa.

—Pero, mamá...

—No me repliques, Dickie. Tienes que ir a clase. Y quiero ver que sales de aquí. Y date prisa o llegarás tarde.

El mecano, un modelo avanzado y de rápida respuesta, estaba ya frente a Richard con los chanclos.

Richard enfundó sus zapatos con aquella protección de plástico transparente y caminó hacia el panel de controles electrónicos.

—No sé cómo se hace, mamá.

—Aprieta el botón rojo. El que dice: «Úsese como emergencia». Y no haraganees. ¿Quieres que te acompañe el mecano?

—No, caramba —dijo con suficiencia—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una criatura en pañales? ¡Vaya por Dios! —Su murmullo fue cortado por un zumbido.

De nuevo en su habitación, la señora Hanshaw pensó en lo que iba a soltarle a la compañía, mientras marcaba un número telefónico.

Joe Bloorn, un joven competente, graduado en tecnología y adentrado en el estudio de los campos mecánicos, estuvo en la residencia de los Hanshaw en menos de media hora. Quizá sea un muchacho de valía, pensó la señora Hanshaw, que observaba su juventud con profunda sospecha.

Abrió uno de los muros corredizos de la casa cuando llegó. Pudo verlo entonces, de pie ante la abertura, limpiándose vigorosamente el polvo del aire libre. Se quitó los chanclos y los dejó a su lado. Penetró y la señora Hanshaw cerró el muro, aplastando el rayo de sol que había penetrado por el resquicio. Deseó irracionalmente que el haber tenido que caminar desde la Puerta pública le hubiera agotado. O que también la Puerta pública misma estuviera estropeada y que el joven se hubiera visto obligado a arrastrar sus herramientas tontamente a lo largo de doscientas yardas. Deseaba que la Compañía, o su delegación al menos, sufriera un poco. Eso les enseñaría lo que significaba un fallo de la Puerta.

Pero el muchacho parecía alegre e imperturbable mientras decía:

—Buenos días, señora. Vengo a ver qué le pasa a su Puerta.

—Me alegro que haya venido —dijo ella—. Aunque ya me ha fastidiado casi todo el día.

—Lo siento, señora. ¿En qué falla?

—En todo. No funciona. No ocurrió nada cuando ajusté las coordenadas. Y no hay la menor señal de que algo no funcione excepto que no obedece los mandos. Tuve que enviar a mi hijo que saliera por la casa del vecino a través de esa... esa raja.

Señaló la entrada por la que había penetrado el mecánico.

Éste sonrió y, consciente de su conocimiento sobre la materia en que era especialista, explicó:

—También es una puerta, señora. No tiene por qué utilizar las mayúsculas cuando escribe acerca de ella, pero es también una puerta. Una puerta manual. En un tiempo fue la única clase de puerta que se usaba.

—Bueno, pero al menos funciona. Mi hijo tuvo que salir por ahí, en medio de la suciedad y los gérmenes.

—No es tan malo estar en el exterior, señora —dijo el otro con la pedantería del degustador a quien la profesión le forzaba saborear el aire libre diariamente—. A veces es realmente desagradable. Pero, en fin, creo que lo que usted quiere es que arregle su Puerta, de modo que vamos al grano.

Se sentó en el suelo, abrió la gran caja de herramientas que había traído consigo y en medio minuto, mediante un desmagnetizador, tenía abiertas las tripas del panel de controles.

Murmuró para sí mismo mientras aplicaba los finos electrodos del comprobador de campo sobre numerosos puntos, estudiando las conexiones con los diales de mando. La señora Hanshaw lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Aquí parece haber algo —dijo luego, y de un tirón desconectó la válvula de freno. Le dio unos golpecitos con la uña y dijo—: Esta válvula de freno está despolarizada, señora. Ése es todo su terrible problema. —Recorrió con el dedo un compartimiento de su caja de herramientas y extrajo un duplicado del objeto que había quitado del mecanismo de la puerta—. Estas cosas fallan cuando uno menos se lo espera.

Volvió a montar lo desmontado y se puso en pie.

—Ahora funcionará, señora.

Marcó una combinación de referencia, pulsó y volvió a pulsar otra vez. Cuantas veces lo hizo, el gris apagado de la Puerta se convertía en un oscuro violeta.

—¿Quiere firmar aquí, señora? Por favor, ponga también su número de cargo. Gracias, señora.

Marcó una nueva combinación, la de su taller, y con resuelto gesto caminó a través de la Puerta. Mientras su cuerpo penetraba en las tinieblas, todavía se recortaba. Luego, poco a poco, fue haciéndose cada vez menos visible hasta que, por último, sólo pudo distinguirse el reflejo de su caja de herramientas. Un segundo después de haberla atravesado por completo, la Puerta volvió a convertirse en una mancha cenicienta.

Media hora después, cuando la señora Hanshaw había terminado con sus preparativos interrumpidos y estaba intentando reparar los infortunios de aquella mañana, eh teléfono sonó anunciándole que sus verdaderos, problemas estaban por comenzar.

Miss Elizabeth Robbins estaba afligida. El pequeño Dick Hanshaw había sido siempre un buen alumno. Odiaba por ello mismo llamarle la atención. Pero, se decía a sí misma, su comportamiento estaba siendo verdaderamente curioso. De modo que decidió llamar a su madre y contárselo.

Dejó un estudiante a cargo de la clase durante la hora de estudio que tenían por la mañana y se dirigió al teléfono. Estableció el contacto y contempló la hermosa y de algún modo formidable cabeza de la señora Hanshaw dibujada en la pantalla.

Miss Robbins vaciló, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

—Señora Hanshaw, soy la señorita Robbins. —Terminó la frase con una nota cantarina.

La señora Hanshaw pareció no entender. Luego dijo:

—¿La profesora de Richard? —Como réplica, también finalizó con una nota elevada.

—Exacto. La llamo, señora Hanshaw —prosiguió enderezando la trascendencia de sus palabras—, para decirle que Dick ha llegado bastante tarde esta mañana.

—¿Que llegó tarde? Pero eso es imposible. Yo misma lo vi salir.

La señorita Robbins pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que usted lo vio usar la Puerta?

—Bueno, no exactamente. Nuestra Puerta se estropeó de madrugada, de modo que lo envié a que se sirviera de la Puerta de un vecino.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a mentir?

—No, no, señora Hanshaw, no quiero decir eso: Me refiero a que si usted está segura de que se dirigió a casa de su vecino. Porque pudo haberse perdido y no encontrar el camino correcto.

—Ridículo. Disponemos de mapas y estoy completamente segura de que Richard conoce el emplazamiento de cada casa en el Distrito A-3. —Luego, con el sereno orgullo de quien conoce sus privilegios, añadió—: Por supuesto que no necesita conocerlo. Las coordenadas están siempre dispuestas.

Miss Robbins, que procedía de una familia que había siempre economizado al máximo el uso de sus Puertas (el precio de la energía gastada era la causa) y que hacía sus trayectos generalmente a pie a una avanzada edad, se resintió en su amor propio.

—Pues me temo, señora Hanshaw, que Dick no usó la Puerta de los vecinos. Llegó retrasado en una hora y las condiciones de sus chanclos indicaban que había caminado campo a través. Estaban llenos de barro.

—¿Barro? —La señora Hanshaw repitió con grandilocuencia la palabra—. ¿Qué dijo él? ¿Qué excusa puso?

Miss Robbins lamentó no poder suministrarle la consoladora información que pedía, pero se regocijó en su interior por la alteración que había sufrido la otra mujer.

—No dijo nada al respecto. Francamente, señora Hanshaw, parecía estar enfermo. Por eso la he llamado. Tal vez desee usted que lo atienda un médico.

—¿Tiene fiebre? —La voz de la madre pareció surgir de una seca garganta.

—Oh, no. No me he referido a una enfermedad física. Se trata de su conducta y de la forma que tiene de mirar. —Se detuvo dudando, y luego añadió con delicadeza—: Pienso que un chequeo de rutina dentro de la competencia psíquica...

No pudo continuar. La señora Hanshaw, con el tono más elevado que el aparato intercomunicador le permitía, chilló:

—¿Está sugiriendo que Richard está neurótico?

—Claro que no, señora Hanshaw, sino...

—¡Pues parecía insinuarlo así! ¡Qué ocurrencia! Richard ha sido siempre un muchacho perfectamente sano. Ya me cuidaré de él cuando regrese a casa. Estoy segura de que debe haber una explicación normal que no dudará en darme a mí.

La conexión se interrumpió bruscamente y la señorita Robbins se sintió herida y desacostumbradamente violenta. Ah fin y al cabo sólo había intentado ser útil, cumplir con lo, que ella consideraba una obligación para con sus estudiantes.

Regresó al aula y lanzó una metálica mirada al reloj de pared. La hora de estudio estaba llegando a su fin. La siguiente versaría sobre composición de inglés.

Pero su cabeza estaba en otra parte. Automáticamente, fue llamando a los estudiantes que tenían que leer algunas selecciones de sus creaciones literarias. Y de vez en cuando grabó algún que otro fragmento que luego repasó con lenta vocalización para mostrar a los estudiantes cómo debía ser leído el inglés.

La mecánica voz del vocalizador, como siempre, acusaba perfección, pero, también como siempre, evidenciaba falta de carácter. A menudo se preguntaba si era correcto enseñar a los estudiantes un habla disociada de la individualidad, preocupada sólo por el acento y la entonación.

Ese día, en cambio, no pensaba en tal cosa. Sólo tenía ojos para Richard Hanshaw. Éste permanecía tranquilo en su asiento, evidenciando quizás excesiva indiferencia por cuanto le rodeaba. Estaba como sumido en sí mismo y no parecía ser el chico de siempre. Resultaba obvio para la Robbins que el muchacho había sufrido alguna inusual experiencia aquella mañana, y que, realmente, había acertado en avisar a la madre, aunque no debiera haber mencionado lo del chequeo. Tampoco era una exageración a aquella altura de los tiempos. Todo tipo de personas pasaba por él. No era ninguna desgracia someterse a una prueba. O no debería serlo, vaya.

Al fin se decidió a llamar a Richard. Lo llamó dos veces antes de que respondiera y se pusiera en pie.

La pregunta general solía ser: «Si quieres efectuar un viaje y debes escoger algún viejo vehículo, cuál elegirías y por qué». La Robbins intentaba usar el tópico cada semestre. Le parecía adecuado porque contenía un sentido histórico. Obligaba a los jóvenes cerebros a pensar sobre el *modus vivendi* mantenido en los pasados tiempos.

Se aprestó a escuchar cuando Richard comenzó a leer en voz baja.

—Si tuviera que elegir entre algún viejo «véhículo» —comenzó, acentuando la e de vehículo en lugar de la i—, yo elegiría un globo aerostático. Viaja menos que los demás «véhículos», pero es limpio. Como llega hasta la estratosfera, debe estar todo purificado para que uno no pueda coger enfermedades. Y se pueden ver las estrellas si es de noche tan bien como desde un observatorio. Si se mira abajo se puede ver la Tierra como un mapa o quizá se vean las nubes... —Y así prosiguió durante algunas páginas más.

—Richard —señaló la Robbins una vez hubo terminado el chico su lectura—, se dice ve-hí-cu-los y no vé-hi-cu-los. La h divide las dos vocales y debes acentuar la segunda, no la primera. Y no se dice «viaja menos» sino «corre menos». ¿Qué os parece a los demás?

Un pequeño coro de voces confluyó en una única respuesta de aprobación. Miss Robbins prosiguió.

—Muy bien, muy bien. Ahora, decidme: ¿qué diferencia hay entre un adjetivo y un adverbio? ¿Quién sabría decírmela?

Y así sucesivamente. La hora de la comida llegó; algunos alumnos se quedaron a comer en el comedor del colegio; otros marcharon a casa. Richard figuraba entre los que se quedaron. La señorita Robbins lo advirtió, percatándose de que aquello no era

lo normal.

Llegó la tarde y, finalmente, sonó la campana de fin de jornada. Veinticinco chicos y chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron formando una fila.

Miss Robbins batía palmas.

—Aprisa, niños, aprisa. Vamos, Zelda, ocupa tu puesto.

—Me había olvidado mi grabadora, señorita Robbins —se excusó la niña.

—Pues cógela, cógela ya. Ahora, niños, apurad.

Pulsó el botón que corría una sección de pared y revelaba la tiniebla gris de una ancha Puerta. No era la Puerta usual que los estudiantes utilizaban para ir a casa a comer, sino un avanzado modelo que constituía el orgullo de cualquier colegio privado que se preciara.

En adición a su doble anchura, poseía un mecanismo accesorio dotado con un «manipulador serial automático», capaz de ajustar la puerta a un diverso número de diferentes coordenadas a intervalos automáticos.

A comienzos de semestre, la señorita Robbins empleaba siempre toda una tarde con el mecanismo, ajustando la maquinaria a las coordenadas de las distintas casas de los nuevos alumnos. Pero luego, gracias a Dios, raramente prestaba atención a las particularidades de un tan perfecto funcionamiento serial.

La clase se alineaba por orden alfabético, primero las chicas, luego los chicos. La Puerta se convirtió en violeta oscuro y Hester Adams agitó su mano mientras penetraba en su área.

—¡Adioooooo...!

El «adiós» se partía por la mitad, como siempre solía ocurrir.

La puerta se volvió gris, luego violeta nuevamente y Theresa Cantrocchi desapareció por ella. Gris, violeta, Zelda Charlowicz. Gris, violeta, Patricia Coombs. Gris, violeta, Sara Mary Evans.

La fila se reducía a medida que la Puerta los transportaba uno tras otro a sus respectivas casas. Naturalmente, podía ocurrir que una madre olvidara la Puerta de su casa abierta para la recepción en la ocasión oportuna, en cuyo caso la Puerta del colegio permanecía siempre gris. El violeta era señal de paso franco. Automáticamente, después de un minuto de espera, la Puerta entraba en su siguiente combinación mecánica comunicando con la casa del próximo niño de turno, mientras que el muchacho olvidado tenía que aguardar. Un oportuno telefonazo a los negligentes padres devolvía el mundo a su normal funcionamiento. No era conveniente que ocurrieran semejantes cosas, teniendo en cuenta la especial sensibilidad de los niños que veían así lo poco que sus padres se preocupaban por ellos. Miss Robbins, siempre que visitaba a los padres, procuraba ponerlo de relieve, aunque de vez en vez solía ocurrir.

Las chicas se agotaron y comenzó el turno de los niños. Primero John Abramowitz y luego Edwin Byrne...

Naturalmente, otro problema más frecuente era que algún chico entrara antes de

turno. Lo hacían a pesar de la vigilancia del profesor que, reloj en mano, computaba los envíos. Claro que esto solía ocurrir principalmente a comienzos, de temporada, cuando el orden de la fila todavía no les era del todo familiar.

Cuando tal cosa ocurría, los niños eran enviados a casas ajenas y luego regresaban. Tomaba algunos minutos rectificar el error y los padres se disgustaban.

Miss Robbins advirtió repentinamente que la línea se había detenido. Se dirigió al chico que estaba en cabeza.

—Camina, Samuel. ¿A qué estás esperando?

—No es mi combinación, señorita Robbins.

—Bien, ¿de quién es, entonces?

Contempló la fila con impaciencia. Alguien estaba en un lugar que no le correspondía.

—De Dick Hanshaw, señorita Robbins.

—¿Dónde está?

Ahora contestó otro muchacho, con el más bien repelente tono de aquellos que, conscientes de su cumplimiento del deber, reprueban automáticamente cualquier desviación de sus compañeros y no dudan en denunciarla a los encargados de mantener la autoridad.

—Salió por la puerta de incendios, señorita Robbins.

—¿Qué?

La Puerta pasó a otra combinación y Samuel Jones penetró por ella. Uno tras otro, los chicos fueron despachados.

Miss Robbins quedó sola en el aula. Se dirigió a la puerta de incendios. Era pequeña, abierta manualmente, y oculta tras un recodo de la pared para que no rompiera la estética del paisaje.

La abrió de un tirón. Estaba allí como medio de fuga en caso de incendio, un artilugio que había perdurado anacrónicamente a pesar de los modernos extintores que todos los edificios públicos usaban. No había nada en el exterior, excepto lo exterior mismo... La luz del sol era mortecina y soplaban un viento polvoriento.

Miss Robbins cerró la puerta. Se alegraba de haber llamado a la señora Hanshaw. Había cumplido con su deber. Más aún, era obvio que algo le ocurría a Richard. De nuevo sintió deseos de llamar por teléfono.

La señora Hanshaw había decidido finalmente no ir a Nueva York. Se había quedado en casa con una mezcla de ansiedad y rabia irracional, la última dirigida contra la descarada señorita Robbins.

Quince minutos antes del final de las clases su ansiedad comenzó a dirigirse hacia la Puerta. Un año atrás la había equipado con un mecanismo automático que la activaba según las coordenadas de la escuela, manteniéndola hasta la llegada de Richard.

Sus ojos permanecían fijos en el gris de la Puerta (¿por qué la inactividad del campo de fuerza no tenía otro color más vivo y alegre?) mientras esperaba. Sus

manos sintieron frío y se buscaron inconscientemente.

La Puerta varió al violeta justo al preciso segundo pero nada ocurrió. Los minutos pasaron y Richard se demoraba. Luego comenzó a retardarse. Finalmente se hizo demasiado tarde.

Estuvo esperando durante un cuarto de hora. En circunstancias normales hubiera llamado a la escuela, pero ahora no podía hacerlo, no podía. No después que la profesora la había imbuido deliberadamente en aquella historia del estado mental de Richard. ¿Cómo iba a hacerlo?

La señora Hanshaw se removió intranquila en su asiento, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y expulsó el humo. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Podía Richard haberse quedado en la escuela por alguna razón? Se lo hubiera dicho anticipadamente. Se le ocurrió pensar que... él sabía que ella planeaba ir a Nueva York y que no estaría de vuelta hasta bien entrada la noche... No, se lo hubiera dicho. ¿Por qué se preocupaba entonces?

Su orgullo comenzó a resquebrajarse. Tendría que llamar a la escuela o si no (cerró los ojos al evocar la posibilidad) a la policía.

Cuando abrió los ojos, Richard estaba ante ella, la mirada fija en el suelo.

—Hola, mamá.

La ansiedad de la señora Hanshaw se transformó, por arte de magia, en repentina ira, argucia que sólo las madres conocen.

—¿Dónde has estado, Richard?

Pero entonces, antes de ponerse a despotricar contra los hijos desnaturalizados que parten el corazón a las desconsoladas madres que tanto tienen que sufrir, se dio cuenta del aspecto de Richard y exclamó con horror:

—¡Has estado al aire libre!

Su hijo se miró los polvorientos zapatos que sobresalían por los bordes de los chanclos y luego se fijó en las marcas de barro de sus piernas y en la mancha que lucía su camisa.

—Bueno, mamá, mira, yo pensé que... —Y se cortó.

—¿Algo no marchaba en la Puerta de la escuela?

—No, mamá.

—¿Te das cuenta de que he estado a punto de enfermar por tu culpa? —Vanamente esperó respuesta—. De acuerdo. Hablaré contigo más tarde, jovencito. Primero tomarás un buen baño. Luego, cada milímetro de tu ropa será desinfectado. ¡Mecano!

Pero el mecano había comenzado a reaccionar nada más oír la frase «tomarás un baño» y esperaba ya en el cuarto de aseo.

—Quítate en seguida esos zapatos. Luego, ve con el mecano.

Richard lo hizo mientras ella lo decía con una resignación que lo colocaba pasivamente más allá de toda inútil protesta.

La señora Hanshaw cogió los manchados zapatos entre el índice y el pulgar y los

llevó hasta el conducto de eliminación que zumbó desmayadamente al recibir aquella inesperada carga.

No cenó con Richard pero permitió que éste comiera en la compañía solitaria del mecano. Esto, pensó ella, sería un evidente signo de su disgusto y serviría mejor que cualquier castigo para que él se diera cuenta de que había obrado mal. Richard, se decía frecuentemente a sí misma, era un chico sensible.

Aun así, subió para acompañarlo mientras se metía en cama.

Le sonrió y le habló suavemente. Pensó que sería lo mejor. A fin de cuentas ya había sido bastante castigado.

—¿Qué te ha ocurrido hoy, muchachito, pequeñito Dickie?

No lo había llamado así desde que dejara de ser una criatura y sólo al oírlo se sintió presa de ternura tal que tuvo al borde de las lágrimas. Sin embargo, él se limitó mirarla y responderle fríamente.

—Sólo que no me gustó pasar por esas malditas Puertas, mamá.

—Pero ¿por qué no?

Colocó sus manos al borde de la sábana (pura, limpia, fresca, antiséptica y, cómo no, eliminada después de usada).

—No me gustan —dijo.

—¿Cómo esperas, pues, ir a la escuela, Dickie?

—Me levantaré más temprano —murmuró.

—Entonces, ¿nada malo les ocurre a las Puertas?

—No me gustan, eso es todo. —Ahora ya no la miraba.

—Bueno, bueno —dijo ella haciendo aspavientos—, que tengas felices sueños. Mañana te encontrarás mejor.

Lo besó y abandonó la habitación, pasando su mano automáticamente frente a la fotocélula que disminuía la intensidad de las luces de los cuartos.

Pero ella misma tuvo también agitados sueños aquella noche. ¿Por qué no le gustaban las Puertas a Dickie? Nunca le habían molestado hasta ahora. Podría desarticular la Puerta por la mañana, pero eso haría que Richard se fijase más en ellas.

Dickie se estaba comportando irracionalmente. ¿Irrracionalmente? Eso le recordó a la Robbins y su diagnóstico y su mandíbula crujió en la oscuridad de su dormitorio. ¡Absurdo! El chico se encontraba mal y una noche de descanso era toda la terapia que necesitaba.

Pero a la mañana siguiente, al levantarse, comprobó que su hijo ya no estaba en casa. El mecano no podía hablar pero podía responder con gestos que equivalían a un sí o un no, y no le llevó más de medio minuto a la señora Hanshaw el enterarse de que su hijo se había levantado treinta minutos antes de lo acostumbrado, recogido sus cosas y salido de la casa.

Pero no por la Puerta.

Sino por la puerta, con p minúscula.

El visófono de la señora Hanshaw sonó a las tres y diez de la tarde de aquel día. Calculó quién podía ser y al activar el receptor comprobó que no se había equivocado. Se miró rápidamente en el espejo para dotarse de una tranquila apariencia después de un día de serena preocupación y se introdujo en la sintonía visual.

—Sí, señorita Robbins —dijo fríamente.

La profesora de Richard estaba un tanto alterada.

—Señora Hanshaw —dijo—, Richard ha salido, adrede por la puerta de incendios aunque yo le había dicho que utilizara la Puerta usual. No sé dónde ha ido.

—Sin duda viene a su casa.

—¿Que va a su casa? ¿Aprueba usted lo que está haciendo? —La Robbins parecía no dar crédito a lo que oía.

Palideciendo, la señora Hanshaw creyó conveniente poner a la profesora donde le correspondía.

—No creo que sea usted quién para censurarme. Si mi hijo no utiliza la Puerta, es un asunto que nos concierne a mi hijo y a mí. No creo que ninguna ley escolar pueda obligarlo a usar la Puerta, ¿no le parece?

Miss Robbins tuvo tiempo de decir algo antes de que el contacto fuera roto.

—Le he hecho una prueba. Realmente tenía que...

La señora Hanshaw se quedó mirando la blanca pantalla de cuarcina sin verla realmente. Su sentido familiar la puso por unos momentos de parte de Richard. ¿Por qué tenía que servirse de la Puerta si no le gustaba? Luego se sentó a esperar y su orgullo materno comenzó a batirse con la dominante ansiedad de que, a fin de cuentas, algo iba mal en el comportamiento de Richard.

El muchacho llegó a casa con una expresión de desafío en el rostro, pero su madre, echando mano de su autocontrol, lo recibió como si nada anormal ocurriera.

Durante semanas siguió ella esta política. «No es nada, se decía a sí misma. Es algo pasajero. Ya se le quitará la manía».

Aquello quedó como un estado de cosas definitivo. Sin embargo, a veces, quizá durante tres días seguidos, ella bajaba a desayunar y encontraba a Richard esperando taciturno ante la Puerta, para usarla luego que llegaba la hora de ir al colegio. No obstante, ella se guardaba de hacer comentarios.

Siempre que hacía esto y especialmente cuando llegaba a casa a través de la Puerta, su corazón materno se reconciliaba con sus ulteriores preocupaciones y pensaba:

«Bueno, ya se ha recuperado». Pero al transcurrir un día, dos, tres, el muchacho regresaba como un adicto a la droga y salía silenciosamente por la puerta —con p minúscula— antes que ella se levantara.

Y cada vez que pensaba en chequeos o en psiquiatras, la triunfante visión de la Robbins la detenía, aunque estaba segura de tener motivo suficiente para recurrir a

tales soluciones.

Mientras tanto, lo iba sobrellevando lo mejor que podía. El mecano había sido instruido para esperar en la puerta -p minúscula- con un equipo Tergo y una muda. Richard se aseaba y cambiaba de ropa sin resistencia. Su calzado era colocado en una caja y la señora Hanshaw contemplaba sin la menor queja el gasto que representaba la diaria eliminación de camisas. Con los pantalones, sin embargo, se observaba una política de limpieza y sólo al cabo de una semana eran eliminados.

Un día le sugirió que la acompañara a Nueva York. Era más un vago deseo de tenerlo con ella que un plan premeditado. Richard no puso ninguna objeción. Se mostró incluso feliz. Caminó sin vacilar hacia la Puerta y no se detuvo ante ella. Es más, no aparecía en él en aquellos momentos aquella huella de resentimiento que se grabara en su expresión cuantas veces la utilizara últimamente para ir al colegio.

La señora Hanshaw se reunió con él. Esto podía ser una forma de llevarlo de nuevo al uso cotidiano de la Puerta, de modo que recurrió a una fingida ingenuidad para posibilitar que la acompañara el mayor número de veces en sus viajes. Más todavía, estimuló el ánimo de la mujer y se pretextó numerosos viajes innecesarios, como uno emprendido hasta Cantón para presenciar una fiesta china.

Esto había sido un sábado. A la mañana siguiente, Richard marchó directamente hacia la abertura del muro que siempre usaba. La señora Hanshaw, que se había levantado más temprano, fue testigo de ello. Por una vez, venciendo en resistencia, lo llamó.

—¿Por qué no por la Puerta, Dickie?

—Está bien para ir a Cantón —dijo, y salió de la casa.

De manera que el plan acabó en fracaso. Luego, otro día, Richard volvió a casa completamente empapado. El mecano se movía a su alrededor sin atinar qué hacer, y la madre, que acababa de regresar de una visita de cuatro horas sostenida con su hermana en Iowa, gritó:

—¡Richard Hanshaw!

—Se puso a llover —dijo con alicaída expresión perruna—. Todo de golpe, se puso a llover.

Por un momento no pareció reconocer la palabra. Sus días escolares y sus estudios de geografía estaban veinte años más atrás. Y entonces recordó la imagen del agua cayendo fuertemente y sin fin desde el cielo: una loca cascada de agua sin ningún interruptor que la accionase, sin ningún botón que la controlara, sin ningún contacto que la detuviese.

—¿Y has estado fuera en esa lluvia?

—Bueno, mira, mamá, he venido todo lo rápido que he podido. No sabía que iba a llover.

La señora Hanshaw no sabía qué decir. Se sentía descentrada, con la sensación de encontrarse demasiado enojada para colocar las palabras en su sitio.

Dos días más tarde, Richard cogió un resfriado y de su garganta surgía una seca,

bronca tos. La señora Hanshaw tenía que admitir que por fin los virus enfermizos se habían colado en su casa, como si fuera ésta una miserable choza de la Edad de Hierro.

De manera que todas estas cosas acumuladas acabaron por romper el caparazón de su orgullo y la llevaron a admitir que, pese a todo, Richard necesitaba el auxilio de un psiquiatra.

La elección de psiquiatra fue llevada a cabo con sumo cuidado. Su primer impulso fue encontrar uno lo más alejado posible. Durante un rato consideró la posibilidad de dirigirse directamente al Centro Médico de San Francisco y escoger uno al azar.

Pero luego se le ocurrió que al hacer eso se convertiría en consultante anónimo. No obtendría mejor trato que si proviniera de los barrios bajos. Ahora bien, si se quedaba en su propia comunidad, su palabra tendría peso...

Consultó el mapa del distrito. Era uno de las excelentes series preparadas por Puertas, Pórticos y Soportes, Sociedad Anónima y distribuidas gratuitamente entre sus clientes. La señora Hanshaw no podía reprimir aquella autodeferencia mientras desplegaba el mapa. No era tan sólo un mero catálogo de las coordenadas de Puertas. Era un mapa puesto al día, con cada edificio cuidadosamente localizado.

¿Y por qué no? El Distrito A-3 era un nombre que hoy día sonaba gratamente en el mundo, un barrio aristócrata. La primera comunidad del planeta que había sido establecida con un completo sistema de Puertas. La primera, la más grande, la más rica, la mejor conocida. No necesitaba fábricas ni almacenes. Ni siquiera necesitaba carreteras. Cada mansión era como un pequeño castillo aislado, cuya Puerta tenía acceso a cualquier lugar del mundo donde hubiera otra Puerta.

Cuidadosamente, repasó la lista de las cinco mil familias del Distrito A-3. Sabía que incluía varios psiquiatras. La profesión estaba bien representada en A-3.

El doctor Hamilton Sloane fue el segundo nombre con el que tropezó y su dedo lo localizó en el mapa. Su oficina estaba apenas a dos millas de la residencia Hanshaw. Le gustaba su nombre. El hecho de que viviera en A-3 era una garantía y evidencia de mérito. Y era un vecino, prácticamente un vecino. Él entendería que se trataba de algo urgente... y confidencial.

Con firmeza, llamó a su oficina para concertar una cita.

El doctor Hamilton Sloane, de no más de cuarenta años, era comparativamente joven. Venía de buena familia y había oído hablar de la señora Hanshaw.

La escuchó con amabilidad y luego dijo:

—Y todo comenzó con la ruptura de la Puerta.

—Exacto, doctor...

—¿Muestra algún miedo hacia las Puertas?

—Claro que no. Qué ocurrencia. —Lo miró sorprendida.

—Es posible, señora Hanshaw, es posible. A fin de cuentas, cuando uno se pone a pensar en cómo funciona una Puerta, es para asustarse realmente. Usted pasa por una Puerta y por un instante sus átomos son convertidos en energía, transmitidos a otro lugar del espacio y devueltos a su forma cotidiana. Por un instante uno deja de estar vivo.

—Estoy segura de que nadie piensa en esas cosas.

—Tal vez su hijo lo haga. Él presencié cómo la Puerta se estropeaba; pudo haberse dicho a sí mismo: ¿Qué ocurriría si la Puerta se estropease justo cuando yo estoy a mitad de camino?

—Pero eso es absurdo. Él todavía usa la Puerta. Ha ido incluso hasta Cantón conmigo; Cantón, en China. Es más, como le he dicho, la ha utilizado una o dos veces por semana para ir al colegio.

—¿Libremente? ¿Con alegría?

—Bueno... —titubeó la señora Hanshaw con resistencia—, no del todo. De veras, doctor, ¿no estamos abusando con tanto especular al respecto? Si usted le hiciera una breve prueba vería dónde está el problema. Claro, eso sería todo. Estoy segura de que se trata de una cosa menor.

El doctor Sloane suspiró. Detestaba la palabra «prueba» y posiblemente no había otra palabra que evitara más.

—Señora Hanshaw —dijo pacientemente—, nada hay que pueda llamarse breve prueba. No ignoro que la sección de pasatiempos de los periódicos y revistas están llenos de tests y cosas como vea-usted-si-es-más-inteligente-que-su-esposa, pero todo eso no son sino paparruchadas.

—¿Lo dice en serio?

—Naturalmente. Las pruebas son muy complicadas y la teoría afirma que traza circuitos mentales. Las células del cerebro se encuentran interconectadas de una gran variedad de maneras. Algunas de las encrucijadas resultantes de esas interconexiones son más usadas que otras. Ellas representan núcleos de pensamiento, tanto consiente como inconsciente. La teoría dice que esas encrucijadas en un sendero dado pueden ser utilizadas para diagnosticar las enfermedades mentales con facilidad y certeza.

—¿Entonces?

—Someterse a una prueba es algo que siempre inquieta, especialmente a un niño. Es una experiencia traumatizante. Lleva al menos una hora. Incluso en ese caso, los resultados deben ser enviados a la Oficina Central Psicoanalítica para su análisis, lo que tarda algunas semanas. Y lo más importante de todo, señora Hanshaw, hay muchos psiquiatras que piensan que la teoría contiene muchos errores.

—Quiere usted decir —dijo la señora Hanshaw apretando los labios— que nada puede hacerse.

—De ningún modo —sonrió el doctor Sloane—. Los psiquiatras han existido siglos antes de inventarse las pruebas. Yo le sugiero que me deje hablar con el chico.

—¿Hablar con él? ¿Eso nada más?

—Acudiré a usted para pedirle información cuando me sea necesaria, pero lo esencial, lo más importante, es hablar con el chico.

—Realmente, doctor Sloane, dudo que él desee hablar de esto con usted. Ni siquiera quiere discutirlo conmigo que soy su madre.

—Eso suele ocurrir a menudo —le aseguró el psiquiatra—. Un niño prefiere hablar antes con un extraño algunas veces. Como fuere, no puedo aceptar el caso de otra manera.

La señora Hanshaw se levantó, no del todo satisfecha.

—¿Cuándo podrá venir, doctor?

—¿Qué le parece el próximo sábado? El chico no tendrá que ir al colegio. ¿Tenían que hacer algo?

—Estaremos a punto.

Hizo una salida llena de dignidad. El doctor Sloane la acompañó a través de la sala de recepción hasta la Puerta de su oficina y esperó mientras pulsaba las coordenadas de la casa de la mujer. La observó mientras ella cruzaba la Puerta. Se convirtió en la mitad de una mujer, luego en un cuarto, un codo y un pie aislados, después nada.

Era aterrador.

Una Puerta que se estropease durante la transmutación, ¿dejaría medio cuerpo aquí y el otro medio allá? Nunca había oído que tal cosa ocurriera, pero nadie podía asegurar que era imposible.

Volvió a su despacho y consultó la hora de su siguiente cita. Era obvio para él que la señora Hanshaw no había quedado muy conforme con la entrevista previa al no haber conseguido la oportunidad de ver usada la prueba psíquica.

¿Por qué, por el amor del cielo, por qué? ¿Por qué algo como la prueba psíquica, pieza de museo y fraude en su opinión, despertaba tanto entusiasmo, tanta confianza entre la gente? Sin duda se debía a la tendencia general hacia las máquinas, el fetichismo maquinista. Sin embargo, nada de cuanto el hombre pudiera hacer lo haría mejor ninguna máquina. ¡Máquinas! ¡Más máquinas! ¡Máquinas para todo! ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!

¡Oh, infierno y condenación!

El odio que sentía hacia la prueba comenzaba a molestarle. Era un miedo al empleo tecnológico, una inseguridad básica de su posición, una mecanofobia, si podía decirse así...

Tomó nota mental de este asunto para discutirlo con su analista.

Las dificultades eran obvias. El chico no era un paciente que hubiera acudido

hasta él, más o menos ansioso, para hablar o solicitar ayuda.

Bajo las circunstancias presentes, hubiera sido mejor concertar el primer encuentro con Richard de una manera descomprometida. Habría sido suficiente con presentarse ante él como algo menos que un extraño. Así, en la ocasión siguiente, su presencia sería ya algo familiar al chico. Y luego pasaría a convertirse en un conocido. Y después en un amigo de la familia.

Desgraciadamente, a la señora Hanshaw no le gustaban los procesos largos y meticulosos. Buscaba tan sólo una prueba psíquica y la tenía que encontrar.

Aunque perjudicara al chico. Porque le perjudicaría. De eso estaba completamente seguro.

Por esta razón creyó que debía sacrificar un poco de su cautela y arriesgar una pequeña crisis.

Pasaron diez minutos exentos de confortabilidad antes de decidir que debía intentarlo. La señora Hanshaw mantenía una sonrisa rígida y... lo contemplaba con suspicacia mientras sin duda esperaba alguna mágica palabra. Richard se removía en su asiento, mudo ante los comentarios tanteadores del doctor Sloane, aburrido e incapaz de ocultar su aburrimiento.

—Richard —dijo el doctor Sloane, como quien no quería la cosa—, ¿te gustaría dar un paseo conmigo?

Los ojos del chico se agrandaron y cesó de moverse. Miró directamente al hombre.

—¿Un paseo, señor?

—Sí, dar una vuelta por el exterior.

—¿Sale usted al... exterior?

—A veces. Cuando siento que me hace falta.

Richard se había puesto en pie y contenía un evidente deseo.

—No creía que lo hiciera nadie.

—Pues yo lo hago. Y me gusta hacerlo acompañado.

El chico volvió a sentarse, sin saber qué hacer.

—¿Mamá?

La señora Hanshaw se mantenía rígida en su asiento, con los labios apretados como evitando que se abrieran con horror. Pero se limitó a decir:

—¿Por qué no, Dickie? Pero cuídate. —Y dirigió una rápida y acerada mirada al doctor Sloane.

En cierto sentido el doctor Sloane había mentido. Él no salía al exterior «algunas veces». No había estado al aire libre desde sus días escolares. En realidad, había en él una inclinación deportiva a hacerlo, pero por aquel tiempo comenzaron a proliferar las habitaciones cerradas condicionadas con rayos ultravioleta para jugar al tenis o construir piscinas de natación. Pese a su costo eran mucho más satisfactorias que sus equivalentes externas, dado que éstas estaban expuestas a los elementos y a cuantos gérmenes pudieran contener. No había, pues, ocasión de salir al exterior.

Experimentó una caótica sensación en su piel cuando el viento la acarició, al igual que al pisar la hierba con sus zapatos protegidos por chanclos.

—Eh, mire eso. —Richard se comportaba ahora de modo diferente: se reía y no mantenía reservas.

El doctor Sloane apenas tuvo tiempo de captar un retazo de azul a través de las copas de los árboles. Las ramas se agitaron y lo perdió.

—¿Qué era?

—Un pájaro azul —dijo Richard.

El doctor Sloane miró a su alrededor impresionado. La residencia de los Hanshaw se erguía sobre un promontorio rodeado de zona boscosa, y entre viveros de árboles la hierba brillaba bajo los rayos del sol.

Los colores dominantes variaban del verde oscuro al ojo y al amarillo de las flores. En el curso de su vida, a través de libros y películas antiguas, tuvo ocasión de conocer las flores lo suficiente para que ahora le resultaran un tanto familiares.

Pero la hierba estaba perfectamente cuidada y las flores ordenadas. Se percató de que había esperado algo más salvaje, menos cultivado.

—¿Quién cuida de todo esto?

—Yo no —dijo Richard suspirando—. Quizá los mecanos.

—¿Los mecanos?

—Hay montones de ellos por aquí. A menudo se les ve con una especie de cuchillo atómico que mantienen cerca de tierra. Cortan la hierba. Y también se les ve junto a las flores. Ahora hay uno allí.

A media milla de distancia era un objeto más bien pequeño. Su metálica piel relampagueaba mientras se movía lentamente por el prado, ocupado en una actividad que el doctor Sloane no fue capaz de identificar.

El doctor Sloane estaba impresionado. Había allí un algo de perversidad estética, una especie de consunción conspicua...

—¿Qué es aquello? —preguntó repentinamente.

Richard miró.

—Es una casa. Pertenece a los Froebichs. Coordenadas A-3, 23, 461. Lo que se destaca como prolongación es la Puerta pública.

El doctor Sloane estaba contemplando la casa. ¿Era aquello lo que parecía desde fuera? Sin saber por qué la había imaginado más cúbica, más alta.

—Sigamos —dijo Richard poniéndose a caminar.

El doctor Sloane lo siguió pausadamente.

—¿Conoces todas las casas de los alrededores?

—Más o menos casi todas.

—¿Dónde está A-23, 26, 475? —Se trataba, obviamente, de su propia casa.

—A ver... —Richard oteó los alrededores—. Oh, claro que sé dónde está... ¿Ve aquel agua de allí?

—¿Agua? —El doctor Sloane alcanzó a ver una línea de plata que corría en forma

de arco a través del verde.

—Por supuesto. Agua auténtica. Agua que corre por entre las rocas. Que corre todo el tiempo. Uno puede pasar a través de ella si se apoya sobre las piedras. Se le llama río.

Más bien un arroyo, pensó el doctor Sloane. Evidentemente había estudiado geografía, pero los principales terrenos de esta ciencia se habían sintetizado en geografía económica y geografía cultural. La geografía física era una rama a medio extinguir salvo entre los especialistas. Aun así, sabía lo que era un río y un arroyo, aunque sólo de forma teórica.

—Pues bien: pasando el río —estaba diciendo Richard—, se sube hasta aquella colina llena de árboles en la cima y luego se desciende un poco por la otra parte: de esa manera se llega hasta A-23, 26, 475. Es una bonita casa verde con techo blanco.

—¿De veras? —El doctor Sloane estaba realmente asombrado. No sabía que su casa fuera verde. Algún pequeño animal removía la hierba en su ansiedad por evitar ser aplastado. Richard lo miró y exclamó:

—Déjeme a mí, usted no podrá atraparlo.

Una mariposa se agitaba despidiendo ondulaciones amarillas. Los ojos del doctor Sloane la siguieron.

Un ligero murmullo se apreciaba sobre los campos, dispersándose e interrumpiéndose a veces con dureza, volviendo a surgir, creciendo, difundiéndose por doquiera, creciendo cada vez más hasta luego cesar. Mientras su oído se adaptaba a sus modulaciones para escuchar, llegó a percibir mil entonaciones diversas, ninguna de las cuales estaba producida por los hombres.

Una sombra hizo aparición, avanzó hacia él y lo cubrió. Sintió un súbito fresco y alzó la vista.

—Es sólo una nube —dijo Richard—. Se marchará en un minuto... Mire esas flores. Todas huelen de distinta manera.

Se encontraban ya a varios centenares de yardas de la residencia de los Hanshaw. La nube pasó y el sol volvió a brillar de nuevo. El doctor Sloane se volvió y calculó el trecho que habían recorrido. Si caminaran de suerte que la mansión se perdiera de vista y si Richard echara correr, ¿sería capaz él de encontrar el camino de regreso?

Desechó el pensamiento con impaciencia y escrutó la línea de agua (más cerca ahora), sobrepasándola con la mirada hacia donde su casa debía estar. Pensó maravillado: ¿Verde?

—Debes ser un buen explorador —dijo.

—Cada vez que voy y vengo de la escuela —dijo Richard con orgullo— tomo una ruta distinta y veo cosas nuevas.

—Pero no siempre saldrás, digo yo. A veces utilizarás también la Puerta, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Por qué, Richard? —De algún modo sintió el doctor Sloane que allí estaba la clave del enigma.

Pero Richard invalidó su hipótesis. Con las cejas alzadas y aspecto asombrado, dijo:

—Bueno, mire, algunas mañanas llueve y tengo que usar la Puerta. Odio que eso ocurra, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Hace unas semanas me pescó la lluvia y... —Lo miró automáticamente y su voz se convirtió en un susurro—... tuve frío; aunque a mamá no le ocurrió nada.

El doctor Sloane suspiró.

—¿Regresamos?

Hubo un relámpago de desagrado en el rostro de Richard.

—¿Para qué?

—Recuerda que tu madre debe estar esperándonos.

—Imagino que sí. —El muchacho se dio la vuelta con resistencia.

Caminaron lentamente.

—Una vez, en el colegio —decía Richard—, escribí una composición sobre lo que haría si tuviera que ir en un viejo vehículo. (Su pronunciación exageró el acento de la i). Yo iría en un globo aerostático y miraría las estrellas y las nubes y todas las cosas. Vaya, sin duda estaba chiflado entonces.

—¿Irías ahora en algo más?

—Claro. Iría en automóvil. Entonces vería todo cuanto hay.

La señora Hanshaw parecía agitada, desconcertada.

—¿No cree, entonces, que es algo anormal, doctor?

—Desacostumbrado, quizá, pero no anormal. Le gusta el exterior.

—Pero ¿cómo puede gustarle? Es tan desagradable y sucio...

—Eso es cuestión de gusto individual. Hace cien años, nuestros antepasados se pasaban fuera la mayor parte el tiempo. Incluso hoy día, me atrevo a decir que hay un millón de africanos que jamás han visto una Puerta.

—Pero Richard se ha comportado siempre como un decente miembro del Distrito A-3, digno de su clase —exclamó con brío la señora Hanshaw—, y no como un africano o... o como un antepasado.

—Eso forma parte del problema, señora Hanshaw. Él siente la necesidad de salir y cree que está cometiendo una falta. Se niega a hablar de ello con usted o con su profesora. Se ve forzado al silencio, cosa que podría ser peligrosa.

—Entonces, ¿cómo podemos persuadirle para que cese de hacerlo?

—Ni lo intente. Estimúlelo más bien. El día en que su Puerta se estropeó, no tuvo más remedio que salir, encontrando que le gustaba el exterior. El viaje de ida vuelta al colegio no es sino una excusa para repetir emocionante primera experiencia. Supongamos ahora que usted le permite salir de casa un par de horas los sábados y domingos. Supongamos que el chico se da cuenta de que no tiene que justificar sus salidas para permanecer en el exterior. ¿No cree usted que llegará a usar la Puerta para ir y venir del colegio? ¿Y no cree que cesarán sus problemas con su profesora e incluso con sus propios compañeros de estudios?

—Entonces, ¿todo quedará así? ¿Nunca volverá a ser normal otra vez?

—Señora Hanshaw —dijo el doctor Sloane mientras se ponía en pie—, él es normal en la medida en que necesita serlo. Ahora bien, lo que está haciendo es probar lo prohibido. Si usted coopera con él, si no desaprueba su conducta, lo que hasta entonces fuera prohibido perderá su atractivo. Luego, a medida que crezca, se inclinará cada vez más hacia los intereses de la sociedad en que vive. A fin de cuentas, en todos nosotros hay un poco de rebeldía que acaba por morir a medida que nos hacemos viejos y nos sentimos más cansados. Por lo tanto, no lo fuerce ni se apresure en su trato. Todo es cuestión de tiempo y Richard se pondrá bien.

Caminó hacia la Puerta.

—Doctor, ¿no cree usted que la prueba pueda ser necesaria?

Se volvió y exclamó vehementemente:

—¡No, no, y no! ¡Definitivamente, no! Nada hay en el chico que la haga necesaria. ¿Entendido? Eso es todo.

Sus dedos vacilaron ligeramente al marcar la combinación para la transmutación de materia y su expresión se tornó sombría.

—¿Qué le ocurre, doctor Sloane? —preguntó la señora Hanshaw.

Pero el doctor Sloane no la escuchaba. Estaba pensando en la Puerta, en la prueba psíquica y en toda la chatarra mecánica que rodeaba la vida humana. En todos nosotros hay un poco de rebeldía, pensó.

Su voz se hizo amable, su mano no acabó de marcar la combinación y comenzó a alejarse de la Puerta.

—¿Sabe usted, señora? Hace un día tan hermoso que creo que volveré andando a mi casa.

LA VENTANA ROJA

Ray Bradbury

En el sueño, cerraba la puerta de calle con vidrios de color frutilla y vidrios de color limón y vidrios como nubes blancas y vidrios como el agua clara de un río campesino. Dos docenas de cristales enmarcaban el cristal grande de vino frutal, de gelatina y de escarcha. Recordó a su padre que lo alzaba en brazos, cuando era niño. «¡Mira!». Y del otro lado del cristal el mundo era esmeraldas, musgo y menta de estío. «¡Mira!» El cristal lila trasformaba en uvas moradas a todos los transeúntes. Y por último el cristal frutilla bañaba perpetuamente la ciudad en una calidez rosácea, tapizaba el mundo con el color de la aurora, y parecía que el césped había sido importado de un bazar de alfombras persas. La ventana frutilla, más que ninguna, quitaba la palidez a la gente, entibiaba la lluvia fría, incendiaba las nieves ásperas y móviles del mes de febrero.

—¡Sí, sí! ¡Allí...!

Despertó.

Antes de salir totalmente del sueño oyó hablar a sus hijos, y ahora, tendido en la oscuridad, escuchaba el triste ruido de aquella charla, como el viento que arrastra los blancos fondos del mar a las colinas azules, y entonces recordó.

—Estamos en Marte.

Su mujer gritó en sueños:

—¿Qué?

Él no tenía conciencia de haber hablado: siguió tendido en la cama, tan inmóvil como le era posible. Pero ahora, como en una rara y confusa realidad, vio que su mujer se levantaba y recorría la habitación como un fantasma, alzando el rostro pálido, mirando fijamente a través de las ventanas pequeñas y altas las estrellas luminosas y desconocidas.

—Carrie —murmuró.

Ella no lo oyó.

—Carrie —murmuró él otra vez—. Tengo algo que decirte... mañana... mañana por la mañana...

Pero Carrie estaba de pie, absorta, al resplandor azul de las estrellas, y no lo miró.

Si por lo menos hubiese siempre sol, pensó él, si no hubiese noche. Porque durante el día clavaba maderas construyendo el pueblo, los chicos iban a la escuela, y Carrie tenía que limpiar, cultivar el jardín y la granja, cocinar. Pero cuando el sol desaparecía y las manos se les vaciaban de flores, martillos, clavos y textos de aritmética, los recuerdos, como pájaros nocturnos, los asediaban otra vez en las sombras.

Carrie se movió: un leve giro de la cabeza.

—Bob —dijo al fin—. Quiero volver a casa.

—¡Carrie!

—Éste no es mi hogar —dijo la mujer.

Bob vio que Carrie tenía los ojos húmedos y cuajados de lágrimas.

—Carrie, ten un poco de paciencia.

—Ya no me queda ninguna.

Como una sonámbula, abrió los cajones de la cómoda y sacó una pila de pañuelos, camisas, ropa interior, y los puso encima de la cómoda, sin verlos, tocándolos con los dedos, levantándolos y dejándolos caer. La rutina era ahora muy familiar. Hablaba, sacaba las cosas y se quedaba quieta un momento, y las guardaba otra vez, y volvía con el rostro seco, al lecho y a los sueños. Bob temía que una noche vaciara todos los cajones y buscara las viejas maletas, amontonadas ahora contra la pared.

—Bob... —La voz de Carrie no era amarga, sino suave, indefinida, incolora como la luz lunar que entraba en el cuarto—. Tantas noches, durante seis meses, he hablado así. Me siento avergonzada. Tú trabajas tanto construyendo las casas de la ciudad. Un hombre que trabaja de ese modo no tendría que escuchar las quejas de una esposa. Pero no puedo hacer otra cosa que decirlo. Lo que más extraño... no sé, son tonterías. La hamaca del porche. La mecedora, las noches de verano. La gente que pasa caminando o en auto, de noche, allá en Ohio. Nuestro negro piano vertical, desafinado. La cristalería sueca. Los muebles de la sala... Oh, sí, parecían una manada de elefantes, lo sé, y todos viejos. Y los caireles de cristal que se entrechocan cuando sopla el viento. Y las charlas con los vecinos, allá en el porche, en las noches de julio. Todas esas cosas tontas, pequeñas... no son importantes. Pero son las cosas que me vienen a la cabeza a las tres de la mañana. Perdóname, Bob.

—No, no hay nada que perdonar —dijo Bob—. Marte es un lugar remoto. Tiene un olor extraño, un aspecto extraño, y deja una impresión extraña. Yo también pienso por la noche. Venimos de una ciudad hermosa.

—Era verde —dijo la mujer—. En primavera y en verano. Y amarilla y roja en el otoño. Y la nuestra era una casa bonita; era vieja, sí, ochenta o noventa años, o algo así. Hablaba de noche, murmuraba, y yo la oía. Todas las maderas secas, los balaustres, el porche de adelante, los umbrales. Los tocabas, y te hablaban. Cada cuarto en un tono diferente. Y cuando al fin hablaba toda la casa, era como tener alrededor a una familia, allí, en la oscuridad, ayudándote a dormir. Ninguna casa de ahora podría ser como aquella otra. Para que una casa se ablande del todo es necesario que vivan muchos en ella, que pase por ella mucha gente. Ésta de ahora, esta cabaña, no sabe que yo estoy aquí, no le importa que yo viva o muera. Suena a lata, y la lata es fría. No tiene poros para que entren los años. No tiene un sótano para que guardes las cosas del año próximo y del otro. No tiene una bohardilla para que guardes las cosas del año pasado y de todos los otros años antes que tú nacieras. Si al menosuviésemos aquí algo pequeño, pero familiar, Bob, entonces podríamos aceptar

lo extraño. Pero cuando todas las cosas son extrañas, entonces se necesita una eternidad para familiarizarse con ellas.

Bob asintió en la oscuridad.

—No hay en lo que dices nada que yo no haya pensado.

Carrie miraba a la luz de la luna las maletas arrumbadas contra la pared y tendió la mano.

—¡Carrie!

—¿Qué?

Bob sacó las piernas fuera de la cama.

—Carrie, he hecho un condenado disparate, una locura. Todos estos meses te oí soñar en voz alta, asustada, y a los niños por la noche, y el viento, y Marte allí afuera, los abismos del mar y todo y... —Se detuvo y tragó saliva—. Tienes que comprender qué hice y por qué lo hice. Todo el dinero que guardábamos en el banco hasta hace un mes, todo el dinero que economizamos durante diez años, Carrie, lo gasté.

—¡Bob!

—Lo tiré a la calle, Carrie, te lo juro, lo tiré por nada. Iba a ser una sorpresa. Pero ahora, esta noche, aquí estás tú, y ahí están esas malditas maletas en el suelo, y...

—Bob —dijo Carrie volviéndose—. ¿Quieres decir que hemos pasado por todo esto, en Marte, ahorrando dinero todas las semanas, para que tú lo quemes en unas pocas horas?

—No sé —dijo Bob—. Estoy completamente loco. Mira, no falta mucho para que amanezca. Nos levantaremos temprano y te llevaré a ver lo que hice. No quiero decírtelo, quiero que lo veas. Y si no anda, entonces, bueno, siempre están esas maletas y el cohete a la Tierra cuatro veces por semana.

Carrie no se movió.

—Bob, Bob —murmuró.

—No digas nada más.

—Bob, Bob...

Carrie meneó lentamente la cabeza, incrédula. Bob se dio vuelta y se tendió en la cama y Carrie se sentó del otro lado, y por un rato no se acostó, y se quedó mirando la cómoda donde estaban los pañuelos y las joyas y la ropa apilada. Afuera un viento del color de la luna movió el polvo dormido y roció el aire.

Al fin Carrie se acostó, pero no dijo nada más; se sentía como un peso frío sobre la cama, contemplando el largo túnel de la noche, esperando a que amaneciera en el otro extremo.

Se levantaron a las primeras luces y se movieron por la cabaña sin hacer ruido. Era una pantomima, prolongada casi hasta la hora en que alguien podía gritarle al silencio, cuando la madre y el padre y los niños se lavaban y vestían y tomaban un rápido desayuno de tostadas y jugos de fruta y café. Sin que nadie mirara de frente a nadie todos vieron a los otros en las superficies reflectantes de la tostadora, de la vajilla, de los cubiertos, donde los rostros se descomponían en formas y parecían

terriblemente extraños a aquella hora temprana. Entonces, al fin, abrieron la puerta de la cabaña y dejaron entrar el aire que soplabla sobre los mares marcianos, fríos, azules y blancos, donde las olas de arena se disolvían y cambiaban como formas fantasmales, y salieron bajo un cielo frío, fijo y duro, y marcharon hacia una ciudad que no parecía más que el lejano escenario de una película cinematográfica, en un estudio inmenso y desierto.

—¿A qué parte de la ciudad vamos? —preguntó Carrie.

—Al hangar del cohete —dijo Bob—. Pero antes que lleguemos tengo mucho que decirte.

Los niños aminoraron la marcha y caminaron detrás de los padres, escuchando. El padre miraba fijamente hacia adelante, y ni una sola vez, durante todo el tiempo que habló, miró a su mujer o a sus hijos.

—Creo en Marte —empezó a decir serenamente—. Pienso que un día será nuestro. Levantaremos casas. Afincaremos aquí. No escaparemos con el rabo entre las piernas. Se me ocurrió un día hace un año, justamente después de nuestra llegada. ¿Por qué vinimos?, me pregunté. Porque sí, dije, porque sí. Lo mismo le ocurre al salmón todos los años. El salmón no sabe por qué va adonde va, pero va, de todos modos. Remonta ríos que no recuerda, torrentes, cataratas, y al fin llega a un sitio donde se reproduce y muere, y todo vuelve a comenzar. Llamémoslo memoria racial, instinto, o no le pongamos ningún nombre, pero es así. Y aquí estamos nosotros.

Caminaron en la mañana silenciosa y el cielo inmenso los miraba, y las extrañas arenas azules, o blancas como el vapor, se movían a los pies de los terrestres en el camino nuevo.

—De modo que aquí estamos. ¿Y de Marte adónde iremos? ¿A Júpiter, Neptuno, Plutón, o más allá? Perfecto. Y más allá aún. ¿Por qué? Algún día el sol estallará como un horno defectuoso. Bum, allá va la Tierra. Pero quizá Marte no sufra ningún daño, y si Marte desaparece, quizá quede Plutón, y si Plutón desaparece, entonces, ¿dónde estaremos nosotros, es decir, los hijos de nuestros hijos?

Miró fijamente el inmóvil casco del cielo color ciruela.

—Bueno, estaremos en algún mundo numerado, tal vez: ¡Planeta 6 del sistema astral 97; planeta 2 del sistema 99! ¡Tan lejos de aquí que parecerá una pesadilla! Nos habremos ido, entendéis, nos habremos ido para siempre y estaremos a salvo. Y pensé entonces, ah, ah. Por ese motivo vinimos a Marte, por ese motivo los hombres lanzaron cohetes al espacio.

—Bob...

—Déjame terminar; no para hacer dinero, no. No para ver nuevos panoramas, no. Ésas son las mentiras que cuentan los hombres, las razones imaginarias que se dan a sí mismos. Hacerse ricos, famosos, dicen. Divertirse, volar, dicen. Pero todo el tiempo, interiormente, algo, otra cosa, late lo mismo que en el salmón o en la ballena; lo mismo, por Dios, que en el microbio más diminuto que se nos ocurra. Y ese relojito que late en todos los seres vivos, ¿sabéis qué dice? Dice: «vete, propágate,

avanza, sigue nadando. Corre a tantos mundos y funda tantas ciudades que nada pueda destruir al hombre». ¿Ves, Carrie? No somos nosotros los que hemos venido a Marte, es la raza, o toda la raza humana, según como nos vaya en la vida. Y esto es algo tan enorme que me dan ganas de reír, me hiela de espanto.

Bob sentía que los niños marchaban firmemente detrás, y que Carrie iba a su lado, y hubiera querido verle la cara, pero no la miró.

—Recuerdo ahora que papá y yo recorriamos así los campos, cuando yo era niño, arrojando semillas a mano, pues se nos había roto la sembradora y no teníamos dinero para hacerla arreglar. Hubo que hacerlo, de algún modo, para las cosechas siguientes. Dios santo, Carrie, Dios santo, ¿recuerdas esos artículos de los suplementos dominicales? ¡LA TIERRA SE CONGELARÁ DENTRO DE UN MILLÓN DE AÑOS! Yo me enloquecía, de muchacho, leyendo esos artículos. Mi madre me preguntaba por qué. Me desespero por toda esa pobre gente del porvenir, decía yo. No te atormentes por ellos, replicaba mamá. Pero Carrie, ésta es la cuestión, precisamente. Nos preocupamos por ellos. Si no, no estaríamos aquí. Lo que importa es que el Hombre permanezca. El Hombre, así, con una H mayúscula. Soy parcial, por supuesto, ya que pertenezco también a la especie. Pero no hay otro modo de alcanzar esa inmortalidad de la que tanto habla el hombre. Hay que propagarse, diseminarse por el universo. Entonces tendremos en alguna parte una cosecha segura, a prueba de fracasos. No importa si en la Tierra hay hambre. La próxima cosecha de trigo estará en Venus o en el sitio adonde haya llegado el hombre en los próximos mil años. Es una idea que me enloquece, Carrie, que me enloquece de veras. Cuando lo pensé me sentí tan entusiasmado que quise correr y decírselo a la gente, a ti, a los niños. Pero, diantre, sabía que no era necesario. Sabía que un día o una noche vosotros mismos oiríais ese tictac interior, y que entenderíais entonces, y que nadie tendría que decir absolutamente nada. Son palabras grandes, Carrie, lo sé, y pensamientos grandes para un hombre que apenas mide un metro setenta, pero no digo más que la verdad.

Avanzaban por las desiertas calles del pueblo, escuchando el eco de sus propios pasos.

—¿Y esta mañana? —dijo Carrie.

—Ya llego a esta mañana. Una parte de mí también quiere volver a casa. Pero la otra parte me dice que si regresamos, todo se habrá perdido. Entonces pensé: ¿qué nos molesta más? Algunas cosas que tuvimos una vez. Algunas cosas de los niños, tuyas, mías. Y pensé que si para comenzar algo nuevo se necesita algo viejo, por Dios, usaré lo viejo. Los libros de historia cuentan que mil años atrás ponían carbones en un cuerno de vaca y soplaban durante el día, y así llevaban el fuego en procesiones de un sitio a otro. Y luego encendían el fuego a la noche con las chispas que quedaban de la mañana. Siempre una nueva antorcha, pero también algo de la antigua. De modo que lo pesé y lo medí cuidadosamente. ¿Acaso lo Viejo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. No, sólo las cosas que hacemos con lo Viejo tienen

valor. Bueno, ¿entonces lo Nuevo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. ¿Estarías dispuesto a invertir para un día de la próxima semana? ¡Sí!, dije. Y si puedo luchar contra eso que nos ata a la Tierra, empaparé mi dinero en *kerosene* y encenderé un fósforo.

Carrie y los dos niños estaban inmóviles, detenidos en la calle, mirando a Bob como si fuese una tormenta que soplabla encima y alrededor casi levantándolos del suelo, una tormenta que no amainaba.

—El cohete llegó esta mañana —dijo Bob, al fin, serenamente—. Trajo nuestra carga. Vamos a verla.

Subieron lentamente los tres escalones y entraron en el hangar y caminaron por el piso sonoro hacia el cuarto de la carga. Las puertas se deslizaban ahora a los costados, abriéndose al día.

—Háblanos otra vez del salmón —dijo a Bob uno de los niños.

A mediados de esa calurosa mañana regresaron de la ciudad en un camión alquilado lleno de cajones, paquetes y envoltorios, largos, altos, cortos, chatos, todos numerados y con unos claros letreros que decían Robert Prentiss, Nueva Toledo, Marte.

Detuvieron el camión junto a la cabaña y los niños saltaron al suelo y ayudaron a la madre a bajar. Bob se quedó sentado un rato detrás del volante, y luego, lentamente, echó a caminar de un lado a otro mirando la parte posterior del camión, los paquetes y cajones.

Hacia mediodía todas las cajas, excepto una, estaban abiertas, y las cosas habían sido puestas en el fondo del mar, donde esperaba la familia.

—Carrie...

Bob la llevó hasta los antiguos escalones del viejo porche que ahora estaban desembalados al borde del pueblo.

—Escúchalos, Carrie.

Los peldaños crujieron y susurraron bajo los pies de Carrie.

—¿Qué te dicen, cuéntame, qué dicen?

Carrie se quedó de pie sobre los viejos escalones de madera, absorta, sin saber qué decir.

Bob movió una mano.

—Porche delantero aquí, sala allí, comedor, cocina, tres dormitorios. En parte los haremos aquí, en parte los traeremos. Claro, por ahora sólo tenemos el porche y algunos muebles de la sala, y la vieja cama.

—¡Todo ese dinero, Bob!

Bob la miró, sonriente.

—Tú no estás loca ahora, mírame. No estás loca. Lo iremos trayendo todo, el año próximo, en cinco años. La cristalería, esa alfombra armenia que nos regaló tu madre en 1961. ¡Deja que el sol estalle en pedazos!

Miraron los otros cajones, numerados y rotulados: Hamaca del porche del frente,

mecedora del porche delantero, cristales colgantes chinos...

—Yo mismo los soplaré para que tintineen.

Pusieron la puerta con sus pequeños paneles de vidrios de colores, en lo alto de la escalera, y Carrie miró a través de la ventana de color frutilla.

—¿Qué ves?

Pero sabía lo que Carrie veía, pues también él miraba por el vidrio de color. Y allí estaba Marte, con el cielo frío entibiado y los mares muertos, ahora de color encendido. Las montañas eran montículos de helado de frutilla, y las arenas parecían carbones ardientes zarandeados por el viento. La ventana frutilla, la ventana frutilla soplaban tenues colores rosados sobre el paisaje, e iluminaba los ojos y la mente con la luz de un amanecer interminable. Allí encorvado, mirando, Bob se oyó decir:

—Así será la ciudad dentro de un año. Esto será una calle sombreada, tú tendrás tu porche y amigos. Ya no los necesitarás tanto entonces. Primero estas cosas pequeñas y familiares, y luego verás que Marte crece, y que se transforma, y llegarás a conocerlo como si lo hubieses conocido toda la vida.

Bajó corriendo las escaleras hasta el último cajón, cerrado aún, y cubierto con una lona. Agujereó la lona con el cortaplumas.

—¡Adivina!

—¿Mi cocina? ¿Mi horno?

—No, no, nada de eso. —Bob sonrió muy dulcemente—. Cántame una canción —dijo.

—Bob, estás mal de la cabeza.

—Cántame una canción que valga todo el dinero que teníamos en el banco y que ahora no tenemos, pero que a nadie le importa un comino —dijo él.

—No sé ninguna más que *Genevieve*, dulce *Genevieve*.

—Cántala —dijo Bob.

Pero Carrie no podía abrir la boca y ponerse a cantar, así como así. Bob vio que movía los labios, pero no salió ningún sonido.

Bob desgarró un poco más la tela y metió la mano en el cajón y palpó en silencio un momento, y él mismo empezó a cantar la canción, hasta que movió la mano una última vez y entonces un solo y límpido acorde de piano vibró en el aire de la mañana.

Ajá —dijo—. Cantemos juntos. ¡Todos! Éste es el tono.

ABISMOS PROFUNDOS

Arthur C. Clarke

Había un asesino suelto en la zona. La patrulla de un helicóptero había visto a ciento cincuenta kilómetros de la costa de Groenlandia, el gran cadáver tiñendo el agua de rojo mientras flotaba en las olas. A los pocos segundos se había puesto en funcionamiento el intrincado sistema de alerta: los hombres trazaban círculos y movían piezas sobre la carta del Atlántico Norte, y Don Burley aún se estaba frotando los ojos cuando descendió en silencio hasta treinta metros de profundidad. Las luces verdes del tablero eran un símbolo resplandeciente de seguridad. Mientras esto no cambiase, mientras ninguna de las luces esmeralda pasara al rojo, todo iría bien para Don y su pequeña embarcación. Aire, carburante, fuerza: éste era el triunvirato que regía su vida. Si fallaba uno, descendería en un ataúd de acero hasta el cieno pelágico, como le había pasado a Johnnie Tyndall la penúltima temporada. Pero no había motivo para que fallasen; los accidentes que uno preveía, se dijo Don para tranquilizarse, no ocurrían nunca.

Se inclinó sobre el tablero de control y habló por el micro. Sub 5 aún estaba lo bastante cerca de la nave nodriza como para alcanzarla por radio, pero pronto tendría que pasar a los sónicos.

—Pongo rumbo 255, velocidad 50 nudos, profundidad 30 metros, el sonar en pleno funcionamiento... Tiempo calculado hasta el sector de destino, 70 minutos... Informaré a intervalos de 10 minutos. Esto es todo... Cambio.

La contestación, ya debilitada por la distancia, llegó al momento desde el *Herman Melville*.

—Mensaje recibido y comprendido. Buena caza. ¿Qué hay de los sabuesos?

Don se mordisqueó el labio inferior, reflexionando. Esto podía ser un trabajo que tuviese que hacer él solo. No tenía idea de dónde estaban en este momento Benj y Susan, en un radio de ochenta kilómetros. Lo seguirían sin duda si les hacía la señal, pero no podrían mantener su velocidad y pronto se quedarían atrás. Además, podía encontrarse con una pandilla de asesinos y lo último que quería era poner en peligro a sus marsopas cuidadosamente adiestradas. Era lógico y sensato. También apreciaba mucho a Susan y a Benj.

—Está demasiado lejos y no sé en qué voy a meterme —respondió—. Si están en el área de interceptación cuando llegue allí, puede que los llame.

Apenas pudo oír el asentimiento de la nave nodriza, y Don apagó la radio. Era hora de mirar a su alrededor.

Bajó las luces de la cabina para poder ver más claramente la pantalla del sonar, se caló la gafas Polaroid y escudriñó las profundidades. Éste era el momento en que Don se sentía como un dios, capaz de abarcar entre las manos un círculo de treinta

kilómetros de diámetro del Atlántico, y de ver con claridad las todavía inexploradas profundidades, a cinco mil metros por debajo de él. El lento rayo giratorio de sonido inaudible estaba registrando el mundo en el que él flotaba, buscando amigos y enemigos en la eterna oscuridad donde jamás podía penetrar la luz. Los chillidos insonoros, demasiado agudos incluso para el oído de los murciélagos que habían inventado el sonar un millón de años antes que el hombre, latieron en la noche del mar: los débiles ecos se reflejaron en la pantalla como motas flotantes verdeazuladas.

Gracias a su mucha práctica, Don podía leer su mensaje con toda facilidad. A trescientos metros debajo de él, extendiéndose hasta el horizonte sumergido, estaba la capa de vida que envolvía la mitad del mundo. El prado hundido del mar subía y bajaba con el paso del sol, manteniéndose siempre al borde de la oscuridad. Pero las últimas profundidades no le interesaban. Las bandadas que guardaba y los enemigos que hacían estragos en ellas, pertenecían a los niveles superiores del mar.

Don pulsó el interruptor del selector de profundidad y el rayo del sonar se concentró automáticamente en el plano horizontal. Se desvanecieron los resplandecientes ecos del abismo, pero pudo ver más claramente lo que había aquí, a su alrededor, en las alturas estratosféricas del océano. Aquella nube reluciente a tres kilómetros delante de él era un banco de peces; se preguntó si la Base estaba enterada de esto, y puso una nota en su cuaderno de bitácora. Había algunas motas más grandes y aisladas al borde del banco: los carnívoros persiguiéndolo, asegurándose de que la rueda eternamente giratoria de la vida y la muerte no perdiese nunca su impulso. Pero este conflicto no era de la competencia de Don; él perseguía una caza mayor.

Sub 5 siguió navegando hacia el oeste, como una aguja de acero más rápida y mortífera que cualquiera de las otras criaturas que rondaban por los mares. La pequeña cabina, iluminada tan sólo por el resplandor de las luces del tablero de instrumentos, vibraba con fuerza al expulsar el agua las turbinas. Don examinó la carta y se preguntó cómo había podido penetrar esta vez el enemigo. Todavía había muchos puntos débiles, pues vallar los océanos del mundo había sido una tarea gigantesca. Los tenues campos eléctricos, extendidos entre generadores a muchas millas de distancia los unos de los otros, no podían mantener siempre a raya a los hambrientos monstruos de las profundidades. Éstos también estaban aprendiendo. Cuando se abrían las vallas, se deslizaban a veces entre las ballenas y hacían estragos antes de ser descubiertos.

El receptor de larga distancia hizo una señal que parecía un lamento, y Don marcó TRANSCRIBA. No era práctico transmitir palabras a cualquier distancia por un rayo ultrasónico, y además en clave. Don nunca había aprendido a interpretarla de oídas, pero la cinta de papel que salía de la rendija le solucionó esta dificultad.

HELICÓPTERO INFORMA MANADA. 50-100 BALLENAS
DIRIGIÉNDOSE 95 GRADOS REF CUADRÍCULA X186475 Y438034

STOP. A GRAN VELOCIDAD. STOP. MELVILLE. CORTO.

Don empezó a poner las coordenadas en la cuadrícula, pero entonces vio que ya no era necesario. En el extremo de su pantalla había aparecido una flotilla de débiles estrellas. Alteró ligeramente el curso y puso rumbo a la manada que se acercaba.

El helicóptero tenía razón: se movían de prisa. Don sintió una creciente excitación, pues esto podía significar que huían y atraían a los asesinos hacia él. A la velocidad en que viajaban, estaría entre ellas dentro de cinco minutos. Apagó los motores y sintió el tirón hacia atrás del agua que lo detuvo muy pronto.

Don Burley, caballero de punta en blanco, permaneció sentado en su pequeña habitación débilmente iluminada, a quince metros por debajo de las brillantes olas del Atlántico, probando sus armas para el inminente conflicto. En aquellos momentos de serena tensión, antes de empezar la acción, su cerebro excitado se entregaba a menudo a estas fantasías. Se sentía pariente de todos los pastores que habían cuidado los rebaños desde la aurora de los tiempos. Era David, en los antiguos montes de Palestina, alerta contra los leones de montaña que querían hacer presa en las ovejas de su padre. Pero más cercanos en el tiempo, y sobre todo su espíritu, estaban los hombres que habían conducido las grandes manadas de reses en las llanuras americanas hacía tan sólo unas pocas generaciones. Ellos habrían comprendido su trabajo, aunque sus instrumentos les habrían parecido mágicos. La escena era la misma; sólo había cambiado la escala. No existía ninguna diferencia fundamental en que los animales al cuidado de Don pesasen casi cien toneladas y pastaran en las sabanas infinitas del mar.

La manada estaba ahora a menos de tres kilómetros de distancia y Don comprobó el continuo movimiento del sonar para concentrarlo en el sector que tenía delante. La imagen de la pantalla adoptó una forma de abanico cuando el rayo de sonar empezó a oscilar de un lado a otro; ahora podía contar el número de ballenas e incluso calcular su tamaño con bastante exactitud. Con ojos avezados empezó a buscar las rezagadas.

Don jamás hubiese podido explicar qué atrajo al instante su atención hacia los cuatro ecos en el borde sur de la manada. Cierto que estaban un poco apartados de los demás, pero otros se habían rezagado más. Y es que el hombre adquiere un sexto sentido cuando lleva bastante tiempo contemplando las pantallas de sonar; un instinto que le permite deducir más de lo normal de las motas en movimiento. Sin pensarlo, accionó el control que pondría en marcha las turbinas. El Sub 5 empezaba a moverse cuando resonaron tres golpes sordos en el casco, como si alguien llamase a la puerta y quisiera entrar.

—¡Que me aspen! —dijo Don—. ¿Cómo habéis llegado aquí?

No se molestó en encender la TV; habría reconocido la señal de Benj en cualquier parte. Las marsopas estaban sin duda en las cercanías y lo habían localizado antes de que él diese el toque de caza. Por milésima vez, se maravilló de su inteligencia y de su fidelidad. Era extraño que la Naturaleza hubiese realizado dos veces el mismo

truco: en tierra, con el perro; en el océano, con la marsopa. ¿Por qué querían tanto estos graciosos animales marinos al hombre a quien debían tan poco? Esto hacía pensar que a fin de cuentas la raza humana valía algo, ya que podía inspirar una devoción tan desinteresada.

Se sabía desde hacía siglos que la marsopa era al menos tan inteligente como el perro y que podía obedecer órdenes verbales muy complejas. Todavía se estaban haciendo experimentos; si éstos tenían éxito, la antigua sociedad entre el pastor y el mastín tendría un nuevo modelo en la vida.

Don puso en marcha los altavoces ocultos en el casco del submarino y empezó a hablar con sus acompañantes. La mayoría de los sonidos que emitía no habrían significado nada a los oídos humanos; eran producto de una larga investigación por parte de los etólogos de la World Food Administration. Dio una orden y la reiteró para asegurarse de que lo habían comprendido. Después comprobó con el sonar que Benj y Susan lo estaban siguiendo a popa, tal como les había dicho.

Los cuatro ecos que le habían llamado la atención eran ahora más claros y cercanos, y el grueso de la manada de ballenas había pasado más allá, hacia el este. No temía una colisión; los grandes animales, incluso en su pánico, podían sentir su presencia con la misma facilidad con que él detectaba la de ellos, y por medios similares. Don se preguntó si debía encender su radiofaro. Ellos reconocerían su imagen sonora y esto les tranquilizaría. Pero el enemigo aún desconocido también podía reconocerle.

Se acercó para una interceptación y se inclinó sobre la pantalla como para extraer de ella, por pura fuerza de voluntad, hasta las menores informaciones que pudiese proporcionarle. Había dos grandes ecos, a cierta distancia entre ellos, y uno iba acompañado de un par de satélites más pequeños. Don se preguntó si llegaba demasiado tarde. Pudo imaginarse la lucha a muerte que se desarrollaba en el agua a menos de un par de kilómetros. Aquellas dos manchitas más débiles debían de ser el enemigo (tiburones o pequeños cetáceos asesinos) atacando a una ballena mientras una de sus compañeras permanecía inmovilizada por el terror, sin más armas para defenderse que sus poderosas aletas.

Ahora estaba casi lo bastante cerca para ver. La cámara de TV, en la proa del Sub 5, escrutó la penumbra, pero al principio sólo pudo mostrar la niebla de plancton. Entonces empezó a formarse en el centro de la pantalla una forma grande y vaga, con dos compañeras más pequeñas debajo de ella. Don estaba viendo, con la mayor precisión pero irremediabilmente limitado por el alcance de la luz ordinaria, lo que el sonar le había comunicado.

Casi al instante, se percató del error que había cometido. Los dos satélites eran crías, no tiburones. Era la primera vez que veía una ballena con gemelos; aunque los partos múltiples no eran desconocidos, la ballena hembra sólo podía amamantar a dos pequeños a la vez y generalmente sólo sobrevivía el más vigoroso. Ahogó su contrariedad, el error le había costado muchos minutos y debía empezar la búsqueda

de nuevo.

Entonces oyó el frenético golpeteo en el casco que significaba peligro. No era fácil asustar a Benj, y Don le gritó para tranquilizarlo mientras hacía girar el Sub 5 de manera que la cámara pudiese registrar las aguas a su alrededor. Se había vuelto automáticamente hacia la cuarta mota en la pantalla del sonar, el eco que había imaginado, por su tamaño, que era otra ballena adulta. Y vio que, a fin de cuentas, había localizado el sitio preciso.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja—. No sabía que los hubiese tan grandes.

En otras ocasiones había visto grandes tiburones, pero se trataba de vegetarianos inofensivos. Éste (pudo darse cuenta a primera vista) era un tiburón de Groenlandia, el asesino de los mares del Norte. Se creía que podía alcanzar hasta nueve metros de largo, pero este ejemplar era mayor que el Sub 5. No tenía menos de doce metros desde el hocico a la cola y, cuando él lo descubrió, se estaba ya volviendo contra su víctima. Como cobarde que era, iba a atacar a una de las crías.

Don gritó a Benj y a Susan, y observó que entraban a toda prisa en su campo visual. Se preguntó un instante por qué odiarían tanto las marsopas a los tiburones; entonces soltó los controles, dejando al piloto automático la tarea de enfocar el blanco. Retorciéndose y girando tan ágilmente como cualquier otra criatura marina de su tamaño, Sub 5 empezó a acercarse al tiburón, dejando en libertad a Don para concentrarse en el armamento.

El asesino estaba tan absorto en su presa que Benj lo pilló completamente desprevenido, golpeándole justo detrás del ojo izquierdo. Debió de ser un golpe doloroso: un morro duro como el hierro, impulsado por un cuarto de tonelada de músculos moviéndose a ochenta kilómetros por hora, es algo que ni los peces más grandes pueden menospreciar. El tiburón giró en redondo en una curva extraordinariamente cerrada y Don casi saltó de su asiento al virar de golpe el submarino. Si esto continuaba así, le sería difícil emplear el agujijón. Pero al menos el asesino estaba ahora demasiado ocupado como para pensar en sus presuntas víctimas.

Benj y Susan estaban acosando al gigante como los perros que muerden las patas de un oso furioso. Eran demasiado ágiles para ser presa de aquellas feroces mandíbulas, y Don se maravilló de la coordinación con que trabajaban. Cuando uno de ellos emergía para respirar, el otro esperaba un minuto para poder seguir el ataque con su compañero.

Parecía que el tiburón no se daba cuenta de que un adversario mucho más peligroso se le estaba viniendo encima y que las marsopas no eran más que una maniobra de distracción. Esto convenía mucho a Don; la próxima operación sería difícil, a menos que pudiese mantener un rumbo fijo durante quince segundos como mínimo. En caso de necesidad, podía usar los pequeños torpedos, y sin duda lo habría hecho si hubiese estado solo frente a una bandada de tiburones. Pero la situación era confusa y había un sistema mejor. Prefería la técnica del estoque a la de la granada de mano.

Ahora estaba a tan sólo quince metros de distancia y se acercaba con rapidez. Nunca se le ofrecería una oportunidad mejor. Apretó el botón de lanzamiento.

De debajo de la panza del submarino salió disparado algo que parecía una raya. Don había reducido la velocidad de la embarcación; ahora ya no tenía que acercarse más. El pequeño proyectil, en forma de flecha y de sólo medio metro de anchura, podía moverse más de prisa que la embarcación y recorrería el trayecto en pocos segundos. Mientras avanzaba a gran velocidad, fue soltando el fino cable de control, como una araña subacuática desprendiendo su hilo. A lo largo del cable pasaba la energía que impulsaba al aguijón y las señales que lo dirigían hacia el objetivo. Don se había olvidado completamente de su propia embarcación, en su esfuerzo por guiar aquel misil submarino. Respondía tan de prisa a su contacto que tuvo la impresión de que estaba controlando un sensible y enérgico corcel.

El tiburón vio el peligro menos de un segundo antes del impacto. El parecido del aguijón con una raya corriente le había confundido, tal como habían pretendido los diseñadores del arma. Antes de que el pequeño cerebro pudiese darse cuenta de que ninguna raya se comportaba de aquella manera, el misil dio en el blanco. La aguja hipodérmica de acero, impulsada por la explosión de un cartucho, atravesó la dura piel del tiburón y éste saltó en un frenesí de pánico. Don puso rápidamente marcha atrás, pues un coletazo le haría saltar como un guisante en un bote y podría incluso causar daño al Sub. Ahora no podía hacer nada más, salvo hablar por el micrófono y llamar a sus mastines.

El maldito asesino estaba tratando de arquear el cuerpo para poder arrancarse el dardo envenenado.

Don había guardado ya el aguijón en su escondite, satisfecho de haber podido recobrar indemne el misil. Observó despiadadamente cómo el monstruo sucumbía a su parálisis.

Sus movimientos se estaban debilitando. Nadaba sin rumbo y, en una ocasión, Don tuvo que apartarse hábilmente a un lado para evitar un choque. Al perder el control de flotación, el animal ascendió moribundo a la superficie. Don no trató de seguirlo; esto podía esperar hasta que hubiese resuelto asuntos más importantes.

Encontró a la ballena y a sus dos crías a un kilómetro y las examinó minuciosamente. Estaban ilesas, y no había necesidad por tanto de llamar al veterinario, en su especial submarino de dos plazas, capaz de resolver cualquier crisis cetológica, desde un dolor de estómago a una cesárea. Don tomó nota del número de la madre, grabado debajo de las aletas. Las crías, a juzgar por su tamaño, eran de esta temporada y aún no habían sido marcadas.

Don estuvo un rato observando. Ya no estaban alarmadas, y una comprobación por el sonar le había mostrado que la manada había interrumpido su desafortunada fuga. Se preguntó cómo podían saber lo que había ocurrido; se había aprendido mucho

sobre la comunicación entre ballenas, pero muchas cosas aún seguían siendo un misterio.

—Espero que me agradezca lo que he hecho por usted, señora —murmuró.

Entonces, mientras pensaba que cincuenta toneladas de amor maternal era un espectáculo realmente asombroso, vació los depósitos y ascendió a la superficie.

El mar estaba en calma, por lo que abrió el compartimento estanco y asomó la cabeza por la pequeña torre. El agua se hallaba a sólo unos centímetros de su barbilla, y de vez en cuando una ola hacía un decidido esfuerzo para inundar la embarcación. Había poco peligro de que esto ocurriese pues había fijado la escotilla de manera que era como un tapón completamente eficaz.

A quince metros de distancia, un bulto largo y de color de pizarra, como una barca panza arriba, se estaba meciendo en la superficie. Don lo miró e hizo algunos cálculos mentales. Una bestia de este tamaño sería muy valiosa: con un poco de suerte, tal vez conseguiría una doble recompensa. Dentro de unos minutos radiaría su informe, pero de momento era agradable respirar el aire fresco del Atlántico y sentir el cielo despejado sobre su cabeza.

Una bomba gris saltó desde las profundidades y volvió a caer sobre la superficie del agua, salpicándolo de espuma. No era más que la modesta manera que tenía Benj de llamar su atención; un instante después, la marsopa se encaramó a la torre, para que Don pudiera acariciarle la cabeza. Sus ojos grandes e inteligentes se fijaron en él: ¿era mera imaginación, o bailaba en sus pupilas un regocijo casi humano?

Como de costumbre, Susan se mantuvo tímidamente a distancia hasta que los celos pudieron más que ella y empujó a Benj a un lado. Don distribuyó sus caricias con imparcialidad y se disculpó porque no tenía nada para darles. Decidió reparar esta omisión en cuanto regresase al *Herman Melville*.

—También iré a nadar con vosotras —prometió— con tal de que os portéis bien la próxima vez.

Se frotó reflexivamente un gran cardenal producido por las ganas de jugar de Benj, y se preguntó si no era ya un poco viejo para juegos tan duros como éste.

—Es hora de volver a casa —dijo firmemente, metiéndose en la cabina y cerrando de golpe la escotilla. De pronto notó que estaba hambriento y que aún no había tomado el desayuno. No había muchos hombres en el mundo con más derecho que él a la comida de la mañana. Había salvado para la humanidad más toneladas de carne, aceite y leche de lo que se podría calcular.

Don Burley era el guerrero feliz, volviendo a casa después de una batalla que el hombre siempre tendría que librar. Estaba manteniendo a raya el espectro del hambre con el que había tenido que enfrentarse la humanidad en todas las etapas anteriores, pero que nunca volvería a amenazar al mundo mientras los grandes cultivos de plancton produjesen millones de toneladas de proteínas, y las manadas de ballenas obedeciesen a sus nuevos amos.

El hombre había vuelto al mar después de eones de exilio; hasta que se

congelasen los océanos, no volvería a tener hambre...

Don miró la pantalla al fijar el rumbo. Sonrió al ver los dos ecos que sostenían el ritmo de la mancha de luz central correspondiente a su embarcación.

—Aguantad —dijo—. Los mamíferos debemos mantenernos juntos.

Entonces puso en marcha el piloto automático y se retrepó en su asiento.

Y ahora Benj y Susan oyeron un ruido muy peculiar que subía y bajaba contra el zumbido de las turbinas. Se había filtrado débilmente a través de las paredes de Sub 5, y sólo los sensibles oídos de las marsopas podían haberlo detectado. Pero por muy inteligentes que fuesen, difícilmente se hubiese podido esperar que comprendiesen por qué Don Burley estaba anunciando, en voz estridente, que se estaba dirigiendo a la Última Ronda...

EXTRAÑO

Lester del Rey

Había un tenue balanceo sobre las aguas del Atlántico y los marineros de la pequeña embarcación de treinta pies, apenas notaban la suave brisa. Larry Cross inclinó el cuerpo sobre el timón y puso rumbo hacia la pequeña isla de roca hacia un trozo de playa alejado del puerto. Era la primera vez que veía tierra desde hacía tres días, y esto era lo que menos importaba en aquellos momentos, pues sabía podía ser un arrecife de coral. Pero hacia allí se dirigía de todos modos.

Un ronquido sordo y profundo como si procediera de un borracho, llegó hasta Cross desde la cabina que le hizo fruncir el ceño y aparecer una mueca de desagrado en su rostro. Mientras contemplaba el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, volvió a sus oscuros pensamientos, que se ceñían a él y a Al Simmonds, olvidando así los ronquidos que antes le interrumpieran.

En más de doce ocasiones, tras la caída de aquel hombre durante la tormenta a causa del licor que había ingerido, pensó Cross en tirarle por la borda. Pero todo ello se había quedado con todos sus otros sueños de violencia y acción. Si hubiera tenido entrañas suficientes, no hubiera permitido nunca que Simmonds le hablara de aquel loco intento de dar la vuelta a la tierra en la pequeña embarcación de Cross... o bien, hubiera abandonado la empresa al darse cuenta de la clase de hombre que era. Fornido hombretón este Simmonds.

Tuvo la intención de dejarle abandonado en el primer puerto, y llegó a intentarlo en Capetown. Pero ahora, con New Zealand tras ellos y de vuelta a su tierra, había abandonado casi la idea. Si conseguían regresar, sabía que llegaría a escribir el libro que antes había pensado, pero cuyas hazañas tendría que compartir, mientras que Simmonds sería en cierto modo quien conquistaría la gloria y la mayor parte del dinero que pudieran ganar.

El viento se aplacó totalmente y la embarcación casi se detuvo. Cross pensó en hacer uso de los medios auxiliares, pero la gasolina era más preciosa que el tiempo. De todos modos, si se mantenían en aquellas circunstancias demasiado tiempo, se hallaban lo suficientemente cerca de una línea aérea que le permitiría poder pedir ayuda con el transmisor de emergencia. Miró hacia arriba, buscando de un modo ridículo un avión que había pasado dos horas antes; el cielo se hallaba solitario.

Mas de pronto, del cielo salió como una chispa roja que se iba acercando a una velocidad inusitada desde el horizonte. Levantó la cabeza nuevamente para seguirlo con la mirada. En escasos segundos se convirtió en un cilindro a cuyo alrededor se describían tres órbitas, todas ellas llevando consigo la apariencia de un metal incandescente. Era algo así como lo que había visto en las películas de cohetes espaciales del futuro y que aterrizaban a velocidades supersónicas. Pero aquello era

ridículo...

En aquellos instantes aquella masa se inclinaba tomando las dimensiones de un avión ante sus ojos. Se abalanzaba sobre el océano en su loca trayectoria. Después fue rozando la superficie del agua, y a su paso, una nube de vapor se elevaba de la misma, mientras que aquel extraño objeto se dirigía abiertamente sobre la embarcación, hacia una colisión frente a frente.

Cross fue directamente hacia la cabina, operación que no le servía de nada, llamando con todas sus fuerzas a Al. Pero no había tiempo. Retrocedió rápidamente y se fue hacia la embarcación de salvamento que era hinchable saltando al agua por el lado posterior de la embarcación. Sus dedos encontraron la válvula y el bote hizo el ruido característico del CO₂ al hacerle aumentar de volumen. Por suerte el bote cayó al agua en su posición normal y no al revés como era de esperar en aquellas circunstancias, y las provisiones que en él había no se perdieron. Consiguió realizar las operaciones necesarias con él y comenzó a alejarse en la embarcación.

Aquel monstruo que resbalaba sobre el océano continuaba su carrera aún frenado por las aguas. No obstante se produjo un choque terrible y un ruido ensordecedor. El bote pareció saltar sobre las aguas y Larry pareció ser impulsado por una fuerza incontenible de aire, elevándose y volviendo a caer sobre su salvamento. Se volvió y sólo llegó a ver a aquel monstruo dando una convulsión final y empezando a hundirse, produciendo todavía vapor en su contacto con el agua.

Después se volvió hacia el otro lado para ver si podía apreciar lo que iba a ser de la embarcación. Pero su nave estaba dañada seriamente y no tenía tiempo para ir en busca de Al o de provisiones. Larry continuó mirando hacia aquel lugar sin llegar a comprender ni convencerse de lo que había ocurrido. Vio cómo el barco se hundía hasta que el mástil principal desapareció ante sus ojos. Separó su mirada de aquel lugar y recogió los remos plegables.

Algo salió a la superficie y un grito histérico rasgó el aire.

—¡Larry! ¡Larry! ¡Por Dios! ¡Ayúdame!

Unas manchas rojas se extendieron por la superficie mientras Simmonds trataba de abrirse paso y nadar entre ellas. Larry accionó con toda la fuerza que le permitían sus músculos sobre los remos y se acercó a la cabeza que sobresalía en la superficie. Simmonds se asió con fuerza a la embarcación y chilló a causa del dolor que le produjo el contacto de su pierna, rota sin duda alguna, sobre el borde del bote. La colisión debía haber tenido lugar en el punto mismo en que se hallaba la cabina. Estaba cubierto de heridas y quemaduras y bajo su cerrada y sucia barba su rostro se mostraba blanco por el temor y la agonía.

—Nos hundíamos Larry, ¡nos hundíamos! —se tendió sobre el fondo del bote y temblaba convulsivamente—. No sé cómo conseguí liberarme. Ese condenado torpedo, ¡la ha hecho buena, Larry!

Larry abrió la pequeña maleta de curas de urgencia y comenzó a rasgar su propia camisa. En cuanto a la pierna, no podía hacer mucho por ella, sino era administrar

una abundante dosis de codeína.

—No era un torpedo, Al, sino un cohete espacial que se salió de su línea de vuelo y no pudo recuperar el control.

—¡Estás loco! ¡No digas tonterías! Aún no hay cosas de esas, ¡estoy seguro de ello!

Simmonds siempre lo sabía todo, aun lo que desconocía, pero Larry tuvo que reconocer que en aquella ocasión Simmonds tenía razón. Se encogió de hombros y respondió:

—Está bien, tienes razón, aún no tenemos cosas de esas. Vendría de Marte. Pero ahora tumbate aquí y yo remaré hacia una isla que vi antes. Bastante suerte tenemos de estar vivos todavía, así que no te quejes.

Comenzó a remar con todas sus fuerzas, y poco después pensó en todo cuanto había acabado anteriormente. ¡Monstruos de las estrellas que hacían uso de la Tierra como un campo de aterrizaje! Recordaba un libro de Charles Fort en el que aseguraba que tales cosas eran ciertas. Había meditado alguna vez anteriormente en aquello, sintiéndose romántico, al pensar en el primer contacto del hombre con tierra y vida extraña. Pero saber que había cosas en alguno de aquellos mundos lejanos que podían cortar y hendir la inmensa distancia del océano... Tembló hasta que el dolor físico que le producía el continuo remar le hizo volver a la realidad. Simmonds estuvo lamentándose durante unos minutos hasta que la codeína surtió los efectos esperados y sus dolores se apaciguaron.

Empezaba a oscurecer cuando Larry fondeó con su bote.

Simmonds había perdido el conocimiento, pero de cuando en cuando lanzaba algún suspiro tenue de dolor.

Había un trecho muy angosto de playa arenosa, que sin duda alguna se cubría de agua cuando subía la marea y luego una cadena rocosa que se alzaba en una pendiente de cuarenta pies. Por el lado más ancho, la isla tenía menos de media milla. Larry había tocado tierra donde la roca se abría brecha formando un arrecife rocoso, y nada más llegar empezó a buscar un posible albergue. Cerca de la cima había un cortante horizontal que quizá les ofreciera refugio en el caso de poder llegar hasta él.

Dejó solo a Al y cogió un recipiente con agua, las medicinas y comida. Era una escalada difícil pero consiguió llegar al lugar que se había propuesto. No era lo en aquellos momentos hubiera deseado como refugio, pero era lo mejor que se podía encontrar allí. Aquel techillo rocoso adentraba formando una especie de cueva y ofreciendo una superficie lisa donde podrían dormir. Dejó allí las provisiones y descendió suavemente, mientras las últimas luces del día se apagaban lentamente.

Simmons se quejaba con un poco más de fuerza y sin duda tenía fiebre. Larry le suministró más droga. Cogió el resto del agua que poseían, la pila eléctrica, y se cargó al compañero a sus espaldas tras lo cual renovó la escalada. Le costaba un esfuerzo endemoniado cada paso que daba, pero al fin consiguió llegar a la meta. Al se quejaba mientras Larry le bajaba con todo cuidado y le dejaba descansando sobre

la roca lisa. Se tendió a su lado disponiéndose a descansar.

Un poco de agua les haría bien. Consiguió hacer pasar unas gotas por la garganta de Simmonds. Después pensó en descender nuevamente. El bote sería un lecho mucho más cómodo y apropiado para Simmonds y quizá necesitaran el equipo de pesca. Pero por encima de todo, tenían que poseer el pequeño transmisor; tenía que tenerlo a punto cuando al día siguiente el avión volase por encima de ellos.

Cuando por fin llegó abajo, estaba completamente oscuro y sin luna. Cross llevaba consigo la linterna que encendía esporádicamente. Cuando llegó a terreno liso, restringió totalmente su uso para ahorrar baterías. Sus manos localizaron una roca grande y se sirvió de ella como guía fiándose solamente del tacto. Llegó hasta el bote, se apoderó de él, y a tientas, buscó el transmisor.

No estaba allí. Encendió las luces y no vio nada. El bote estaba vacío. Enfocó la linterna hacia el suelo, y encontró los aparejos de pesca, pero no había ni la menor señal del transmisor. De pronto quedó helado mirando la arena húmeda.

Había unas huellas que se cruzaban con las suyas, rodeando al bote y que se alejaban de la playa, dirigiéndose hacia el *cul-de-sac* que se formaba al final de aquella serie rocosa.

Las memorias de los caníbales y los salvajes llegaron a su mente brusca y repentinamente. Pero estas imágenes se vieron reemplazadas inmediatamente por la acuciante necesidad del transmisor. Metió la mano en el bolsillo y sacó un cuchillo de hojas múltiples y abrió la mayor. Echó una última mirada a la curva que describía la playa y apagó la luz.

La playa era muy llana. Aceleró el paso tratando no obstante de producir el menor ruido posible. Se guiaba en su camino por la dureza de la arena; una vez hubo pasado la curva aceleró su paso. La playa terminaba a cuatrocientos pies de allí bordeada por el mar y por un arrecife imposible de escalar de unos cincuenta pies de alto. La parte arenosa no tenía más que unos cuantos pies de ancho y por lo tanto no podía haber ningún motivo que impidiera la localización del ladrón aun sin encender la linterna. Además quizá fuera preferible tener la ventaja de la sorpresa.

Unos cincuenta pies antes de llegar al final, tropezó con algo que le recordó la blandura y la suavidad de la grasa. Cayó sobre la arena preso de terror y los nervios de punta. Allí había algo que se le hacía muy extraño, al mismo tiempo que sobre su rostro sintió un arañazo muy agudo. Volvió a levantarse y encendió la linterna.

Aquello le llenó de terror. El ser tenía dos piernas, dos brazos y una sola cabeza, pero no había nada de humano en él. Todos los miembros eran larguísima y al final de los mismos poseía unas uñas retráctiles, igual que los felinos, en cada uno de los dedos. Al menos visiblemente, no poseía orejas ni nariz. La piel tenía un tono verdusco excepto en la parte frontal de la cabeza, totalmente desprovista de pelo. Aun inclinado era más alto que Larry. Bajo uno de sus brazos llevaba el transmisor que había cogido del bote. La otra mano estaba hundida en lo que aparentemente parecía una bolsa abdominal natural en aquellos seres.

Larry saltó hacia delante, describiendo un círculo en el aire con el cuchillo. Falló el golpe, pero «aquella cosa» pareció darse cuenta del ataque que sufría. Dobló las piernas y saltó limpiamente hacia arriba, a unos cuantos pies de altura hasta la cima del borde del arrecife. Se escabulló por aquel sitio y desapareció, llevándose el transmisor. Unos segundos más tarde, una piedra enorme caía pesadamente a pocos centímetros de donde se hallaba Larry.

Dejó caer el cuchillo, por el susto, aunque después al reaccionar tuvo que avanzar para recogerlo de nuevo, esperando mientras hacía esto que cayesen más rocas. No fue así. Encontró el cuchillo, lo agitó en el aire y corrió de nuevo hacia el bote alejándose del arrecife. Iba sorteando las rocas con la linterna, pero no vio ni el menor rastro de otro ser.

No era un monstruo de Marte, de Venus o de otro planeta solar. Era algo que había llegado desde un planeta más pesado, pero un planeta con oxígeno, que era tanto como decir que daba vueltas alrededor de otro sol. Era algo que podía andar, saliendo de una nave hundida en el fondo del mar, que podía desplazarse nadando sobre la superficie a la misma velocidad que él lo había hecho remando en su bote, y además en una distancia de bastantes millas, que podía elevarse a quince pies de un salto. ¡Quizá pudiera ver también en la oscuridad!

Fue recogiendo los trozos de madera seca que iba encontrando y los fue metiendo en la embarcación antes de cargarse ésta a la espalda. Fue abriéndose camino hasta el cobijo, totalmente nervioso ante la inquietud de poder ser atacado a cada paso. Pero nadie lo hizo. La luna se levantaba extendiendo su luz por encima de la isla.

Larry una vez en el refugio, descansó unos minutos y volvió a otear amparado por la linterna los alrededores del refugio. Medio satisfecho se volvió hacia Simmonds. Rompió el trozo de pantalón que cubría la pierna rota y no pudo hallar ninguna señal que le indicase que el hueso había desgarrado la piel saliendo al exterior. Parecía una simple fractura. Se entregó con avidez sobre el libro de primera ayuda sanitaria, encontrando en él poca ayuda para aquel caso concreto, limitándose a atar y estabilizar con sus propios cinturones y con lo que pudo encontrar la herida producida.

Le ató los brazos a su compañero estrechamente contra los costados y luego se sentó sobre el vientre y las caderas de aquel hombre. Luego, desfallecido por la angustia y trastornado por la operación que tenía que realizar y a la que no estaba acostumbrado, empezó la difícil operación de colocar nuevamente el hueso en su sitio.

Simmonds salió del estupor que hasta entonces conservara desde la primera contorsión que el otro imprimiera a su pierna, intentando moverse con toda violencia y quejándose de un modo lastimero. Cargó una vez más con el hombre quejumbroso y le instaló en el bote todavía hinchado.

Simmonds se las arregló para adoptar una posición medio sentado desde la que pudiera mirar acusadoramente a Larry:

—Al menos podías haberme dado algo para beber. Soy un hombre enfermo. Para eso trajimos las botellas de emergencia.

—Esa te la bebiste al tercer día de salir de New York —le respondió Larry sin contemplaciones—. Y te has bebido una docena más a partir de entonces. Toma, tómate esto. —Le dio dos pastillas más de codeína, observando por vez primera las pocas que quedaban al mismo tiempo que agudizaba los oídos por si oía algún ruido.

Simmonds estalló en un torrente de insultos, y le costó más de media hora tranquilizarse, mientras Larry se culpaba a sí mismo de no haberle dejado en el mar. Pero se tragó las palabras que pugnaba por decir del mismo modo que se tragaba otros golpes que le proporcionaba un mundo en el que él no contaba para nada.

Si hubiera tenido alguna otra cosa, algún otro motivo por el que quedarse, con toda seguridad que no se hubiera embarcado con aquel hombre en aquel viaje. Pero se había quedado sin padres siendo muy joven y tenía que vivir con familiares que no le querían. No había ido a la escuela por pura mala suerte. Había intentado ser escritor de novelas de ficción y no había pasado de escribir artículos de pesca y marinería. Naturalmente hubo una muchacha en su vida, en cierta ocasión, pero se quedó sin ella al mismo tiempo que se había quedado sin sus ahorros. Lo único bueno que recordaba era haber heredado la embarcación de un tío suyo, y ahora aquella nave extraña se le había hundido.

Con Simmonds dormido nuevamente, Larry salió para echar una ojeada por la isla. Todo estaba aparentemente tranquilo. El monstruo continuaba escondido y probablemente investigando el transmisor a menos que se hubiera desembarazado de él por ser demasiado simple.

Pensó detenidamente que aquella criatura había realizado un viaje entre las estrellas y que para aquel ser, él no era más que un salvaje en un mundo olvidado. Él era un ser civilizado y no una bestia de proa. Quizá aquel ser estaba tan desesperado y asustado como él mismo. Si fuera a su encuentro para intentar una amistad...

Sacudió la cabeza rápidamente. De acuerdo, él era un salvaje. ¿Pero qué haría él si supiera que otro ser, un salvaje caníbal tal vez, estuviera en la isla con él? Quizá él mismo no era más que una bestia semiinteligente para aquel otro ser. No se confiaría en un gorila aunque los hombres y los gorilas, tanto los unos como los otros procedían de la misma familia y del mundo. En una situación como ésta, cualquiera de los dos tenía que suponer que el otro querría matarle. Y si los dos eran criaturas que procedían de la voluntad de Dios, ni el uno ni el otro se esforzarían en demostrarlo.

El recuerdo de las zarpas que había sobre las manos de aquel ser volvió a su memoria y le hizo pensar en que poseía armas naturales. Miró a lo lejos entre las sombras temblando y bostezando por el sueño. Pero no podía dormir en aquel peligro al acecho. Sin embargo, se sorprendió a sí mismo dando unas cabezadas de cuando en cuando. Salió de la posición en que se hallaba y se acercó a unas rocas, al lugar donde había descansado por vez primera. Allí encontró un rincón bien escondido entre las

sombras desde donde podría vigilar y el cual le forzaba a adoptar una postura incómoda que pensó le convendría, pues de ese modo podría despertarse en cuanto se produjera el menor ruido. Llegó hasta él un sonido que procedía de Simmonds y que éste emitía entre sus sueños de pesadilla. Larry corrió hacia él y Simmonds continuaba chillando aunque ahora con palabras entrecortadas.

—¡Satán! ¡Es el demonio que viene por mí! ¡Oh, Dios! ¡Dios, no dejes que se me lleve! No...

Larry le sacudió para quitarle la histeria.

—Ya vale, Al. Aquel extraño ser está entre las rocas. Vino de las estrellas y no de ningún infierno imaginable. Yo mismo le vi antes en la playa. No es más que otra forma de vida y no es más demonio que yo... ¡así lo espero al menos!

—Estaba inclinado sobre mí amenazándome con un gran cuchillo. Me quería matar. ¡Y hubieras dejado que lo hiciera!

Simmonds cortó sus palabras para caer en una respiración profunda y llena de ansiedad. Larry le tocó el rostro y reconoció que estaba ardiendo pero todavía no deliraba. De pronto le suscitó un nerviosismo que contrastaba con el terror anterior.

—Somos ricos. Bien, muchacho, lo conseguimos. ¡Qué suerte...! Solos en esta isla con el primer desembarco de Marte. ¡Pero hombre!, esto va a ser más importante y va a producir más eco que el primer vuelo de Lindbergh. ¿Aún tienes el cuchillo? Sí, claro. Y si sale de su cohete o del escondrijo donde se halle, no podrá tener armas. Claro, lo del cuchillo no eran más que imaginaciones mías —está demasiado oscuro para ver llevara armas o no. —Sus ojos miraron alrededor de la cueva, débilmente iluminada aún por la luz de la linterna—. El remo y el cuchillo serán armas suficientes.

—¿Qué crees que voy a hacer? ¿Salir y matar ese ser, sólo por podernos llevar de aquí un trofeo con nosotros? —preguntó Larry con desagrado.

Simmonds asintió:

—¡Y qué trofeo! ¡Nos ganaremos un millón de los grandes! ¡Qué libro! Claro, si yo pudiera moverme, ya me inventaría algo para atraparle vivo. Pero tú no eres todavía un hombre bien formado, muchacho. Te aseguro que no le atrapas. Bueno, mañana cuando hagas señales al avión...

—Ese tipo se ha llevado el transmisor...

Simmonds lanzó un improperio con todas sus fuerzas mientras Larry le daba todos los detalles. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, cuando lo cojas, ten cuidado en recuperarlo. Razón de más para atraparle. ¿Y si me dieras un poco de agua, Larry? Estoy ardiendo.

Larry le acercó el recipiente y esperó mientras el otro bebía ruidosamente. Pensó en echar un trago él también y se dirigió hacia el lugar donde antes dejara el otro recipiente, pero quedó paralizado al ver que había desaparecido. Lo buscó por todas partes pero fue inútil. Aquel otro ser que vagaba por la isla se había llevado el otro bidón de agua.

Casi seguro que no había agua fresca por la isla. Si aquella criatura necesitaba agua y guardaba el transmisor para él, lo que era tanto como no poder solicitar ayuda para el rescate, en ese caso, la solución no era de las más éticas; no había otro remedio que matar o morir de sed. Localizó el remo y la cuerda que formaba parte de los enseres de pesca, apagó la luz de la linterna, y salió fuera para empezar la vigilancia que Simmonds había sugerido. Ahora ya parecía totalmente necesario.

¡Seres civilizados! Cuando un ser civilizado limitaba sus primeros contactos con la vida de otras razas a un problema de trofeos, ¿qué de bueno podría resultar? Quizá aquel ser extraño había sido un cazador de trofeos también. Quizá le había perdido de vista a él y había ido a Simmonds con ideas de cazador de cabezas.

El sol había salido antes de que Larry terminara la honda que se estaba fabricando con la cuerda que había cogido de la embarcación. Era ruda y quizá no lo suficientemente resistente, pero tendría que hacer las veces. Volvió a entrar de nuevo en la cueva para tomar un sorbo de agua y observó que Simmonds respiraba con más dificultad y que tenía más fiebre. Luego salió de allí y se encaminó hacia la cima de la isla.

Estaba formada toda ella por roca sólida, cuyo conjunto estaba dividido en dos, uno de cuyos extremos empezaba cerca de la cueva. La mitad donde él se hallaba estaba a unos cuarenta pies por encima del mar; el otro lado era más agreste pero unos quince pies más alto que el que ocupaba. A excepción del trozo de playa, el resto era roca que se elevaba directamente desde el mar. No había ni la menor señal de agua.

Pero vio al extraño. Se había instalado en un llano un poco más bajo frente por frente a la cueva, parcialmente escondido entre un grupo de rocas desde donde podía vigilarles. A su alrededor se hallaban los despojos del transmisor y a un lado el recipiente de agua. Larry le miró lleno de rabia, pues sabía que no podría poner en funcionamiento el aparato aunque pudiera recuperarlo.

Un ruido sordo se alzó por encima de su cabeza que le hizo levantar el rostro para ver el avión que en aquellos momentos sobrevolaba la isla en su ruta regular. Con el transmisor les hubieran ayudado en unos cuantos segundos; pero iba demasiado alto para poderle hacer gestos o señales.

El extraño ser también miró hacia arriba. Y entonces vio a Larry. Este agitó su honda en el aire, tiró la piedra, y echó a correr por la ladera de la colina hacia abajo. El otro vio su ventaja y levantó una piedra que debía pesar cincuenta libras y se la arrojó como si tal cosa, más lejos de lo que Larry la hubiera podido arrojar con la honda.

Larry hizo caso omiso del arma que para nada le servía y el otro volvió a lo que estaba haciendo con el transmisor. Aquél bajó la pendiente y se introdujo en la cueva donde Simmonds se agitaba incesantemente.

—Un trago —susurraba el hombre—. Quiero echar un trago. Eh, camarero, ¿es que no sirven aquí? Quiero echar otro trago y del bueno. Que queme. Bien caliente.

¡Deme un trago!

Larry cogió el recipiente y se lo entregó al otro. Simmonds lo llevó con inseguridad a la boca. Simmonds tragó una vez y luego otra. Después lo arrojó con rabia.

—A mí no se me engaña, ¿sabe? ¡Agua!

Como sacando fuerzas de donde no había, levantando el recipiente lo arrojó contra la pared de la cueva desparramando el líquido. Larry lanzó un grito de rabia y de sorpresa, saltó tras el bidón y lo recogió de nuevo. Pero no quedaba dentro más que muy poca. El resto se desparramó por el suelo formando un charco que la tierra absorbía lentamente.

Se tiró al suelo y hundió sus labios en el agua sucia, aspirando con avidez antes de que se filtrara. Luego se quedó mirando el suelo reprochándose a sí mismo y a Simmonds.

Al otro lado de la vertiente, veía al extraño que les contemplaba. Levantó su puño con rabia hacia él. Pero no había tiempo para malgastar en amenazas. Sin agua, todas las ideas que había forjado tenía que acelerarlas. Cogió el impermeable que había sobre el bote, ató unos extremos del mismo con los otros para formar una especie de saco y se fue hacia la playa.

Trabajó con todas sus energías durante todo el día, sobre todo para llevar arena desde la playa hasta la gran meseta que se formaba sobre la isla, extendiéndola de tal modo que dibujaba un enorme signo de S.O.S. Ahora lo único que esperaba era que hubiera alguien en el avión que se diera cuenta de ello. Desde luego no podía ser muy optimista, pero la arena contrastaba bastante con la roca oscura.

El extraño ser continuaba muy ocupado con el transmisor y al parecer estaba recomponiéndolo y haciendo pruebas. Alrededor del mediodía pareció tomar un descanso y fue saltando por los arrecifes hacia el océano. Al cabo de unos minutos volvía con un pez. Repitió la operación varias veces, sin razón aparente a los ojos de Larry. Luego se tumbó sobre la roca como si durmiese. Estuvo Larry tramando algo para sorprenderlo, pero luego optó lo contrario, y al fin se durmió también durante un par de horas. Era menos arriesgado dormir durante el día. Durante la noche no tendría otro remedio que estar de pie y vigilante.

Simmonds pedía ahora agua a gritos, y Larry le dio la mitad de la que había quedado antes. A Larry le ardían también los labios pero apenas se los mojó. Luego se fue hacia el lugar donde había puesto el S.O.S. con la idea de agrandarlo. Desde luego era demasiado trabajo para un hombre que no tenía ningún sitio a donde volver.

Al fin le dio a Simmonds las últimas gotas de agua. Al en aquellos momentos se hallaba en pleno delirio y estaba encolerizado por no tener agua. Se sentó aspirando con fuerza en el recipiente vacío intentando de ese modo apurar la última gota. Larry se mojó los labios con su propia lengua y continuó trabajando. La luna empezaba a aparecer cuando hizo el último viaje para poner una gran flecha que señalaba las letras. Lo terminó y decidió bajar hacia la cueva preguntándose si los ojos del extraño

estarían escrutándole en aquellos momentos.

De pronto un chillido procedente de la cueva le sobresaltó y le hizo correr a toda prisa hacia allí. Oyó el ruido de rocas al desprenderse y vio una silueta que se alejaba. Larry cogió inmediatamente una roca, pero aquel ser había desaparecido. Se apresuró a entrar en la cueva y al hacerlo quedó perplejo.

Simmonds estaba sentado con un bidón que apoyaba sobre la boca. Desde allí oía el ruido que producía el líquido al salir del recipiente. Larry le arrebató el bidón de la boca y se hizo a un lado para que el otro no pudiera arrebatárselo de nuevo.

—¿De dónde sacaste esto?

—Del tipo ese —respondió Simmonds. El mismo miedo que había pasado le hacía ahora mostrarse bravucón—. Vino arrastrándose, sosteniendo eso para que pudiera verlo. Supuse en seguida lo que quería hacer. Quería dejármelo coger, que yo concentrase toda mi atención en el agua y entonces matarme. Entonces yo me hice el desapercibido como si estuviera desmayado. Cuando dejó el agua de manera que yo la pudiese alcanzar, le engañé. Empecé a gritar, me tiré a un lado y cogí la gruesa piedra que había aquí. Le di de lleno, en pleno rostro. Si hubiera tenido bien la pierna...

La historia de la piedra era mentira, resumió Larry. En ningún momento hubo tal piedra al alcance de la mano de Al. Pero el resto... No se atrevía a sacar una conclusión. También podía haber sido un gesto de camaradería. Quizá aquel ser no hacía uso del agua. También podía ser que el agua estuviera envenenada. O quizá había sido solamente una treta como argumentara Simmonds. De todos modos no nombró la posibilidad de envenenamiento; si era verdad, el daño ya estaba hecho y de nada serviría asustar a Al. Pero de pronto vio un montón pequeño de pescado que había en el suelo.

Al siguió su mirada y exclamó:

—¿Eh? No los había visto. ¿Para qué nos trae aquí un montón de pescados muertos?

—Para que los comamos, supongo —respondió Larry—. De ese modo verá los que nos comemos y por tanto sabrá los que nos son perjudiciales, igual que hacemos nosotros con los monos en la jungla. Déjale que vaya haciendo.

Arrojó parte del pescado hacia el océano. A juzgar por la fuerza de aquel ser, debía poseer un metabolismo mucho mayor que el de los hombres, con mayor necesidad de comida. Él y Al podían vivir con los concentrados.

De pronto oyó un ruido y volvió rápido hacia la cima de la colina.

Tenía razón en cuanto había supuesto. Vio que la silueta de aquel ser formaba la luna y que estaba terminando su trabajo. Mientras se acercaba a la cima, lanzó un grito. Oyó a continuación el ruido que el cuerpo de su antagonista produjo al chocar con el agua. Una vez allí Larry no podía seguirle.

Su señal de S.O.S. tan cuidadosamente construida, estaba deshecha. Había extendido la arena por todas partes, sin dejar la menor huella de socorro. De un modo

o de otro aquel ser había adivinado sus intenciones y todo su trabajo de un día lo había echado por tierra en unos minutos.

De pronto dio la vuelta, impulsado por una nueva idea. Este era el momento en que el transistor no estaba vigilado. Sin duda alguna estaba destruido, pero conseguirían hacerlo funcionar aunque sólo fuera para emitir algo parecido a señales. Al decía siempre que entendía bastante de electrónica, quizá era mentira, pero también podía ser verdad.

Bajó rápidamente la vertiente y comenzó a escalar por las rocas hacia el campamento del ser extraño.

Sin duda alguna, el transmisor había emitido algunas órdenes. El extraño ser lo había modificado, colocando los cables de toda la instalación de tal modo, que se apreciaban perfectamente fuera de la caja de guarnición. Larry se dio cuenta de que aquel ser procedente de las estrellas perseguía algo que estaba clarísimo. Enviaba mensajes en demanda de ayuda. Por tanto, eso significaba que había otros, compañeros suyos, en algún lugar del espacio. Parecía inconcebible que el escaso poder de aquel transmisor, pudiera servir para un trabajo como aquel. Además, parecía imposible que para un salvaje como aquel y con un transmisor de escasos vatios de fuerza pudiera enviar mensajes a todo alrededor del mundo.

Larry se inclinó hacia delante. De momento ya no le preocupaba el recuperar el aparato; lo primero de todo era conseguir que aquel monstruo no continuara con sus mensajes.

Saltó las últimas rocas que le separaban del transmisor, y nada más llegar a él, vio algo que desde la parte baja del arrecife saltaba sobre sí mismo y se alzaba a una altura de cincuenta pies. El salvaje lanzó un grito estremecedor y saltó hacia él. Larry se apresuró a coger el transmisor por uno de los cables.

¡Y sus nervios se estremecieron de un modo convulsivo! Sus músculos saltaron y se agitaron con brusquedad, mientras experimentaba un dolor y una sensación que nunca había notado anteriormente. Vio cómo el extraño ser corría hacia él cerrándole el camino. Pero no podía hacer nada contra ello. Sus músculos y sus nervios sufrieron un nuevo *shock*. Y de pronto el transmisor escapó de sus manos sin poderlo evitar y cayó sin fuerzas al suelo.

Más por suerte que por astucia, fue a parar en su caída sobre la arena que se extendía a sus pies. Quedó inerte, pero al cabo de unos segundos comenzó a arrastrarse con la mayor rapidez posible sin sentirse herido. Los efectos de la fuerza se desvanecieron tan pronto como rompió el contacto con el transmisor. Llegó medio arrastrándose por la vertiente hacia el refugio, sin oír apenas los quejidos semidelirantes de Al. Cualquiera que fuera el poder de la descarga eléctrica que había sacudido su cuerpo, había sido algo nunca conocido. Había experimentado *shocks* eléctricos en diversas ocasiones, pero nunca como éste, ni en intensidad ni con la sensación que le había hecho sentir.

Unos cuantos segundos más y el trastorno que aquello producía sobre su corazón

y pulmones le habría matado.

Quizá lo único que intentaba era mandar señales. Pero también cabía la posibilidad de que fuese una trampa, y en verdad que había ido hacia ella como un incauto.

Entonces sacudió la cabeza. Esto probaba lo peligroso de aquel ser una vez más, pero no la mala voluntad. Podía haber sido un deliberado intento de acabar con el que había fracasado; pero también podía ser que las señales emitidas por aquellos seres fueran perjudiciales a los hombres. También aquel chillido podía haber sido una advertencia para que no se acercara. No sabría decirlo ni explicarlo.

Al día siguiente, Al estaba peor y las reservas de agua se estaban agotando rápidamente. Larry se recriminó por haberse desembarazado del pescado, pues entonces recordó que el jugo que se obtenía de ellos por prensado era potable y un buen sustituto del agua fresca. Tendría que recurrir a la pesca si no podían conseguir que les llegara ayuda a tiempo.

Volvió a subir a la cima llevando consigo arena fresca. Pero en esta ocasión vio que el extraño ser se había emplazado allí. Toda aquella meseta había sido inundada de arena. Su enemigo debía haberse pasado toda la noche trabajando, y aun así parecía imposible que hubiera conseguido cubrir de arena aquella superficie. Intentó barrer toda la arena, pero la había en cada uno de los resquicios y grietas, en cada hoyo, y el viento que se había levantado devolvía la arena a aquel lugar inmediatamente después de que él la hubiera barrido. Se convenció de que al menos por aquel día, nada podría hacer.

El extraño ser estaba trabajando sobre el transmisor nuevamente pero esta vez volviendo a acoplar los cables. Se metió en el mar dos veces pero en aquellos momentos sus movimientos parecían más lentos que en otras ocasiones. Intentó arrastrarse hasta el transmisor mientras el otro lo tenía desprotegido. Pero antes de llegar hasta él un grito desgarrador le hizo volver el rostro hacia donde el salvaje se mantenía en pie, y que era la entrada de la cueva.

Ninguno de los dos podía moverse. El ser extraño podía moverse con mucha más rapidez que él. Pero aun así, si el uno se apoderaba del transmisor el otro entraba en la cueva, y si éste tomaba la iniciativa adentrándose en el refugio de los hombres, perdía el transmisor.

El viento sopló con más fuerza por la noche, dejando totalmente limpia de arena la meseta. Al había pasado una noche muy mala, pero por la mañana estaba más tranquilo. O bien la fiebre había bajado y estaba descansando, o bien se había puesto mucho peor. Larry no sabía cuál de las dos cosas podía ser y se hallaba en un mar de confusiones.

Volvió a bajar a la playa para recoger arena y recomenzar sus trabajos de mareaje. Ya era demasiado tarde para poderlo tener terminado para el avión de aquella mañana, pues cuando éste pasara no habría podido subir ni la mitad de la arena que necesitaba, pero de todos modos serviría para el día siguiente.

De repente se detuvo mirando hacia el campamento del extraño. En estos momentos el transmisor se veía perfectamente. Se arrastraba alejándose de él, avanzando literalmente a gatas. Se detuvo y se apretó con fuerza el estómago, para luego continuar con muchos esfuerzos centímetro a centímetro dirigiéndose hacia un grupo de rocas que estaba seguro le darían protección.

Larry quedó sorprendido y pensativo durante unos instantes. El transmisor tan a la vista podía no ser más que un reclamo. Y el «posible» enemigo (pues ya no estaba seguro de ello), estaba tal vez fingiendo. Por otra parte, cabía la posibilidad de que hubiera tenido razón cuando pensó que aquel ser era susceptible de poseer un alto índice de metabolismo, que daba como resultado una extenuación rápida. Toda aquella energía de que había hecho gala durante los días anteriores, era imposible que no tuviera una fuente vital que se la suministrara.

Larry anduvo cautelosamente estudiando los menores detalles y movimientos. La «cosa» le vio acercarse y haciendo unos esfuerzos fantásticos, intentó acelerar su marcha dirigiéndose hacia un refugio rocoso. En aquellos momentos se hallaba entre Larry y el transmisor, pero intentaba endemoniadamente salirse de aquel ángulo.

Súbitamente quedó rígido. Larry se detuvo y pensó en todas las posibilidades de cuanto se abría a sus ojos. Cuanto había a su alrededor ofrecía una oportunidad perfecta para dejar caer sobre su cabeza una piedra preparada con anterioridad desde lo alto. Sin embargo, el espacio que rodeaba a la otra criatura estaba llano y sin peligros a no ser el posible peligro de caer en las garras de aquel monstruo.

Sentía cómo sus manos se agarrotaban por el nerviosismo y el miedo mientras caminaba. ¿Cómo podía un hombre que se estaba extinguiendo a causa de la carencia de agua sudar inesperadamente mientras sufría todos los dolores de la sed? Se hallaba a veinte pasos de la «cosa»... después a diez... luego...

Los ojos de aquel ser se abrieron lentamente y lentamente se levantó, poniendo en ello todas sus fuerzas y tambaleándose bastante. Un inhumano ronquido salió de sus gargantas y sus labios, y entonces se llevó una mano hacia la bolsa que tenía sobre el estómago nuevamente. Larry alzó con rapidez su onda y se inclinó hacia delante.

La «cosa» evitó el impacto por milímetros. Volvió a tambalearse para después caer al suelo pesadamente. Durante unos segundos luchó por levantarse otra vez, pero le faltaron las fuerzas y se desplomó con un grito agónico. Abrió los ojos de par en par hacia Larry como resignado.

Larry levantó la onda y centró su tiro. La criatura no se movió. Pero luego dejó que la onda fuera perdiendo fuerza y la dejó reposar despacio a sus pies. No podía hacerlo. No tenía valor para aquello. Siendo niño había hecho él mismo un arco y flechas y se había ido a cazar. Había visto una ardilla, pero no tuvo valor para matarla.

Volvió sobre sus talones y fue en busca del transmisor. Esperaba que estaría ya totalmente destruido pero tenía que comprobarlo. Lo recogió y volvió. Los ojos de aquella «cosa» le siguieron en sus movimientos al mismo tiempo que pasaba

débilmente su aguda lengua púrpura por sus labios.

Larry se detuvo. Todavía le quedaba alimento concentrado en el refugio y el azúcar era seguramente un alimento para cualquier cuerpo protoplásmico. Sin embargo, siguió. No podía correr el riesgo. Era tanto como volver al antiguo rito del demonio haciéndose santo cuando se hallaba en apuros o enfermo.

Un ruido estremecedor atronó en el cielo. Volvió a sonar tal vez con más fuerza. Levantó los ojos. Venía directamente hacia él una especie de cilindro achatado por los extremos que tendría unos doscientos pies de alto y más de cien de ancho. No parecía en absoluto que fuese un cohete perdido o dispuesto a estrellar contra las rocas, pero en su acercamiento restallaba el aire de un modo increíble y con un ruido ensordecedor.

A una altura de cincuenta pies, detuvo su marcha y comenzó a posarse sobre la parte más llana y más alta de la meseta. Larry notó cómo el suelo temblaba durante unos segundos. Se abrió una puerta y se extendió una rampa.

Al fin las piernas de Larry respondieron. Saltó hacia atrás y se encaminó hacia las rocas por donde se había metido el extraño ser.

Dio unos pasos más y luego se detuvo. Había un agujero y una losa plana que casi podía cubrirlo. Era un refugio muy pobre, pero mejor que ninguno, y además aún le quedaba la onda.

Hizo una mueca de desagrado. Pero se metió en él y con grandes esfuerzos llegó a colocar la piedra sobre el agujero y se acomodó dentro. Aún podía ver desde allí el refugio en la cima de la vertiente donde estaba Al y parte del sector donde estaba el ser extraño que en este momento tenía los ojos cerrados.

Otros seres salieron corriendo de la nave y se extendieron por todas partes. De pronto uno de ellos hizo una señal y todos los otros vinieron corriendo a grandes saltos. Estuvieron al lado de su compañero en unos segundos, metiendo algo que parecían bolas por su garganta. En un segundo el extraño ser se sentó y comenzó a valerse por sí mismo con una increíble cantidad de lo que quiera que fuese, energía o poder.

El poder de recuperación de aquellos seres era fantástico. Larry esperó que de un momento a otro él señalaría su escondite, pero por el momento parecía estar equivocado. Dio una serie de lo que al parecer eran órdenes. Otros se fueron y se dirigieron hacia la nave mientras el extraño se movía más lentamente tras ellos llevando consigo el transmisor.

Unos minutos más tarde un grupo salió de la nave y se dirigió hacia el refugio, llevando unos fardos. Desde la distancia llegó hasta él una serie de chillidos que Larry reconoció eran de Al. Larry vio a un grupo de ellos llevando consigo a Al en una especie de camilla, mientras otro parecía examinarle la garganta con una especie de instrumento.

Al menos eran muy rápidos. Le había costado muchos días a Larry comprender que Al sufría además de la pierna rota, heridas internas.

Trabajaban sobre una nueva especie de vida y sin embargo acertaron inmediatamente. Tal vez intentarían salvar la vida de Al. ¡Sí que se llevaban con ellos un buen trofeo! Cuando menos, el extraño ser que practicaba el examen hacía gestos conminatorios para que se acercaran más de prisa a la nave.

Otros habían estado haciendo algo en el interior del refugio. Luego salieron de él con las manos vacías y se fue por la vertiente excepto el que llevaba ahora el transmisor, que manipulaba en él. De pronto saltó hacia donde estaba Larry, y dejó allí el transmisor y se fue hacia donde estaban sus compañeros.

Larry frunció el ceño. No podían dejarle tras ellos, para que pudiera hablar y explicarlo todo. Pero ¿creían realmente que él era tan tonto o simple como para caer en las trampas que le tendían? Usar el transmisor y volar por los aires; volver al refugio y lo mismo.

De pronto se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que hacer algo por el estilo. La única esperanza de sobrevivir que tenía estaba basada en el transmisor, en la comida y el agua del refugio. Con ellos podría vivir unos cuantos días, sin ellos moriría pronto. Aquellos seres no podían perder la partida.

Salió del agujero y se fue directamente hacia el transmisor, preguntándose si podría descubrir lo que habían hecho en él. Pero resbaló al caminar sobre una parte húmeda de la roca. Recuperó el equilibrio, miró hacia aquel lugar y vio una de las bolsas que los extraños seres habían traído a su compañero.

La recogió y con ciertos temores la olió. Había una que estaba casi llena y la llevó a sus labios, gustando y tragando aquel líquido blanco. Era agua. Aquel extraño ser había estado muriendo de sed y no de hambre... Y aun así había devuelto el bidón a Simmonds...

Era formidable. De un modo u otro se había percatado de que Simmonds estaba enfermo y sufría. Y le había llevado ayuda a pesar de su necesidad. Igual que había hecho él mismo, pensó.

Odiaba a Simmonds pero aun así había dejado que la mayor parte del agua fuera para él. No lo había podido evitar. Y el extraño, la «cosa», se había sacrificado para evitar que otro sufriera.

De pronto Larry cogió el transmisor y abrió la tapa. No tenía baterías pero los extraños las habían reemplazado por otra cosa. Ahora estaba seguro de que aquello funcionaría de nuevo, cualquier error que el naufrago extraño hubiera cometido, al tratar de arreglar aquel aparato, pues seguramente había sido corregido en la nave. Dentro de media hora el avión volaría sobre la isla en su ruta habitual. El extraño ser no había querido dejarle morir.

Dentro de dos días, estaría en New York.

Sus ojos volvieron hacia la nave que en aquellos momentos retiraba la rampa. Ellos volvían a las estrellas mientras él volvía a su país, llevándose con ellos a Al Simmonds, que sin duda debía estar muy enfermo.

Dio una patada con todas sus fuerzas al transmisor que se estrelló contra las rocas.

Gritó con toda la fuerza de sus pulmones y se puso a correr con todas sus energías por la meseta, agitando sus manos en el aire desaforadamente. Él ya no tenía nada que hacer allí. El único hombre que había hecho algo por él sin motivo de egoísmo y sin ningún interés, se hallaba en aquella nave, un hombre verde y feo, con músculos de acero y un corazón tan tierno como el que Larry había odiado siempre por ser igual. El suyo.

Además, no podía permitir que una raza que viajaba por las estrellas y que tal vez un día volviera a la Tierra, se hiciera la idea de que la raza humana era la réplica de un hombre como Al Simmonds.

Llegó al borde de la vertiente chillando. La rampa había empezado a abrirse de nuevo. Entró y se asió con fuerza a los brazos abiertos de par en par, de aquel extraño que le esperaba.

Veinte minutos más tarde era el primer hombre que vio el otro lado de la luna.

FOSTER, ESTÁS MUERTO

Philip K. Dick

El colegio era un fastidio, como siempre, sólo que hoy era peor. Mike Foster dejó de tejer sus dos cestas a prueba de agua y se incorporó, mientras todos los chicos que le rodeaban seguían trabajando. El frío sol de la tarde brillaba en el exterior del edificio de acero y hormigón. El transparente aire del otoño realzaba los tonos verdes y marrones de las colinas. Algunos NATS volaban perezosamente en círculos sobre la ciudad.

La inmensa y ominosa forma de la señora Cummings, la maestra, se aproximó a su pupitre.

—Foster, ¿has terminado?

—Sí, señora —respondió. Levantó las cestas—. ¿Puedo marcharme?

La señora Cummings examinó las cestas con aire crítico.

—¿Has acabado tus trampas?

El muchacho rebuscó en su pupitre y sacó una complicada trampa para cazar animales pequeños.

—Todo terminado, señora Cummings, y también mi cuchillo.

Le enseñó la hoja afilada del cuchillo, fabricada a partir de un bidón de gasolina desechado. La mujer tomó el cuchillo y pasó su dedo experto sobre el filo con expresión escéptica.

—No es lo bastante fuerte —afirmó—. Lo has afilado demasiado. Perderá el filo la primera vez que lo utilices. Baja al laboratorio de armas y examina los cuchillos que hay. Después, afíllalo otra vez y consigue una hoja más gruesa.

—Señora Cummings, ¿puedo hacerlo mañana? —suplicó—. ¿Puedo irme ahora, por favor?

Todos los demás alumnos contemplaban la escena con interés. Mike Foster se ruborizó. Odiaba destacar, pero tenía que marcharse. No podía permanecer en el colegio ni un momento más.

—Mañana es el día dedicado a cavar —rugió la señora Cummings, inexorable—. No tendrás tiempo de trabajar en tu cuchillo.

—Lo haré después de cavar —le aseguró.

—No, cavar no es lo tuyo. —La anciana examinó los esqueléticos brazos y piernas del chico—. Será mejor que termines hoy tu cuchillo, y pases todo el día de mañana en el campo.

—¿De qué sirve cavar? —preguntó Mike Foster, desesperado.

—Todo el mundo debe saber cavar —respondió con paciencia la señora Cummings. Los niños rieron. Acalló sus carcajadas con una mirada hostil—. Todos saben lo importante que es saber cavar. Cuando la guerra empiece, toda la superficie

se llenará de escombros y desechos. Para sobrevivir, será necesario cavar, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes ha visto a una ardilla cavar alrededor de las raíces de las plantas? La ardilla sabe que encontrará algo de valor bajo la superficie de la tierra. Todos seremos como ardillas. Todos tendremos que aprender a cavar en los escombros y encontrar cosas útiles, porque ahí es donde estarán.

Mike Foster se quedó manoseando el cuchillo con aire afligido, mientras la señora Cummings se alejaba por el pasillo. Algunos niños le dirigieron una sonrisa de desprecio, pero nada hizo mella en la capa de infelicidad que le recubría. Cavar no le serviría de nada. Cuando las bombas cayeran, moriría al instante. No servirían de nada las vacunas que le habían aplicado en los brazos, muslos y nalgas. Había malgastado el dinero asignado. Mike Foster no viviría lo suficiente para atrapar todas las infecciones bacteriológicas. A menos que...

Se levantó como impulsado por un resorte y siguió a la señora Cummings hacia su escritorio.

—Por favor, debo irme —suplicó, torturado por la desesperación—. Debo hacer algo.

Los cansados labios de la señora Cummings dibujaron una mueca de irritación, pero los ojos atemorizados del muchacho la frenaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Te encuentras mal?

El chico se quedó petrificado, incapaz de responder. La clase, complacida con el cuadro, murmuró y rió hasta que la señora Cummings, irritada, golpeó en el escritorio con un lápiz.

—Silencio —ordenó. Su voz se suavizó un ápice—. Michael, si tus reacciones son inadecuadas, baja a la clínica psíquica. Es inútil que sigas trabajando si estás afectado. La señorita Groves estará encantada de optimizarte.

—No —respondió Foster.

—En ese caso, ¿qué te pasa?

La clase se agitó. Otras voces respondieron por Foster. La desdicha y la humillación paralizaron su lengua.

—Su padre es un anti-P —explicaron las voces—. No tienen refugio y no están alistados en la Defensa Civil. Su padre ni siquiera ha contribuido a los NATS. No han hecho nada.

La señora Cummings miró con asombro al muchacho silencioso.

—¿No tienen refugio?

El chico negó con la cabeza.

Una extraña sensación se apoderó de la mujer.

—Pero...

Quería decir «pero morirán en la superficie», y lo substituyó por «pero ¿adónde irán?».

—A ningún sitio —respondieron las dulces voces—. Todo el mundo estará en sus refugios y él se quedará arriba. Ni siquiera tiene pase para el refugio del colegio.

La señora Cummings se quedó estupefacta. Había dado por sentado que todos los niños del colegio tenían un pase que les permitía acceder a las intrincadas cámaras subterráneas situadas debajo del edificio. Pero no. Sólo los niños cuyos padres pertenecían a la DC, que contribuían a la defensa de la comunidad. Y si el padre de Foster era un anti-P...

—Tiene miedo de estar sentado aquí —canturrearon las voces con calma—. Tiene miedo que ocurra mientras está sentado aquí, porque los demás estarán a salvo en el refugio.

Caminaba con parsimonia, las manos hundidas en los bolsillos, y daba patadas a las piedras que encontraba en la acera. Anochecía. Los cohetes públicos descargaban montones de viajeros fatigados, contentos de volver a casa después de recorrer ciento cincuenta kilómetros desde las fábricas del oeste. Algo destelló en las lejanas colinas: una torre de radar que giraba silenciosamente en la oscuridad. Los NATS habían aumentado de número. Las horas del crepúsculo eran las más peligrosas. Los observadores visuales eran incapaces de localizar los misiles de alta velocidad que se acercaban a tierra. Suponiendo que esos misiles llegaran.

Una máquina de noticias le gritó cuando pasó. Guerra, muerte, sorprendentes armas nuevas inventadas en la patria y en el extranjero. Hundió los hombros y continuó su camino, dejó atrás los pequeños cascarones de hormigón que hacían las veces de casas, todos exactamente iguales, robustas cajas reforzadas. Brillantes letreros de neón destellaron más adelante, en la penumbra creciente: el distrito comercial, infestado de tráfico y gente.

Se detuvo media manzana antes de llegar al laberinto de neones. A su derecha tenía un refugio público. La entrada parecía un túnel, provista de un torniquete mecánico que brillaba débilmente. Cincuenta centavos la entrada. Si se encontraba en plena calle y tenía cincuenta centavos en el bolsillo, ningún problema. Había entrado en refugios públicos muchas veces, durante los ataques ficticios. En otras ocasiones, espantosas ocasiones dignas de una pesadilla que jamás olvidaba, no tenía los cincuenta centavos. Se había quedado mudo y aterrorizado, mientras la gente pasaba de largo a toda velocidad y los agudos aullidos de las sirenas sonaban por todas partes.

Continuó su camino poco a poco hasta que llegó al punto más iluminado, las enormes y relucientes salas de exhibición de la General Electronics, que ocupaban dos manzanas, iluminadas por todas partes, un inmenso cuadrado de color. Se detuvo y examinó por millonésima vez las formas fascinantes, el escaparate que siempre le obligaba a detenerse cuando pasaba.

En el centro del inmenso bloque había un único objeto, un conjunto de máquinas, vigas de apoyo, puntales, paredes y cerraduras. Todos los reflectores apuntaban hacia él; enormes letreros pregonaban sus mil y una ventajas..., como si pudiera existir

alguna duda.

¡El nuevo refugio subterráneo a prueba de bombas y radiaciones, modelo 1972, ya ha llegado! Compruebe sus inmejorables prestaciones:

—Ascensor automático de descenso. A prueba de averías, energía eléctrica autónoma, cierre centralizado.

—Casco triple garantizado para soportar una presión de 5 atmósferas.

—Sistema de calefacción y refrigeración autónomo. Sistema de purificación del aire.

—Tres fases de descontaminación del agua y los alimentos.

—Cuatro fases desinfectantes de preexposición a las quemaduras.

—Proceso antibiótico completo.

—Cómodos plazos.

Contempló el refugio durante largo rato. En esencia, consistía en un gran depósito, con un gollete en un extremo que era el tubo de descenso y una escotilla de huida en el otro. Era completamente autónomo, un mundo en miniatura que suministraba su propia luz, calor, aire, agua, medicamentos y alimentos, casi inagotables. Ya abastecido, contaba con cintas de audio y vídeo, diversiones, camas, sillas, monitor, todo lo indispensable en un hogar de la superficie. De hecho, era una casa subterránea. No faltaba nada que fuera necesario o consagrado al ocio. Una familia estaría a salvo, incluso cómoda, durante el ataque con bombas H o bacteriológicas más grave.

Costaba veinte mil dólares.

Mientras contemplaba en silencio la gigantesca muestra, un vendedor salió, camino de la cafetería.

—Hola, hijo —saludó automáticamente cuando pasó junto a Mike Foster—. No está mal, ¿verdad?

—¿Puedo entrar? —se apresuró a preguntar Foster—. ¿Puedo bajar?

El vendedor se detuvo cuando reconoció al muchacho.

—Tú eres aquel chico, aquel maldito chico que no deja de perseguirnos.

—Me gustaría bajar. Sólo un par de minutos. No tocaré nada, se lo prometo. No tocaré nada.

El vendedor era un joven rubio, atractivo, de unos veintipocos años. Vaciló, indeciso. El chico era muy pesado, pero tenía una familia, y eso significaba un cliente en perspectiva. El negocio iba mal. Septiembre finalizaba y las ventas continuaban en descenso. Decir al muchacho que fuera a vender sus cintas-noticiario no serviría de nada; por otra parte, era un mal negocio alentar a los niños a que manosearan la mercancía. Hacían perder el tiempo, rompían cosas, hurtaban objetos pequeños

cuando nadie les miraba.

—Ni hablar —contestó el vendedor—. Oye, dile a tu padre que pase por aquí. ¿Ha visto lo que tenemos?

—Sí —dijo Mike Foster con voz tensa.

—¿Qué le retiene? —El vendedor indicó con un gesto majestuoso la gran muestra reluciente—. Le haremos un buen precio por el antiguo, teniendo en cuenta el índice de inflación y el estado en que se encuentre.

—No tenemos ninguno —confesó Mike Foster.

El vendedor parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Mi padre dice que es tirar el dinero. Dice que intentan asustar a la gente para que compre cosas innecesarias. Dice...

—¿Tu padre en un anti-P?

—Sí —contestó Mike Foster, desolado.

El vendedor lanzó un suspiro.

—Muy bien, muchacho. Lamento que no podamos hacer negocios. No es culpa tuya. ¿Qué demonios le ocurre? ¿Contribuye a los NATS?

—No.

El vendedor maldijo por lo bajo. Un aprovechado, bien seguro porque el resto de la comunidad entregaba el treinta por ciento de sus ingresos para mantener un sistema defensivo constante.

—¿Qué opina tu madre? —preguntó—. ¿Está de acuerdo con él?

—Dice que... —Mike Foster se interrumpió—. ¿Puedo bajar un momento? No tocaré nada. Sólo por esta vez.

—¿Cómo vamos a venderlo si dejamos que los niños lo toqueteen? No vamos a rebajar el precio porque sea un modelo de demostración. Ya nos ha pasado demasiadas veces. —La curiosidad del vendedor aumentó—. ¿Cómo se convierte uno en anti-P? ¿Siempre ha pensado igual, o es que alguien le lavó el cerebro?

—Dice que ya han vendido a la gente todos los coches, lavadoras y televisores que podían utilizar. Dice que los NATS y los refugios antibombas no sirven de nada, que la gente nunca compra cosas verdaderamente útiles. Dice que las fábricas pueden seguir produciendo fusiles y máscaras antigás sin cesar, y que mientras la gente tenga miedo los seguirán comprando, porque piensan que si no lo hacen los matarán. Puede que un hombre se canse de pagar un coche nuevo cada año y se detenga, pero nunca dejará de comprar refugios para proteger a sus hijos.

—¿Y tú lo crees?

—Me gustaría tener un refugio. Si tuviéramos un refugio como ése, bajaría a dormir cada noche. Lo tendríamos a mano cuando lo necesitáramos.

—Es posible que no haya guerra —dijo el vendedor. Intuyó la desdicha y miedo del muchacho y le dedicó una sonrisa bondadosa—. Deja de preocuparte. Creo que ves demasiadas películas... Sal a jugar, por ejemplo.

—Nadie está a salvo en la superficie. Debemos quedarnos abajo. Yo no tengo adónde ir.

—Dile a tu padre que venga a echar un vistazo —murmuró el vendedor, incómodo—. Quizá lo convenzamos. Tenemos muchas modalidades de venta a plazos. Dile que pregunte por Bill O’Neill. ¿De acuerdo?

Mike Foster se alejó por la calle en sombras. Sabía que debía volver a casa, pero los pies le pesaban y le dolía todo el cuerpo. El cansancio le trajo a la memoria lo que había dicho el profesor de gimnasia el día anterior, durante los ejercicios. Estaban practicando suspensión de la respiración; retenían el aire en los pulmones y corrían. Lo había hecho mal. Los otros aún seguían corriendo cuando él se detuvo, expulsó el aire y se quedó inmóvil, jadeando en busca de aliento.

—Foster —dijo el profesor, irritado—, estás muerto. Lo sabes, ¿verdad? Si hubiera sido un ataque con gases... —Meneó la cabeza, preocupado—. Ve allí y practica tú solo. Si quieres sobrevivir, debes mejorar.

Pero no confiaba en sobrevivir.

Cuando llegó al porche de su casa, vio que las luces de la sala de estar ya estaban encendidas. Oyó la voz de su padre, y también la de su madre, más débilmente, desde la cocina. Cerró la puerta y empezó a quitarse la chaqueta.

—¿Eres tú? —preguntó su padre.

Bob Foster estaba repantingado en su butaca, el regazo lleno de cintas y papeles de su tienda de muebles.

—¿Dónde has estado? La cena está preparada desde hace media hora.

Se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa. Sus brazos eran pálidos y delgados, pero musculosos. Estaba cansado. Tenía los ojos grandes y oscuros, y su cabello empezaba a ralear. Movié las cintas de un montón al otro.

—Lo siento —dijo Mike Foster.

Su padre consultó el reloj de cadena; estaba seguro que era el único hombre que aún llevaba reloj.

—Ve a lavarte las manos. ¿Qué has estado haciendo? —Escrutó a su hijo—. Estás raro. ¿Te encuentras bien?

—He ido al centro.

—¿Para qué?

—A mirar los refugios.

Su padre, sin decir nada, tomó un fajo de documentos y los guardó en una carpeta. Apretó los labios y profundas arrugas surcaron su frente. Resopló furioso cuando las cintas cayeron al suelo. Se agachó para recuperarlas. Mike Foster no hizo nada para ayudarle. Se acercó al ropero y colgó la chaqueta en la percha. Cuando se volvió, su madre estaba dirigiendo la mesa con la cena hacia el comedor.

Comieron en silencio, concentrados en sus platos y sin mirarse.

—¿Qué viste? —preguntó por fin su padre—. Lo mismo de siempre, imagino.

—Ya han llegado los nuevos modelos del 72 —respondió Mike Foster.

—Son iguales que los modelos del 71. —Su padre tiró el tenedor con violencia. La mesa lo capturó y absorbió—. Algunos accesorios nuevos, un poco más de cromo, y punto. —Miró a su hijo, desafiador—. ¿Estoy en lo cierto?

Mike Foster jugueteó desmañadamente con su pollo a la crema.

—Los nuevos tienen un ascensor de descenso a prueba de averías. No puedes quedarte a mitad de camino. Basta con entrar, y él hace el resto.

—El año que viene saldrá uno que te recogerá arriba y te bajará. Éste de ahora quedará obsoleto en cuanto la gente lo compre. Eso es lo que quieren, que sigas comprando. Sacan nuevos modelos lo más de prisa posible. El que has visto es de 1972, pero aún estamos en 1971. ¿Es que no pueden esperar?

Mike Foster no contestó. Lo había oído miles de veces. Nunca había nada nuevo, sólo cromo y accesorios, y los antiguos ya no servían para nada. La explicación de su padre era enérgica, apasionada, casi frenética, pero carecía de sentido.

—Compremos uno antiguo, entonces —barbotó—. No me importa, cualquiera servirá. Incluso uno de segunda mano.

—No, tú quieres uno nuevo. Brillante y reluciente, para impresionar a los vecinos. Montones de cuadrantes, botones y aparatos. ¿Cuánto piden por él?

—Veinte mil dólares.

Su padre dejó escapar el aliento.

—Así de sencillo.

—En cómodos plazos.

—Claro. Pagas durante el resto de tu vida. Intereses, recargos... ¿Cuál es la garantía?

—Tres meses.

—¿Y qué pasa cuando se avería? Deja de purificar y descontaminar. Se cae en pedazos en cuanto se cumplen los tres meses.

Mike Foster meneó la cabeza.

—No. Es grande y sólido.

Su padre enrojeció. Era un hombre bajo, delgado, de huesos frágiles. De repente, pensó en las batallas perdidas que definían su vida, la lucha enconada por progresar, siempre aferrándose a algo, un trabajo, dinero, la tienda de muebles, de tenedor de libros a gerente, y por fin propietario.

—Nos asustan para que los engranajes sigan funcionando —gritó con desesperación a su mujer y a su hijo—. No quieren otra depresión.

—Bob, para ya —dijo su mujer, en voz baja y con parsimonia—. No puedo aguantarlo más.

Bob Foster parpadeó.

—¿De qué estás hablando? —murmuró—. Estoy cansado. Esos malditos impuestos. Por culpa de las grandes cadenas, es imposible que una tienda pequeña siga abierta. Tendría que haber una ley. —Su voz se quebró—. Creo que he perdido el apetito. —Se levantó—. Voy a tenderme en el sofá y dormiré una siesta.

El rostro enjuto de su mujer se encendió de furia.

—¡Debes comprar uno! No soporto el modo en que hablan de nosotros. Todos los vecinos y comerciantes, todos los que están enterados. Lo escucho en todas partes. Desde el día que pusieron la bandera. Anti-P. El último de la ciudad. Todo el mundo contribuye a pagar esos aparatos que vuelan ahí arriba, excepto nosotros.

—No —respondió Bob Foster—. No puedo comprarlo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitírmelo —respondió con sencillez.

Se hizo el silencio.

—Lo invertiste todo en esa tienda —dijo Ruth por fin—. Y se está hundiendo. Te aferras a ella como un naufrago a un clavo ardiendo. Nadie quiere ya muebles de madera. Eres una reliquia... Una curiosidad.

Descargó el puño sobre la mesa, que se alzó al instante para recoger los platos sucios, como un animal sobresaltado. Salió como una furia del comedor y volvió a la cocina. Los platos tintineaban en el depósito de lavado mientras corría.

Bob Foster suspiró, cansado.

—No discutamos. Estaré en la sala. Déjenme dormir un par de horas. Hablaremos más tarde.

—Siempre más tarde —comentó Ruth con amargura.

Su marido desapareció en la sala de estar, una silueta menuda, encorvada, de cabello gris desgredado, los omóplatos como alas rotas.

Mike se levantó.

—Voy a hacer los deberes —dijo.

Siguió a su padre, con una extraña expresión en el rostro.

La sala de estar estaba en silencio, el televisor apagado y la lámpara a la mínima potencia. Ruth manipulaba los controles de la cocina para que preparara los platos del mes siguiente. Bob Foster descansaba tendido en el sofá, descalzo y con la cabeza apoyada en una almohada. Su rostro estaba pálido de cansancio. Mike vaciló un momento antes de hablar.

—¿Puedo pedirte algo?

Su padre gruñó, se removió, abrió los ojos.

—¿Qué?

Mike se sentó frente a él.

—Cuéntame otra vez aquello de cuando le diste un consejo al presidente.

Su padre se irguió.

—Yo no le di ningún consejo al presidente. Sólo hablé con él.

—Cuéntamelo.

—Te lo he contado un millón de veces. Cada tanto, desde que eras un bebé. Tú estabas conmigo. —Su voz se suavizó, mientras recordaba—. Eras un bebé; te

llevábamos en brazos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Bueno —empezó su padre, deslizándose en una rutina que había practicado y pulido durante años—, más o menos como en la tele. Un poco más bajo.

—¿Por qué vino aquí? —preguntó Mike con avidez, aunque conocía casi todos los detalles. El presidente era su héroe, el hombre que más admiraba en el mundo—. ¿Por qué vino a nuestra ciudad desde tan lejos?

—Iba de gira. —La amargura se insinuó en la voz de su padre—. Pasó por casualidad.

—¿Qué clase de gira?

—Recorría todo el país, visitando ciudades. —La amargura se intensificó—. Quería ver cómo nos iba. Quería comprobar si habíamos comprado suficientes NATS, refugios antibombas, vacunas antibacterias, máscaras antigás e instalaciones de radar para repeler los ataques. La General Electronics Corporation empezaba a montar sus grandes salas de muestra, todo brillante, reluciente y caro. El primer equipo defensivo para uso doméstico. —Torció los labios—. Todo en cómodos plazos. Anuncios, carteles, focos, gardenias y platos gratis para las señoras.

Mike Foster contuvo el aliento.

—Ése fue el día que recibimos nuestra Bandera de Preparación —dijo, emocionado—. Ése fue el día que vino a entregarnos la bandera. Y la izaron en el centro de la ciudad. Todo el mundo gritaba y lanzaba hurras.

—¿Te acuerdas?

—Creo... Creo que sí. Recuerdo a la gente y ruidos. Y hacía calor. Fue en junio, ¿verdad?

—El 10 de junio de 1965. Un gran acontecimiento. Por aquel entonces, pocas ciudades tenían la gran bandera verde. La gente aún compraba coches y televisores. No habían descubierto que aquellos días habían terminado. Los televisores y los coches son útiles... Puedes fabricar y vender tantos como quieras.

—Te dio a ti la bandera, ¿verdad?

—Bueno, nos la dio a todos los comerciantes. La Cámara de Comercio lo había arreglado. Competencia entre las ciudades, a ver quién compra más en menos tiempo. Mejorar la ciudad al tiempo que se estimulan los negocios. Tal como enfocaban el asunto, la idea era que, si debíamos comprar nuestras máscaras antigás y nuestros refugios antibombas, debíamos cuidarlos bien. Como si alguna vez hubiéramos estropeado los teléfonos o las aceras, o las autopistas, porque el Estado las proporcionaba. O los ejércitos. ¿Acaso no han existido siempre los ejércitos? ¿Acaso los gobiernos no han organizado siempre a los ciudadanos para la defensa? Supongo que la defensa cuesta demasiado. Supongo que ahorran un montón de dinero, disminuyen la deuda nacional gracias a esto.

—Cuéntame lo que dijo —susurró Mike Foster.

Su padre buscó la pipa y la encendió con dedos temblorosos.

—Dijo: «Aquí tienen su bandera, muchachos. Han hecho un buen trabajo». — Bob Foster tosió cuando aspiró el acre humo de la pipa—. Estaba bronceado, tenía la cara colorada, no se cortaba un pelo. Sudaba y sonreía. Sabía tratar a la gente. Conocía a mucha gente por el nombre. Contó un chiste divertido.

El chico tenía los ojos abiertos de par en par.

—Vino de tan lejos y habló contigo.

—Sí, hablé con él. Todos gritaban y lanzaban hurras. Se izó la bandera verde, la gran Bandera de la Preparación.

—Y tú dijiste...

—Yo le dije: «¿Eso es todo lo que nos ha traído? ¿Un trozo de tela verde?». — Bob Foster apretó la pipa—. Fue entonces cuando me convertí en un anti-P, aunque en aquel momento no lo supe. Sólo sabía que nos habían dejado solos, de no ser por un trozo de tela verde. En lugar de un país, una nación, ciento setenta millones de personas coordinadas para defenderse, éramos un montón de pequeñas ciudades aisladas, pequeños fuertes amurallados. Como en la Edad Media. Con ejércitos aislados de los demás...

—¿Volverá algún día el presidente?

—Lo dudo. Estaba... Estaba de paso.

—Si vuelve —susurró Mike, nervioso, sin atreverse a albergar esperanza alguna—, ¿iremos a verle?

Bob Foster se incorporó. Sus brazos huesudos eran de color blanco. Su rostro enjuto estaba demacrado por la preocupación. Y la resignación.

—¿Cuánto valía ese maldito trasto que viste? —preguntó con voz ronca—. El refugio antibombas.

El corazón de Mike dejó de latir.

—Veinte mil dólares.

—Hoy es jueves. Iremos a verlo el sábado. —Bob Foster dio unos golpecitos en su pipa casi apagada—. Lo compraré a plazos. Ya se acerca la temporada de ventas de otoño. Suele irme bien... La gente compra muebles de madera para regalar en Navidad. —Se levantó con brusquedad—. ¿Trato hecho?

Mike no pudo responder, sólo asentir con la cabeza.

—Bien —dijo su padre, con patética jovialidad—. Ya no tendrás que ir a mirar el escaparate.

El refugio fue instalado (pagando otros doscientos dólares) por una eficiente brigada de operarios ataviados con guardapolvos marrones, que llevaban escritos en la espalda las palabras GENERAL ELECTRONICS. Repararon con celeridad el patio trasero, colocaron en su sitio los arbustos, alisaron la superficie y deslizaron respetuosamente la factura por debajo de la puerta principal. El camión de reparto, ya vacío, se alejó calle abajo y el barrio quedó en silencio de nuevo.

Mike Foster estaba con su madre y un grupo de vecinos admirados en el porche posterior de la casa.

—Bien —dijo por fin la señora Carlyle—, ya tienen refugio. El mejor del mercado.

—Ya lo creo —reconoció Ruth Foster. Era muy consciente de la gente que la rodeaba; hacía mucho tiempo que no se congregaban tantos vecinos en su casa. Se sentía embargada de una sombría satisfacción, cercana al resentimiento—. Esto ya es otra cosa —dijo con aspereza.

—Sí —corroboró el señor Douglas desde la calle—. Ahora ya tienen un sitio donde ir. —Tomó el grueso libro de instrucciones que los operarios habían dejado—. Dice que pueden abastecerlo para un año. Pueden vivir ahí abajo doce meses sin necesidad de subir ni una vez. —Sacudió la cabeza, admirado—. El mío es un modelo antiguo, del 69. Sólo tiene autonomía para seis meses. Me parece que...

—Para nosotros es suficiente —le interrumpió su mujer, con cierto anhelo en la voz—. ¿Podemos bajar a verlo, Ruth? Está preparado, ¿verdad?

Mike emitió un sonido estrangulado y saltó hacia adelante. Su madre sonrió.

—Él será el primero en bajar a verlo. En realidad, es para él.

El grupo de hombres y mujeres, cruzados de brazos para protegerse del frío viento de septiembre, aguardó y contempló al muchacho, mientras éste se acercaba a la boca del refugio y se detenía a unos pasos de distancia.

Entró en el refugio con cautela, casi temeroso de tocar algo. La boca era grande para él; había sido construida de modo que un adulto entrara sin problemas. En cuanto pisó el ascensor, éste descendió con un silbido hacia el fondo del refugio. El ascensor cayó sobre los amortiguadores y el chico salió dando tumbos. El ascensor volvió a la superficie y, al mismo tiempo, selló la parte subterránea del refugio, mediante una impenetrable capa de acero y plástico levantada en la estrecha boca.

Las luces se encendieron automáticamente. El refugio estaba vacío. Aún no habían bajado los suministros. Oía a barniz y a grasa de motor. Los generadores zumbaban bajo sus pies. Su presencia activó los sistemas de purificación y descontaminación. Medidores y cuadrantes empotrados en la pared de hormigón entraron en acción.

Se sentó en el suelo, las rodillas levantadas, el rostro solemne, los ojos abiertos como platos. Sólo se oía el ruido de los generadores; estaba aislado del mundo por completo. Se encontraba en un pequeño cosmos autónomo. Tenía todo cuanto necesitaba, bueno, lo tendría dentro de poco: comida, agua, aire, cosas que hacer. Nada era más preciso. Podía extender la mano y tocar todo lo que necesitaba. Podía quedarse hasta el fin del tiempo, sin moverse. Sin que le faltara nada, sin miedo, acompañado por el ruido de los generadores y las paredes ascéticas que le rodeaban por todas partes, tibias, cordiales, como un recipiente vivo.

Lanzó un grito de júbilo que rebotó de pared en pared. El eco le ensordeció. Cerró los ojos y apretó los puños. Una inmensa alegría le invadió. Volvió a gritar y dejó que

los ecos se derramaran sobre él, su voz reforzada por las paredes próximas, sólidas, increíblemente poderosas.

Los chicos del colegio se enteraron antes que llegara por la mañana. Le saludaron cuando se acercó, todos sonrientes y dándose codazos.

—¿Es verdad que han comprado un nuevo modelo General Electronics S-72? —preguntó Earl Peters.

—Es verdad —respondió Mike. Su corazón se hinchió de una confianza que jamás había poseído—. Vengan a verlo —dijo con tanta indiferencia como logró fingir—. Se los enseñaré.

Siguió adelante, consciente de sus caras envidiosas.

—Bien, Mike —dijo la señora Cummings, cuando iba a salir de la clase al finalizar la jornada—. ¿Cómo te sientes?

Se detuvo junto a su escritorio, tímido y embargado de un silencioso orgullo.

—Muy bien —admitió.

—¿Ya contribuye tu padre a los NATS?

—Sí.

—¿Y has conseguido un pase para el refugio del colegio?

Exhibió con alegría la pequeña cinta azul que rodeaba su muñeca.

—Ha enviado un cheque al Ayuntamiento por todo. Dijo: «Ya que he llegado hasta aquí, no cuesta nada continuar hasta el final».

—Ya tienes todo cuanto poseen los demás. —La anciana sonrió—. Me alegro mucho. Ya eres un pro-P, aunque no exista esa expresión. Eres... como todos los demás.

Al día siguiente, las máquinas de noticias propagaron a los cuatro vientos que los rusos habían inventado los proyectiles perforadores.

Bob Foster estaba de pie en medio de la sala de estar, la cinta-noticiario en las manos, su flaco rostro congestionado de furia y desesperación.

—¡Es un complot, maldita sea! —su voz adquirió un tono histérico—. Acabamos de comprar ese trasto y fíjate. ¡Fíjate! —Tiró la cinta a su mujer—. ¿Lo ves? ¡Te lo dije!

—Ya lo he visto —se revolvió Ruth—. Estarás pensando que el mundo aguardaba tu reacción. No paran de mejorar las armas, Bob. La semana pasada fueron las escamas que envenenan las semillas. Hoy, los proyectiles perforadores. No esperarás que el progreso se detenga porque cambiaste de opinión por fin y compraste un refugio, ¿verdad?

El hombre y la mujer se miraron.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —preguntó Bob Foster en voz baja.

Ruth volvió a la cocina.

—Me han dicho que van a sacar adaptadores.

—¡Adaptadores! ¿Qué quieres decir?

—Para que la gente no tenga que comprar nuevos refugios. Vi un anuncio en la tele. Van a sacar al mercado una especie de parrilla mecánica, en cuanto el gobierno lo apruebe. Se extienden sobre el terreno e interceptan los proyectiles perforadores. Los interceptan, detonan en la superficie, y no se introducen en el refugio.

—¿Cuánto valen?

—No lo han dicho.

Mike Foster estaba sentado en el sofá, muy atento. Se había enterado de la noticia en el colegio. Estaban pasando la prueba sobre las bayas, examinando muestras de bayas silvestres para diferenciar las inofensivas de las tóxicas, cuando el timbre anunció una asamblea general. El rector leyó la noticia sobre los proyectiles perforadores y pronunció una breve conferencia sobre el tratamiento de urgencia que debía aplicarse a la nueva variante del tifus, desarrollada en fechas recientes.

Sus padres continuaron discutiendo.

—Tendremos que comprar uno —dijo con calma Ruth Foster—. De lo contrario, dará igual que tengamos o no un refugio. Los proyectiles perforadores fueron diseñados a propósito para penetrar en la superficie y buscar el calor. En cuanto los rusos hayan producido...

—Compraré uno —dijo Bob Foster—. Compraré una parrilla antiproyectiles y lo que haga falta. Compraré todo lo que saquen al mercado. Nunca dejaré de comprar.

—No es para tanto.

—Este juego posee una auténtica ventaja sobre vender coches y televisores a la gente. Con algo así, debemos comprar. No es un lujo, algo grande y reluciente que impresione a los vecinos, algo superfluo. Si no compramos, morimos. Siempre se ha dicho que la forma de vender algo es crear anhelo en la gente. Crear una sensación de inseguridad, como decirles que huelen mal o tienen un aspecto ridículo. Esto deja en pañales al desodorante o la brillantina. Es imposible escapar. Si no compras, te matarán. La campaña publicitaria perfecta. Compra o muere, el nuevo lema. Pon en tu patio trasero un nuevo refugio antibombas de la General Electronics, o te matarán.

—¡Deja de hablar así! —gritó Ruth.

Bob Foster se dejó caer en la silla de la cocina.

—Muy bien. Me rindo. Picaré el anzuelo.

—¿Comprarás una? Creo que se pondrán a la venta en Navidad.

Había una extraña expresión en su rostro.

—Compraré uno de esos malditos trastos en Navidad, como todo el mundo.

Los adaptadores fueron un éxito.

Mike Foster caminaba lentamente por la calle abarrotada de gente. Era diciembre

y anochecía. Los adaptadores brillaban en todos los escaparates. De todas las formas y tamaños, para toda clase de refugios. De todos los precios, para todas las economías. La muchedumbre estaba alegre y emocionada, todo sonrisas, cargada de paquetes y abrigos, la típica muchedumbre de todas las Navidades. Copos de nieve pintaban de blanco el aire. Los coches avanzaban con precaución por las calles abarrotadas. Luces, letreros de neón e inmensos escaparates iluminados brillaban por todas partes.

Su casa estaba oscura, silenciosa. Sus padres aún no habían llegado. Los dos estaban trabajando en la tienda. El negocio iba mal y su madre había sustituido a uno de los empleados. Mike alzó la mano hacia la cerradura codificada y la puerta se abrió. La estufa automática había conservado la casa caliente y confortable. Se quitó la chaqueta y dejó los libros.

No permaneció en la casa mucho rato. Salió por la puerta trasera al porche, con el corazón acelerado.

Se obligó a detenerse, dar media vuelta y entrar de nuevo en la casa. Era mejor no apresurarse. Había planificado cada momento, desde el instante en que vio el eje del túnel recortarse contra el cielo nocturno. Había convertido el proceso en un arte; no había emoción desperdiciada. Había dotado de belleza todos sus movimientos. La abrumadora sensación de presencia cuando el túnel del refugio se cerraba a su alrededor. La helada corriente de aire que se producía cuando el ascensor descendía hasta el fondo.

Y la grandeza del refugio en sí.

Cada tarde, en cuanto llegaba, se enterraba bajo la superficie, encerrado y protegido en su silencio de acero, igual que desde el primer día. Ahora, la cámara estaba llena. Llena de ingentes cantidades de comida, almohadas, libros, cintas de audio y vídeo, cuadros en las paredes, telas de alegres colores y texturas, incluso jarrones con flores. El refugio era su lugar, donde se acurrucaba rodeado de todo lo que necesitaba.

Demorándose lo máximo posible, recorrió la casa y buscó entre las cintas de audio. Estuvo sentado en el refugio hasta la hora de la cena, escuchando «Wind in the willows». Sus padres sabían dónde encontrarle; siempre estaba en el mismo sitio. Dos horas de felicidad ininterrumpida, a solas en el refugio. Y después, cuando la cena terminaba, volvía de nuevo hasta la hora de acostarse. En ocasiones, por la noche, cuando sus padres dormían, se levantaba con sigilo y se acercaba a la boca del refugio, y descendía a las profundidades. Se escondía hasta el amanecer.

Encontró la cinta y salió corriendo al patio. Feas nubes negras cruzaban el cielo grisáceo. Las luces de la ciudad se encendían poco a poco. El patio se veía frío y hostil. Avanzó con paso vacilante hacia los peldaños..., y se quedó petrificado.

Distinguió una enorme cavidad bostezante, una boca vacía, sin dientes, abierta al cielo de la noche. No había nada más. El refugio había desaparecido.

Permaneció inmóvil durante una eternidad, la cinta aferrada en su mano, la otra

apoyada sobre la barandilla del porche. La noche cayó. El hueco se disolvió en la oscuridad. Todo el mundo se hundió en el silencio y las tinieblas abismales. Salieron algunas estrellas. Se encendieron las luces de las casas próximas, frías y débiles. El muchacho no vio nada. Estaba inmóvil, el cuerpo rígido como una piedra, contemplando el gran pozo que había sustituido al refugio.

De pronto, su padre apareció junto a él.

—¿Cuánto rato llevas aquí? —preguntó su padre—. ¿Cuánto rato, Mike? ¡Contéstame!

Mike consiguió reponerse con un violento esfuerzo.

—Has vuelto pronto —murmuró.

—Me fui de la tienda a propósito. Quería estar aquí cuando tú... llegaras a casa.

—Ya no está.

—Sí. —La voz de su padre era fría, desprovista de emoción—. El refugio ya no está. Lo siento, Mike. Les llamé y dije que se lo llevaran.

—¿Por qué?

—No podía pagarlo, sobre todo en Navidad, ahora que todo el mundo compra esas parrillas. No podía competir con ellas. —Su voz se quebró—. Fueron muy legales. Me devolvieron la mitad del dinero. —Su voz adquirió un tono irónico—. Sabía que si hacía un trato con ellos antes de Navidad, saldría mejor librado. Podrán vendérselo a otra persona.

Mike no dijo nada.

—Intenta comprenderlo —continuó su padre—. Tuve que invertir todo el capital que pude reunir en la tienda. Tenía que sacarla adelante. Era la tienda o el refugio. Y si elegía el refugio...

—Nos quedábamos sin nada.

Su padre le apretó el brazo.

—Y en ese caso, también habríamos tenido que desprendernos del refugio. —Sus fuertes y delgados dedos se hundieron espasmódicamente en su piel—. Ya eres mayor para entender las cosas... Compraremos otro más adelante, quizá no el más grande, pero algo. Fue un error, Mike. El maldito adaptador acabó de estropearlo todo. Seguiré contribuyendo a los NATS, y pagaré tu pase del colegio. No se trata de una cuestión de principios —terminó, desesperado—. No puedo hacer nada. ¿Lo entiendes, Mike? Tenía que hacerlo.

Mike se apartó de él.

—¿Adónde vas? —Su padre le persiguió—. ¡Vuelve aquí!

Intentó atrapar a su hijo, pero en la oscuridad tropezó y cayó. Las estrellas le cegaron cuando su cabeza golpeó contra una esquina de la casa. Se puso en pie con gran esfuerzo y buscó algún apoyo.

Cuando recobró la vista, el patio estaba vacío. Su hijo se había ido.

—¡Mike! —gritó—. ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta. El viento de la noche acumuló nubes de nieve a su

alrededor; el aire frío transportaba un sabor amargo. Viento y oscuridad, nada más.

Bill O'Neill examinó el reloj de pared. Eran las nueve y media. Ya podía cerrar las puertas y clausurar el gigantesco almacén. Echar a las ruidosas multitudes y volver a casa.

—Gracias a Dios —exclamó, mientras sostenía la puerta para que saliera la última anciana, cargada con paquetes y regalos. Tecleó el código de cierre y bajó la persiana—. Menuda turba. Nunca había visto a tanta gente junta.

—Asunto concluido —dijo Al Connors desde la caja registradora—. Voy a contar el dinero. Ve a echar un vistazo. Asegúrate que no quede ni uno.

O'Neill se alisó el cabello y se aflojó la corbata. Encendió un cigarrillo con ansia y fue a inspeccionar la tienda. Comprobó los interruptores, apagó los escaparates. Por fin, se acercó al gigantesco refugio antibombas que ocupaba el centro de la planta.

Subió la escalerilla hasta la boca y entró en el ascensor. Un segundo después se encontraba en el interior del refugio, similar a una caverna.

En un rincón, Mike Foster estaba acurrucado, las rodillas apretadas contra la barbilla, rodeando con sus brazos huesudos los tobillos. Tenía la cabeza gacha; sólo se veía su cabello castaño enmarañado. No se movió cuando el vendedor se acercó, estupefacto.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó O'Neill, sorprendido e irritado. Su furia aumentó—. Creía que habían comprado uno. —Entonces, recordó—. Ah, ya. Nos lo devolvieron.

Al Connors hizo acto de presencia.

—¿Qué te retiene? Salgamos de aquí y... —Vio a Mike y se quedó sin habla—. ¿Qué hace ése aquí abajo? Échale y larguémonos.

—Vamos, muchacho —dijo O'Neill con suavidad—. Es hora de volver a casa.

Mike no se movió.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Creo que tendremos que sacarle a rastras —dijo Connors. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre el aparato de descontaminación—. Vamos. Acabemos de una vez.

Tuvieron que hacerlo los dos. El muchacho luchó con desesperación, sin decir palabra, utilizando las uñas, los pies y hasta los dientes cuando le agarraron. Le arrastraron hasta el ascensor y consiguieron activar el mecanismo. O'Neill fue con él; Connors le siguió a continuación. Cargaron al muchacho hasta la puerta, le sacaron y aseguraron los cerrojos.

—Vaya... —jadeó Connors, desplomándose sobre el mostrador. Tenía la manga desgarrada y un corte en la mejilla. Sus gafas colgaban de una oreja. Tenía el pelo desgreñado y estaba agotado—. ¿Crees que deberíamos llamar a la policía? Ese chico no está en sus cabales.

O'Neill, jadeante, se apoyaba en la puerta y escudriñaba la calle. Vio al chico

sentado en la acera.

—Sigue ahí —murmuró.

La gente empujaba al chico por todas partes. Por fin alguien se detuvo y le levantó. El muchacho se soltó y desapareció en la oscuridad. La persona que le había ayudado recogió sus paquetes, vaciló un instante y prosiguió su camino. O'Neill apartó la vista.

—Vaya complicación. —Se secó la cara con el pañuelo—. Nos enfrentó.

—¿Que le pasaba? No dijo ni una palabra.

—Es muy desagradable devolver cosas en Navidad —contestó O'Neill. Tomó su chaqueta con mano temblorosa—. Es una pena. Ojalá hubieran podido quedárselo.

Connors se encogió de hombros.

—O pagas, o estás fuera.

—¿Por qué no les ofrecimos un trato especial? Tal vez... —O'Neill se esforzó en buscar las palabras—. Tal vez sería mejor vender el refugio a precio de mayorista para esa gente.

Connors le dirigió una mirada iracunda.

—¿A precio de mayorista? Todo el mundo se apuntaría. No sería justo. ¿Cuánto tiempo aguantaría el negocio? ¿Cuánto tiempo duraría la GEC?

—No mucho, imagino —admitió O'Neill.

—Utiliza la cabeza —rió Connors—. Necesitas un buen trago. Acompáñame al ropero. Tengo guardada una botella de Haig & Haig. Te pondrá en forma antes de volver a casa. Lo necesitas.

Mike Foster vagaba sin rumbo por las calles, entre las multitudes de gente que volvían a casa después de las compras. No veía nada. La gente le empujaba, pero no se daba cuenta. Luces, gente contenta, las bocinas de los coches, el rumor de los semáforos. Su mente estaba vacía, muerta. Caminaba como un autómata, sin conciencia ni sentimientos.

A su derecha, un letrero de neón parpadeaba en la oscuridad. Un letrero enorme, brillante y llamativo:

Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad
Refugio Público
Entrada 50 Centavos

¿QUÉ LE OCURRIÓ AL CAPORAL CUCKOO?

Gerald kersh

Varios millares de oficiales y soldados del Ejército de los Estados Unidos que lucharon en Europa durante la II Guerra Mundial pueden dar testimonio de ciertos hechos fundamentales de esta historia, que de no ser así resultaría increíble.

Permitidme refrescar la memoria de mis testigos.

El buque *Queen Mary*, de la Cunard White Star, zarpó de Greenock, en la desembocadura del río Clyde, el 6 de julio de 1945, rumbo a Nueva York, atestado de pasajeros. Ninguno de los que efectuaron aquel viaje puede haberlo olvidado: había catorce mil hombres a bordo; unas cuantas damas; y un perro. El perro era un pastor alemán, cariñoso e inteligente, salvado de una lenta y dolorosa muerte por un joven oficial norteamericano en Holanda. Me contaron que aquel bravo animal, exhausto y debilitado por el hambre, había tratado de saltar por encima de una alta barrera de alambre de espino, y había quedado enganchado en los pinchos de la parte superior, donde quedó colgado durante varios días, incapaz de avanzar ni de retroceder. El joven oficial le ayudó a bajar, y el perro se encariñó con el hombre, y el hombre se encariñó con el perro. Los animales domésticos no pueden viajar con las tropas. Sin embargo, el joven oficial consiguió que el perro fuese admitido a bordo. Decíase que toda la Compañía había jurado que no regresaría a los Estados Unidos sin el perro, y que las autoridades hicieron la vista gorda, por una sola vez y sin que sirviera de precedente; a eso se refiere Kipling cuando alude a El Poder del Perro. Todos los que embarcaron en el *Queen Mary* en Greenock, el 6 de julio de 1945, recordarán aquel perro. Llegó a bordo en un estado deplorable, andando trabajosamente, y cuando se le acariciaba el lomo la mano resbalaba por un esqueleto cubierto por una piel deslustrada. Al cabo de tres días de afectuosos cuidados —medio centenar de hombres hambrientos mendigaban o robaban trozos de carne para él—, el perro empezó a recuperarse. El 11 de julio, cuando el *Queen Mary* atracó en Nueva York, el perro mostraba un interés muy canino por una pelota de goma con la cual varios oficiales estaban jugando en la cubierta del buque.

Menciono todo esto para demostrar que estaba allí, en calidad de corresponsal de guerra, de camino hacia el Pacífico. Dado que llevaba un uniforme de campaña y una poblada barba, creo que mi presencia a bordo tampoco pasó inadvertida. Y la escuela secreta de practicantes de juegos prohibidos debe recordarme con nostálgico afecto. Llegué a Nueva York con quince centavos en el bolsillo, y tuve que pedirle prestados cinco dólares a un amable pastor Congregacionista llamado John Smith, el cual también dará testimonio de mi presencia a bordo. Si se necesitaran más pruebas, una

enfermera, la teniente Grace Dimichele, de Vermont, me tomó una fotografía cuando estábamos a punto de desembarcar.

Pero en medio de la excitación de aquel *glorioso* momento, cuando millares de hombres se empujaban en su afán de ser los primeros en saltar a tierra, reían y lloraban, y disparaban sus cámaras contra la silueta de Nueva York, que es la más bella del mundo, perdí al cabo Cuckoo. Realicé exhaustivas investigaciones tratando de localizarle, pero aquel hombre extraordinario se había desvanecido como una bocanada de humo.

Seguramente, habrá muchos hombres que conserven un recuerdo de Cuckoo, al cual vieron centenares y centenares de veces en el *Queen Mary*, entre el 6 y el 11 de julio de 1945.

Era un hombre de cabellos claros y mediana estatura, aunque debía pesar al menos ciento noventa libras, ya que era muy robusto y tenía una poderosa osamenta. Sus ojos desvaídos oscilaban entre el verde y el gris, y cojeaba un poco de la pierna izquierda. En términos generales, la gente es poco observadora, lo sé, pero ninguno de los que vieron al cabo Cuckoo dejará de recordar sus cicatrices. Su cráneo, entre su ceja izquierda y su oreja derecha, mostraba una espantosa hendidura. La primera vez que la vi recordé un asesinato a hachazos que me hizo estremecer cuando era reportero de sucesos, hace muchos años. Aquel hombre debía poseer una constitución extraordinaria para haber sobrevivido a una herida como aquella, pensé. Su barbilla y su garganta estaban literalmente cosidas a cuchilladas. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, y muy cerca tenía otra cicatriz, desde el pómulo hasta el mastoide. El dorso de su mano derecha parecía haber sido picada con un cuchillo: conté al menos cuatro formidables cortes, todos antiguos, blancos y profundos. Producía esta impresión: que hacía mucho tiempo, un grupo de personas se había ensañado con él hiriéndole con hachas, sables y cuchillos, y que a pesar de todos sus esfuerzos el hombre había sobrevivido. Ya que todas sus cicatrices eran antiguas. Sin embargo, el hombre era joven: le calculé unos treinta y cinco años.

Me llenó de una ardiente curiosidad. ¿Alguno de ustedes *tiene* que acordarse de él! Iba de un lado para otro, arisco e insociable, fumando cigarrillos que nunca se quitaba de la boca: sólo escupía las colillas cuando el fuego tocaba sus labios. Era particularmente aficionado a ocupar los rincones más oscuros, donde se entregaba a profundas meditaciones... o al menos eso me parecía a mí. Traté de informarme acerca de él, pero en aquellos momentos todo el mundo estaba interesado apasionadamente por un oficial que se parecía a Spencer Tracy. Aunque al final descubrí lo que quería por mis propios medios.

También el licor estaba prohibido a bordo. Me lo habían advertido, de modo que tomé la precaución de ocultar varias botellas de *whisky*. El primer día ofrecí un trago a un capitán de infantería. En un abrir y cerrar de *ojos* me encontré rodeado por

diecisiete nuevos amigos que me abrumaron con sus expresiones de afecto y me pidieron un autógrafo. De *modo* que el segundo día, después de arrojar por la portañola la última de las botellas vacías, me alegré mucho al recibir la visita de Mr. Charles Bennet, el comediógrafo de Hollywood. (También él, si su modestia se lo permite, atestiguará que estoy diciendo la verdad). Bennet me regaló una botella de excelente *whisky*, la cual oculté debajo de la blusa de mi uniforme de campaña, sin atreverme a permitir que alguno de mis amigos se enterara de que la tenía. Me dirigí a un lugar tranquilo y al mismo tiempo lo bastante iluminado para poder leer. Me proponía luchar de nuevo con algunos de los poemas de François Villon, y refrescarme a intervalos con un trago del *whisky* de Mr. Bennet. Era difícil encontrar un lugar desocupado más allá de las puertas cerradas en el *Queen Mary*, pero yo encontré uno. Estaba tratando de leer la *Balada del Buen Consejo*, que aquel gran poeta que fue Villon escribió en el argot de la gente del hampa medieval, el cual resulta incomprensible incluso para los franceses eruditos que han estudiado la jerga de la época. Repetí los dos primeros versos en voz alta, con la esperanza de captar algún nuevo significado en ellos:

*Car ou sote porteur de bulles
Pipeur ou hasardeur de dez.*

Entonces, una voz lánguida dijo:

—¡Eh! ¿Qué sabe *usted* acerca de eso?

Levanté la mirada y vi el sombrío rostro, lleno de cicatrices, del misterioso cabo, medio oculto en las sombras. Tuve que invitarle a beber, ya que tenía la botella en la mano y él la estaba mirando. Me dio las gracias secamente, se bebió la mitad del contenido de la pequeña botella de un trago y me la devolvió.

—*Pipeur ou hasardeur de dez* —dijo, suspirando—. Eso es muy antiguo. ¿Le gusta a usted?

Dije:

—Mucho. ¿Qué gran hombre debió ser Villon! ¿Quién, si no él, podría haber conseguido tales efectos con un lenguaje tan ordinario? ¿Quién, si no él, podría haber tomado la jerga de los ladrones —la cual es siempre fea— y convertirla en maravillosa poesía?

—Usted la entiende, ¿eh? —preguntó el cabo, con una mueca que podía pasar por una sonrisa.

—No del todo —contesté—. Pero, desde luego, suena a poesía.

—Sí, lo sé.

—*Pipeur ou hasardeur de dez...* Tiene ritmo y fuerza.

—¿Quién es usted? Hace mucho tiempo que en el ejército no está permitido dejarse crecer la barba.

—Soy corresponsal de guerra —dije—. Me llamo Kersh. Puede usted terminar

esto.

Vació la pequeña botella y dijo:

—Gracias, Mr. Kersh. Yo me llamo Cuckoo.

Se dejó caer a mi lado, golpeando la cubierta como un saco de arena húmeda. Luego cogió mi libro con su acuchillada mano derecha, lo golpeó contra su rodilla y me lo devolvió.

—*¡Hasardeur de dez!* —dijo, sin el menor acento.

—Ha leído usted a Villon, ¿no es cierto? —dije.

—No. No soy aficionado a la lectura.

—Pero, habla usted francés... ¿Dónde lo aprendió? —pregunté.

—En Francia.

—¿Regresa a su casa, ahora?

—Supongo que sí.

—No está usted preocupado, al parecer.

—No, supongo que no.

—¿Estaba en Francia?

—En Holanda.

—¿Lleva mucho tiempo en el Ejército?

—Bastante.

—¿Le gusta?

—Desde luego. ¿De dónde es usted?

—De Londres —dije.

—He estado allí.

Pregunté:

—Y usted, ¿de dónde es?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Oh! De Nueva York, supongo.

—¿Qué le pareció Londres?

—Lo encontré muy mejorado.

—¿Mejorado? Seguro que estuvo allí antes de la guerra, cabo Cuckoo.

—Sí, estuve allí antes de la guerra.

—Sería usted muy joven...

El cabo Cuckoo respondió:

—No demasiado joven...

Dije:

—Yo soy corresponsal de guerra, y reportero, de modo que tengo derecho a formular preguntas impertinentes. Podría escribir un artículo acerca de usted para mi periódico, ¿sabe? ¿Qué clase de nombre es Cuckoo? Nunca lo había oído.

Para salvar las apariencias, había sacado un cuaderno de notas y un lápiz.

El cabo dijo:

—Mi nombre no es realmente Cuckoo. Es un nombre francés, *Lecocu*. Ya sabe lo que significa, ¿verdad?

Algo desconcertado, dije:

—Bueno, si mal no recuerdo, un hombre *cocu* es un hombre cuya esposa le engaña.

—Exactamente.

—¿Tiene usted familia?

—No.

—Pero ha estado casado...

—Muchas veces.

—¿Qué piensa hacer cuando llegue a los Estados Unidos, cabo Cuckoo?

Dijo:

—Cultivar flores, y criar abejas y gallinas.

—¿Sin la ayuda de nadie?

—Me basto yo solo —respondió el cabo Cuckoo.

—Flores, abejas y gallinas... ¿Qué clase de flores? —pregunté.

—Rosas —respondió, sin vacilar—. Tal vez un poco más tarde vaya hacia el sur —añadió.

El cabo Cuckoo, pensé, debe estar loco. Se me ocurrió que su cerebro podía haberse visto afectado por la herida que dejó aquella espantosa cicatriz en su cabeza.

Dije:

—Al parecer, le han herido a usted en más de una ocasión...

—Desde luego, en más de una.

—La primera vez que le vi tuve la impresión de que había sido usted atrapado por algún engranaje.

—¿Qué quiere usted decir con eso del engranaje?

—¡Oh! No se ofenda, cabo, pero esas heridas en su cabeza, en su cara y en su cuello no tienen el aspecto de las que podría haberle inferido un arma moderna...

—¿Quién ha dicho que me las ha inferido un arma moderna? —replicó el cabo Cuckoo bruscamente. Luego se llenó los pulmones de aire y lo expelió ruidosamente—. ¡Uf! ¿Qué es lo que me ha dado usted a beber?

—Un *whisky* excelente. ¿Por qué?

—Es bueno, desde luego. Y yo no tendría que beberlo. Hacía muchos años que no probaba el licor. Se me sube a la cabeza. No tendría que probarlo.

—Nadie le pidió que vaciara una botella de un cuarto de litro de *whisky* en dos tragos —dije, resentido.

—Lo siento, *mister*. Cuando lleguemos a Nueva York le compraré una botella grande, si quiere —dijo el cabo Cuckoo, parpadeando como si le dolieran los ojos y pasando sus dedos a lo largo de la horrorosa cicatriz de su cabeza.

Dije:

—Algo serio esa herida, ¿verdad?

—Desde luego —respondió—. Muy serio. Perdí parte de los sesos. Y, vea esto...

—Desabotonó su camisa y echó hacia arriba su camiseta con la mano izquierda,

mientras abría y encendía un mechero Zippo con la derecha—. Eché una mirada.

Proferí una exclamación de asombro. Nunca había visto un cuerpo vivo tan increíblemente maltratado y mutilado. Su torso era como un paraje asolado por la ira divina: fulminado por los rayos, aplastado por los derrumbamientos, devastado por los huracanes. La mayor parte de las costillas, en el lado izquierdo, habían sido troceadas en fragmentos tan pequeños como la falange de un dedo por algún objeto terriblemente pesado. Los huesos, de un modo milagroso habían vuelto a soldarse, y un círculo de nudos muy duros bordeaban una profunda hendidura; a la vacilante claridad de la llama, me recordó uno de los volcanes muertos de la luna. Debajo mismo del esternón había un agujero negro, de casi tres pulgadas de longitud y media pulgada de anchura, y espantosamente profundo. Yo había visto cicatrices como aquella en el muslo de un hombre, pero nunca en la región del pecho.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Tienen que haberle partido a trozos y pegado de nuevo!

El cabo Cuckoo se echó a reír y sostuvo su encendedor de modo que yo pudiera ver su cuerpo, desde el estómago a las caderas. Debajo mismo del hígado había una antigua cicatriz en la cual cabían tres dedos. Cruzándola, otra cicatriz, mucho menos profunda, pero de una longitud superior a las doce pulgadas, se curvaba hacia la ingle izquierda. Otra asombrosa cicatriz surgía de debajo de la hebilla de su cinturón para terminar en un profundo agujero triangular en la región del diafragma. Y había otras cicatrices... pero el encendedor se apagó y el cabo Cuckoo abotonó su camisa.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—¡Dios mío! —exclamé—. No soy médico, pero no hace falta serlo para darse cuenta de que cualquiera de esas heridas bastaría para matar a cualquier hombre. ¿Cómo ha conseguido sobrevivir a todas ellas, Cuckoo?

—Eso no es nada... ¿Qué diría usted, pues, si viera mi espalda?

—¿Dónde diablos le causaron todas esas heridas? —inquirí—. Parecen muy antiguas. No pueden habérselas causado en esta guerra...

El cabo Cuckoo aflojó el nudo de su corbata, desabotonó su cuello y dijo:

—No. Mire: esto es lo único que he pescado esta vez. —Señaló con indiferencia su garganta. Conté cinco agujeros de bala en un racimo, espaciados como las yemas de los dedos de una mano medio abierta, en la base del cuello—. Una ametralladora ligera —explicó.

—¡Pero eso es imposible! —dije, mientras él volvía a apretar el nudo de su corbata—. Esa ráfaga debió seccionarle por lo menos un par de arterias y destrozar sus vértebras cervicales.

—Desde luego —dijo el cabo Cuckoo.

—¿Y qué edad ha dicho usted que tenía? —pregunté.

El cabo Cuckoo respondió:

—Alrededor de cuatrocientos treinta y ocho años.

—¿Treinta y ocho?

—He dicho cuatrocientos treinta y ocho.

Este hombre está loco, pensé.

—¿Nacido en 1907? —pregunté.

—En 1507 —dijo el cabo Cuckoo, pasándose un dedo por la hendidura de su cráneo. Luego añadió, lentamente—: Ha hablado usted de escribir acerca de mí en el periódico... Yo puedo proporcionarle los datos. Pero si usted cobra por su trabajo, creo que tengo derecho a alguna gratificación.

Dije:

—¿Para las rosas, las abejas y las gallinas? Cuckoo vaciló y luego dijo:

—Bueno, sí —y volvió a frotarse la cabeza.

—¿Le molesta? —pregunté.

—No, si no bebo.

—¿Dónde le causaron esa herida? —pregunté.

—En la Batalla de Turín.

—No recuerdo ninguna Batalla de Turín, cabo Cuckoo. ¿Cuándo fue eso?

—Ya se lo he dicho, en la Batalla de Turín. Me hirieron en el Desfiladero de Susa.

—¿Cuándo fue eso? —insistí.

—En 1536 o 1537. El rey Francisco nos envió a luchar contra el Marqués de Guast. El enemigo dominaba el desfiladero, pero nosotros lo cruzamos. Aquel fue mi bautismo de fuego.

—¿Estuvo usted allí, cabo Cuckoo?

—Desde luego que estuve allí. Pero entonces no era cabo ni me llamaba Cuckoo. Me llamaban Lecocu. Mi verdadero nombre era Lecoq. Procedía de Yvetot. Trabajaba para un hombre llamado Nicolás, el cual...

Transcurrieron dos o tres minutos mientras el cabo me informaba de la opinión que tenía de Nicolás. Luego, habiéndose desahogado, continuó:

—Resumiendo, Denise me abandonó, y todos los chiquillos del pueblo empezaron a cantar: «Lecoq, lecoq, lecoq, lecoq, lecoq, lecoq». De modo que lo mandé todo al diablo y me alisté en el ejército... En aquella época tenía alrededor de treinta años. Bueno, el rey Francisco nos envió a Turín —Monsieur de Montagnan era Coronel-General de Infantería—, y mi comandante, el capitán Le Rat, recibió la orden de cruzar el desfiladero. Allí me hicieron *esto*.

El cabo se tocó la cabeza.

Pregunté:

—¿Cómo?

—Fue un alabardero. Ya sabe usted lo que es una alabarda, ¿no? Es una especie de hacha con un mango de diez pies de longitud. Con una alabarda, sabiendo manejarla, puede partirse a un hombre en dos pedazos. Menos mal que no me dio de lleno. Tuve la suerte de resbalar en un charco de sangre en el preciso instante en que descendía la alabarda y sólo me dio de refilón, aquí, en la cabeza. Perdí el mundo de vista, ¿sabe? Pero no estaba muerto. Desperté, y allí estaba el médico del ejército,

empapado en sangre hasta los codos. En *nuestra* sangre, naturalmente. Ya sabe cómo son los médicos militares...

—¡Oh, sí! —dije—. Lo sé, lo sé. ¿Y dice usted que eso ocurrió en 1537?

—Tal vez fue en 1536, no lo recuerdo con exactitud. Como iba diciendo, desperté, y vi al médico, y estaba hablando con otro médico al cual no pude ver; y a mi alrededor había muchos hombres gritando desesperadamente... pidiendo a sus amigos que les degollaran de una vez para acabar con sus sufrimientos... reclamando a un sacerdote... Creí que me encontraba en el infierno. Mi cabeza estaba abierta, y noté una especie de corriente de aire a través de mis sesos, y un *bump-bump-bump* continuo. Pero, aunque no podía moverme ni hablar, podía ver y oír lo que pasaba. El médico me miró y dijo...

Él cabo Cuckoo se interrumpió.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Bueno —respondió el cabo Cuckoo, en tono burlón—, ni siquiera sabe usted el significado de lo que lee en su libro —*Pipeur ou hasardeur de dez*, y todo eso—, a pesar de que puede verlo en letra impresa. Se lo traduciré de modo que lo entienda. El médico dijo algo así: «¡Venga a echar una mirada, sir! Los sesos de este individuo se le salían del cráneo. Si le hubiera aplicado el Theriac, a estas horas estaría enterrado y olvidado. Pero, al no tener el Theriac a mano, le apliqué mi Digestivo. Y vea lo que ha ocurrido. ¡Ha abierto los ojos! Observe, también, que los huesos se están soldando, y que se está formando una especie de piel sobre su cerebro. Mi tratamiento debe ser correcto, porque está sanando». Entonces, el médico al cual no podía ver, dijo algo así: «No seas tonto, Ambroise. Estás desperdiciando tu tiempo y tu medicamento en un cadáver». Bueno, el médico me miró, y tocó mis ojos con las yemas de sus dedos —así—, y yo parpadeé. Pero el otro dijo: «¿Vas a desperdiciar el tiempo y el medicamento en un muerto?».

»Después de parpadear, no pude abrir de nuevo los ojos. No podía ver. Pero podía oír, y cuando oí aquellas palabras, temí que me enterraran vivo. Y no podía moverme. Pero el primero de los médicos dijo: “Después de cinco días, la carne de este pobre soldado continúa teniendo buen aspecto, y, a pesar de que estoy agotado, no veo visiones y le juro que he visto cómo este hombre abría los ojos”. Luego llamó a alguien: “¡Jehan! ¡Tráeme el Digestivo!... Me propongo retener a este hombre hasta que vuelva a la vida o empiece a oler mal. Y voy a verter un poco más de mi Digestivo en su herida”.

»Entonces noté que algo penetraba en el interior de mi cráneo, produciéndome un dolor insoportable. Como si dejaran caer un chorro de agua helada sobre mi cerebro. Perdí el conocimiento. Cuando *volví* a despertar, me encontraba en otro lugar y vi al joven doctor. Comprobé que podía moverme y hablar, y pedí algo para beber. Cuando me oyó hablar, el médico abrió la boca como si se dispusiera a gritar, pero se dominó y me dio un poco de vino. Pero sus manos temblaban tanto que vertió más vino en mi barba que en mi boca. En aquella época yo también llevaba barba, como usted,

aunque un poco mayor, ya que me cubría toda la cara. Oí que alguien se acercaba corriendo desde el otro extremo de la habitación Vi un muchacho que tendría quince o dieciséis años, el cual abrió la boca y empezó a decir algo, pero el médico le agarró por el cuello y dijo... bueno, podemos traducirlo así: “Por lo que más quieras, Jehan, cierra la boca”.

»El muchacho dijo: “¡Maestro! ¡Le ha resucitado usted!”.

»Entonces el médico dijo: “Silencio, por lo que más quieras. Ni una palabra de esto, o nos llevarán a la hoguera”.

»Luego me quedé dormido, y cuando desperté estaba en una pequeña habitación con todas las ventanas cerradas y un gran fuego ardiendo en el hogar, de modo que el calor resultaba insoportable. El médico estaba allí, y se llamaba Ambroise Paré. Tal vez haya usted leído algo sobre Ambroise Paré.

—¿Se refiere usted a Ambroise Paré que fue cirujano militar bajo Ana de Montmorency en el ejército de Francisco I?

El cabo Cuckoo asintió.

—Eso es lo que estaba diciendo, ¿no? Francisco Primero de Montmorency era nuestro Teniente-General, cuando nos liamos con Carlos V. La cosa empezó entre Francia e Italia, y así fue cómo me abrieron la cabeza en aquel desfiladero, cerca de Turín. Ya se lo he contado, ¿no?

—Cabo Cuckoo —dije—, me ha dicho usted que tiene cuatrocientos treinta y ocho años. Nació en 1507, y se marchó de Yvetot para alistarse en el Ejército porque su esposa le engañó con un comerciante llamado Nicolás. El nombre de usted era Lecoq, y los chiquillos le llamaban Lecocu. Luchó en la Batalla de Turín, y resultó herido en el desfiladero de Susa alrededor de 1537. Le abrieron la cabeza con una alabarda, y perdió parte de sus sesos. Un cirujano llamado Ambroise Paré vertió en la herida de su cabeza lo que usted llama un Digestivo. De modo que volvió usted a la vida... ¡hace más de cuatrocientos años! ¿No es eso?

—Exactamente —asintió el cabo Cuckoo—. Estaba seguro de que usted lo creería.

Yo estaba estupefacto ante lo absurdo de todo aquello, y sólo pude murmurar:

—Bueno, mi venerable amigo, después de cuatrocientos treinta y tantos años de vida, debe usted estar tan lleno de sabiduría, conocimientos y experiencia como la Biblioteca del Museo Británico.

—¿Por qué? —preguntó el cabo Cuckoo.

—¿Por qué? —repetí—. La explicación es sencilla. Un filósofo, digamos, o un científico, no empieza realmente a aprender hasta que su vida toca a su fin. ¿Qué no daría por quinientos años más de vida? Por quinientos años de vida vendería su alma, porque si dispusiera de tanto tiempo, dado que el conocimiento es poder, podría convertirse en el dueño del mundo entero.

El cabo Cuckoo dijo:

—Eso puede ser cierto para los filósofos y esa clase de gente. Sí, podrían

continuar haciendo lo que absorbía su interés y aprender a convertir el hierro en oro, o algo por el estilo. Pero ¿qué me dice de un jugador de fútbol, por ejemplo, o un boxeador? ¿Qué harían con quinientos años de más? Continuarían dándole patadas al balón o pegando puñetazos. ¿Qué haría *usted*?

—Sí, creo que tiene usted razón, cabo Cuckoo —dije—. Yo continuaría aporreando una máquina de escribir y gastando todo el dinero que ganara, de modo que dentro de quinientos años no sería más sabio ni más rico que en este momento.

—No, espere —dijo Cuckoo, apuntándome con un dedo tan rígido como una varilla de hierro—. Usted continuaría escribiendo libros y cosas. Usted cobra un tanto por ciento por todo lo que publica, de modo que dentro de quinientos años tendría más dinero del que podría gastar. Pero ¿qué me dice de mí? Para lo único que sirvo es para estar en el ejército. No sé absolutamente nada de filosofía, ni de todas esas monsergas. Y me tienen completamente sin cuidado. No soy más sabio ahora que cuando tenía treinta años. Nunca me ha gustado leer, y nunca me gustará. Lo único que ambiciono es un establecimiento como el de Jack Dempsey en Broadway.

—Me había parecido oírle decir que deseaba cultivar rosas, y criar abejas y gallinas —dije.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo compagina usted las dos cosas? Quiero decir, ¿qué relación tiene un restaurante en Broadway con las rosas, las abejas, etcétera?

—Bueno, trataré de explicárselo, Mr. Kersh —dijo el cabo Cuckoo.

—Ya le he contado cómo el doctor Paré me curó la cabeza. Cuando pude andar un poco, me permitió que me quedara en su casa, y puedo asegurarle que me trató a cuerpo de rey, a pesar de que él mismo no vivía demasiado bien. Sí, me cuidó como a un hijo, mucho mejor de lo que me cuidó nunca mi verdadero padre. Al cabo de dos o tres semanas, yo estaba más fuerte que un toro. De modo que aquella vida de reclusión empezó a aburrirme y dije que quería marcharme. El doctor Paré trató de quitarme la idea de la cabeza. Yo le dije: «Doctor, yo soy un hombre activo, y tengo que ganarme la vida; y antes de que me abrieran la cabeza oí decir que había mucho dinero a ganar en uno u otro ejército en estos momentos».

»Bueno, el doctor Paré me ofreció un par de monedas de oro para que me quedara otro mes en su casa. Acepté el dinero, pero me olí que en todo aquel asunto había algo raro, y decidí averiguarlo. Quiero decir que él era un cirujano del ejército, y yo un piojoso soldado de infantería. ¿Por qué tenía tanto interés en que me quedara? De modo que me hice el tonto, pero procuré mantener los ojos muy abiertos y entablé amistad con Jehan, el muchacho que ayudaba al doctor. El tal Jehan era un chiquillo delgado, de ojos muy grandes, con una pierna más corta que la otra, y me admiraba mucho cuando me veía romper una nuez entre dos dedos, o cargarme a la espalda una enorme mesa, que al menos pesaba quinientas libras. Jehan me dijo que siempre había deseado ser un tipo fuerte, como yo. Pero tenía una constitución enfermiza, y estaba vivo porque el doctor Paré le había cuidado. Bueno, empecé a trabajar a Jehan,

y descubrí cuál era el juego del doctor. Ya conoce usted a los médicos, ¿eh?

Dije:

—Desde luego. Continúe.

—Parece ser que en la época en que nosotros cruzamos el desfiladero de Susa, las heridas graves eran tratadas con un compuesto de aceite de saúco y un chorro de algo que era conocido como Theriac. El Theriac se elaboraba con miel y hierbas. Bueno, parece ser que en aquellos días de la Batalla de Turín el doctor Paré había agotado el aceite de saúco y el Theriac, y decidió utilizar un compuesto de su invención al cual había dado el nombre de Digestivo.

»Mi comandante, el capitán Le Rat, que había recibido un balazo en la cadera, fue el primero en ser tratado con el Digestivo. Su cadera mejoró mucho. Yo fui el tercero o el cuarto soldado que recibió una dosis de Digestivo del doctor Paré. El doctor recorría el campo de batalla, en busca de un cadáver para sus experimentos. Ya sabe usted cómo son los médicos. Jehan me dijo que necesitaba un cerebro. Bueno, allí estaba yo, con los sesos al aire. Resumiendo, vio que yo estaba respirando, y se preguntó cómo diablos podía respirar un hombre con la cabeza abierta. Bueno, vertió un poco de Digestivo en el agujero, me vendó la cabeza y esperó. Ya le he contado lo que pasó. Volví a la vida. Más aún, los huesos de mi cráneo se soldaron. El doctor Ambroise Paré creía haber descubierto algo. Y me tenía bajo observación, por así decirlo, y tomaba notas.

»Conozco a los médicos. Bueno, de todos modos, yo continué trabajando a Jehan. Le dije: "Sé un buen chico, Jehan, y dile a tu amigo qué diablos es ese Digestivo".

»Jehan dijo: "El doctor no hace ningún secreto de ello. No es más que una mezcla de yemas de huevo y aceite de rosas". (No me importa decírselo a usted, amigo, porque ya ha aparecido en letra impresa).

Le dije al cabo Cuckoo:

—Ignoro cómo demonios ha podido enterarse de esos hechos tan curiosos, pero da la casualidad de que sé que son ciertos. Se encuentran descritos en varias historias de la medicina. El Digestivo del doctor Paré, con el cual trató a los heridos después de la batalla de Turín, era, como usted dice, una simple mezcla de aceite de rosas y yemas de huevo. Y también es un hecho conocido que el primer herido al que aplicó el tratamiento fue el capitán Le Rat, en 1537. Paré dijo en aquella época: «Yo cuidé sus heridas, y Dios le curó...».

—Sí —dijo el cabo Cuckoo—. Desde luego. Aceite de rosas y yemas de huevo. Exacto. ¿Conoce usted las proporciones?

—No —contesté.

—Sabía que no las conocía, amigo. Bueno, yo sí. ¿Comprende? Y le diré algo más. En mi caso, como un experimento, el doctor Paré añadió otro ingrediente al aceite de rosas y las yemas de huevo. Y yo sé cuál es el ingrediente.

Dije:

—Bien, continúe.

—Me di cuenta de que el doctor Ambroise Paré pretendía utilizarme para algo, de modo que mantuve los ojos muy abiertos, y continué trabajando a Jehan, hasta que descubrí lo que el doctor anotaba en su cuaderno. En aquella época, uno podía obtener sesenta o setenta mil dólares por un trozo de hueso de lo que era conocido como «cuerno de unicornio». ¿Comprende? Quiero decir que si yo conseguía una fórmula capaz de resucitar a un hombre, capaz de soldar sus huesos y dejarlo como nuevo en un par de semanas, aunque se le salieran los sesos del cráneo, podía hacerme rico en muy poco tiempo, ya que entonces todo el mundo estaba en guerra.

Dije:

—No lo dudo.

—¿Qué derecho tenía el doctor a utilizarme como conejillo de Indias? —dijo el cabo Cuckoo—. ¿Dónde estaría él de no haber sido por mí? ¿Y dónde cree usted que hubiera estado yo al final de todo aquello? Dando tumbos por ahí, sin más recompensa que un par o tres de monedas de oro, mientras el doctor obtenía la gloria y los millones. Yo deseaba abrir un establecimiento en París: muchachas y todo eso, ¿comprende? ¿Podía hacerlo con dos o tres monedas de oro? No, ¿verdad? De acuerdo. Una noche, cuando el doctor Paré y Jehan estaban fuera, me apoderé del cuaderno, salté por una ventana y me perdí de vista.

»Cuando me creí a salvo, entré en una taberna, bebí un poco de vino y entablé conversación con una muchacha. Pero parece ser que había alguien más interesado en aquella muchacha, y se produjo una lucha. El otro tipo me dio un navajazo en la cara. Yo también tenía una navaja. Ya sabe usted lo que son estas cosas: de repente noté que mi navaja se hundía en algo blando, y vi que la había clavado entre las costillas del hombre. Era uno de esos tipos flacos, que no pesaba más de ciento veinte libras, y tenía la cara picada de viruelas. (Ella era una chica alta y rubia). Me di cuenta de que le había matado, de modo que escapé, dejando la navaja donde estaba: clavada entre sus costillas. Me oculté, temiendo lo peor. Pero no dieron conmigo. La mayor parte de aquella noche la pasé tumbado debajo de un puente. Me sentía muy enfermo. Aquel individuo me había herido profundamente con su navaja, y el corte se extendía desde mi pómulo derecho hasta la nuca. Me había seccionado, además, la parte superior de la oreja. El dolor que experimentaba era insoportable, pero no me atrevía moverme, porque sabía que me identificarían fácilmente por aquel navajazo y por la media oreja que había perdido. Y, si me pescaban, nadie me libraría de la horca, ¿comprende? Antes de que amaneciera me quedé dormido. Y, al despertar, la herida no me dolía, ni siquiera la oreja... y puedo asegurarle que cuando a uno le cortan media oreja no deja de notarlo. Me levanté y fui a lavarme la cara en una charca, y cuando el agua se quedó quieta pude verme el rostro, y comprobé que mis heridas, incluso la de la oreja, estaban cicatrizadas como si me las hubieran inferido hacía media docena de años. ¡Y todo en unas horas! De modo que continué mi camino. Dos días más tarde, el perro de un granjero me mordió en la pierna, arrancando un trozo de carne. Bueno, una mordedura como aquella debía tardar varias semanas en curar.

Pero no la mía. Al día siguiente estaba completamente cicatrizada. La mezcla que Paré había vertido en mi cabeza había hecho que yo pudiera sanar inmediatamente de cualquier herida, en cualquier parte, como por arte de magia. Yo sabía que el cuaderno que le había quitado a Paré era algo importante. Pero no hasta ese extremo...

—¿Tiene usted todavía el cuaderno, cabo Cuckoo?

—¿Qué cree usted? Claro que lo tengo, envuelto en un trozo de tela y atado alrededor de la cintura. Cuatro páginas de pergamino, dobladas por la mitad y cosidas a lo largo del pliegue. La parte exterior estaba en blanco, como una cubierta. Pero todas las páginas interiores estaban escritas. Lo malo era que no podía leerlas. Nunca he sabido leer, ¿comprende? Bueno, tenía aún parte de las dos monedas de oro que me había entregado el doctor Paré, y me dirigí a París.

Pregunté:

—¿Dijo algo el doctor Ambroise Paré?

El cabo Cuckoo me miró con asombro.

—¿Qué diablos podía decir? —inquirió—. ¿Decir qué? ¿Decir que había resucitado a un muerto con su Digestivo? Aquello hubiera terminado con él. ¿Dónde estaba la prueba? Y puede usted apostar la vida a que Jehan hubiera mantenido la boca cerrada; no quería que el doctor supiera que se había ido de la lengua. ¿Comprende? No, nadie dijo una sola palabra. Llegué a París sin novedad.

—¿Qué hizo usted allí? —pregunté.

—Mi intención era encontrar a alguien de confianza para que me leyera aquellos papeles, ¿comprende? Si quiere saber cómo me ganaba la vida, hacía todo lo que podía: eso no importa ahora. Una noche, en un establecimiento de bebidas me encontré con un estudiante, medio borracho. Nos hicimos amigos. Le enseñé los papeles del doctor y le pregunté qué significaban. Le hicieron pensar un poco, pero al fin los descifró. El doctor había escrito cómo mezcló su Digestivo, y esto llenaba una página. Otras dos páginas estaban llenas de cifras, y en la última página hablaba de mí y de mi curación.

Dije:

—¿Con un compuesto de yemas de huevo y aceite de rosas?

El cabo Cuckoo asintió y dijo:

—Sí. Con esas dos cosas y algo más.

Dije:

—Le apuesto lo que quiera a que sé cuál es el tercer ingrediente de ese Digestivo.

—¿Qué apuesta usted? —preguntó el cabo Cuckoo.

Dije:

—Le apuesto una colmena.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vamos, cabo, la cosa cae por su propio peso. Dijo usted que quería cultivar rosas y criar gallinas y abejas. Ha citado el aceite de rosas y las yemas de huevo

como componentes de la fórmula del doctor Paré. ¿Para qué querría criar abejas un hombre como usted? Evidentemente, el tercer ingrediente es la miel.

—Sí —dijo el cabo Cuckoo—. Tiene usted razón, amigo. El doctor añadió algo de miel. —Sacó una navaja de uno de sus bolsillos, la abrió, me miró fijamente, volvió a cerrarla y se la guardó, diciendo—: Usted no conoce las proporciones. No sabe cómo mezclar la pócima. No sabe lo caliente que tiene que estar, o cuánto tiempo debe dejarla en reposo...

—De modo que posee usted el Secreto de la Vida —dije—. Tiene más de cuatrocientos años, y las heridas no pueden matarle. Sólo se requiere cierta mezcla de aceite de rosas, yemas de huevo y miel. ¿No es cierto?

—Es cierto —dijo el cabo Cuckoo.

—Bueno, ¿no ha pensado en comprar los ingredientes y mezclarlos usted mismo?

—Desde luego que sí. El doctor decía en sus notas que el Digestivo que nos había aplicado al capitán Le Rat y a mí lo había guardado en una botella y en un lugar oscuro durante dos años. De modo que llené una botella con la mezcla y la guardé a cubierto de la luz por espacio de dos años, dondequiera que fui. Luego, unos amigos y yo nos vimos envueltos en un jaleo, y uno de mis compañeros, un tipo llamado Pierre Solitude, recibió un tiro de pistola en el pecho. Le apliqué la mezcla, pero murió. Al mismo tiempo, yo había recibido un sablazo en un costado. Créalo o no, aquella herida cicatrizó en nueve horas, por sí misma.

»Me marché de Francia, y viví a salto de mata por espacio de un año hasta que me encontré en Salzburgo. Habían pasado cuatro años desde que me hirieron en el desfiladero de Susa. Bueno, en Salzburgo me enteré de que se encontraba en la ciudad el mejor médico del mundo. Recuerdo su nombre perfectamente, aunque la cosa no es de extrañar, porque, ¿quién no lo recuerda? Se llamaba Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim. Había dado mucho que hablar en Basilea unos años antes. Era más conocido como Paracelsus. En aquella época apenas trabajaba. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una bodega llamada Las Tres Palomas, bebiendo como un condenado. Allí le conocí una noche —debió ser en 1541—, y cuando creí que nadie podría oírnos le conté la historia.

Dije:

—Paracelsus fue un gran hombre. Fue uno de los médicos más famosos del mundo.

El cabo Cuckoo se echó a reír.

—No era más que un viejo borrachín —dijo, en tono despectivo—. Aquella noche iba bastante cargado. Cuando le hablé del asunto, confidencialmente, empezó a soltar palabrotas —y le aseguro que su repertorio era bastante extenso— y terminó por arrojarme a la cabeza una jarra cuyo contenido acababa de vaciar. La sangre brotó de mi frente. Me disponía a darle su merecido, pero súbitamente pareció calmarse y me dijo: «¡Experimento, experimento! ¡Una demostración! Si vuelve usted mañana y me enseña esa herida completamente cicatrizada, charlatán, le escucharé». Luego

estalló en una carcajada inacabable, y yo pensé que no tardaría en hacerle tragar aquella risa. De modo que salí a dar un paseo, y al cabo de una hora la herida de mi frente había cicatrizado, y regresé a la bodega. Y allí estaba el Doctor von Hohenheim, o Paracelsus, como usted prefiera, caído en el suelo con una daga clavada en el pecho. Por lo visto, había discutido con otro cliente de tendencias tan agresivas como las suyas. Nunca he tenido suerte, y nunca la tendré...

—¿Y luego? —pregunté.

—Permanecí en Salzburgo cosa de un año, hasta que me expulsaron de la ciudad por vagabundo. Me dirigí a Suiza, y me alisté como mercenario —allí les llamaban *condottieri*— a las órdenes de un coronel suizo, para luchar en Italia. Se suponía que allí había un buen botín. Pero alguien me robó lo poco que había conseguido reunir, y tampoco percibí la paga que me habían prometido. De modo que regresé a Francia. Allí conocía a un capitán de la marina mercante que transportaba coñac a Inglaterra y que necesitaba un hombre para completar su tripulación. Un barco pirata inglés nos detuvo en el Canal. El capitán se apoderó del cargamento y ordenó el degüello de Bordelais y el lanzamiento por la borda de toda la tripulación... excepto yo. Al capitán pirata, Hawker, le gustó mi aspecto. Me uní a la tripulación, pero nunca he tenido vocación de marino. El barco había sido bautizado con el nombre de *Harry*, en homenaje al rey de Inglaterra, Enrique VIII, cuyas bodegas abastecíamos. Estábamos especializados en coñac francés: parábamos los barcos en medio del Canal, nos apoderábamos del cargamento y arrojábamos al capitán y a la tripulación por la borda. «Los muertos no hablan», decía siempre el viejo Hawker. Bueno, abandoné el barco en un puerto cercano a Romsey, con algo de dinero en el bolsillo. Nunca me ha gustado el mar, ¿comprende? Además, sabía que las heridas no podían matarme. Pero ¿qué sucedería si me arrojaban por la borda? Seguro que me ahogaría, porque ni siquiera sabía nadar.

»De modo que abandoné el barco y me dirigí a Londres. Allí conocí a una viuda que tenía una trapería cerca del Puente de Londres. Se encariñó conmigo, y, ¡qué diablos!, me casé con ella, después de enterarme del volumen de sus ahorros. Vivimos juntos trece años. Al principio se mostró muy dominante, pero no tardé en educarla. Se llamaba Rose, y murió el mismo año en que fue coronada la reina Elizabeth. En 1558, si mal no recuerdo. Yo le infundía miedo —a Rose, no a la reina Elizabeth—, porque siempre andaba metido en experimentos con miel, huevos y aceite de rosas. Además, ella iba envejeciendo, y yo conservaba el mismo aspecto que tenía el día de nuestra boda, y eso no le gustaba. Llegó a pensar que yo era un brujo. Decía que yo tenía la piedra filosofal y conocía el secreto de la eterna juventud. Y no andaba muy equivocada. Quería que yo la hiciera partícipe de aquellas ventajas. Pero, como ya le he dicho, yo continuaba trabajando con las notas del doctor Paré, mezclando miel, aceite de rosas y yemas de huevo, como había hecho él, en las proporciones correctas y a la temperatura adecuada, y conservaba la mezcla embotellada en un lugar oscuro durante el tiempo necesario... pero sin conseguir

ningún resultado positivo.

Le pregunté al cabo Cuckoo:

—¿Cómo sabía usted que su mezcla no obraba sus efectos?

—Bueno, la probé en Rose. No me dejé en paz hasta que lo hice. De cuando en cuando discutíamos, como todos los matrimonios, y terminada la gresca le aplicaba el Digestivo. Pero sus heridas tardaban en cicatrizar lo mismo que las de cualquier persona normal. Lo más interesante era que yo, no sólo no podía morir a consecuencia de una herida, sino que *no podía envejecer, ni enfermar. ¡No podía morir!* De modo que, calcúlelo usted mismo: si una pócima que curaba cualquier clase de herida valía una fortuna, ¿qué no valdría si además conservara la juventud y la salud para siempre? ¿Eh?

El cabo Cuckoo hizo una pausa.

Dije:

—Una meditación interesante... Podía usted haberle aplicado la pócima, por ejemplo, a Shakespeare. Su obra hubiera mejorado a medida que pasaba el tiempo. ¿A qué cimas habría llegado? Claro que si Shakespeare hubiera tomado un elixir de vida y juventud eternas cuando era muy joven, se habría quedado tal cual, joven y sin desarrollar. Tal vez continuaría abriendo portezuelas de carruajes delante de los teatros...

»Pero, si hubiera tomado la pócima cuando escribí, digamos, *La Tempestad*, su genio podía haber alcanzado alturas inaccesibles. Sin embargo después de vivir más de cien años, su aburrimiento no hubiera tenido fin, y estoy convencido de que habría anhelado morir. ¡Esa pócima suya puede ser muy peligrosa, cabo Cuckoo!

—¿Shakespeare? —dijo Cuckoo—. ¿Shakespeare? William Shakespeare. Le conocí. Conocí a un compañero suyo cuando estaba luchando en los Países Bajos, y él nos presentó cuando regresamos a Londres. William Shakespeare: un hombre de rostro abotargado, calvo... Gesticulaba mucho al hablar. Simpatizó conmigo. Sostuvimos muchas conversaciones.

—¿Qué decía? —pregunté.

El cabo Cuckoo respondió:

—¡Oh! ¿Cómo diablos puedo recordar lo que hablamos hace tiempo? Me hacía preguntas, como usted. Hablábamos, sencillamente.

—¿Y qué impresión le causó? —pregunté.

El cabo Cuckoo meditó unos instantes y luego dijo, lentamente:

—La clase de hombre que cuenta el cambio y deja cinco centavos de propina... Un día de éstos voy a leer sus libros, pero nunca he tenido mucho tiempo para leer.

—Tengo la impresión de que su único interés por el Digestivo Paré ha sido un interés financiero —dije—. ¿Me equivoco?

—Claro que no —dijo el cabo Cuckoo—. Yo he tomado la pócima. Yo no la necesito, personalmente.

—Cabo Cuckoo, ¿no se le ha ocurrido pensar que anda usted detrás de un

imposible?

—¿Cómo es eso?

—Verá —dije—. Su Digestivo Paré está compuesto de yema de huevo, aceite de rosa y miel. ¿No es cierto?

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué hay de imposible en eso?

Dije:

—Usted sabe que la dieta de una gallina altera el sabor de un huevo, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Lo que come una gallina cambia no sólo el sabor, sino también el color de un huevo. Cualquier granjero puede confirmárselo.

—¿Y qué?

—Bueno, lo que come una gallina pasa al huevo, del mismo modo que lo que come una vaca pasa a la leche... ¿Se ha parado usted a pensar cuántas especies distintas de gallinas han existido en el mundo desde la Batalla de Turín, en 1537, y la variedad de los alimentos que han ingerido en el curso de los años? ¿Ha pensado usted que la yema de huevo es solamente uno de los tres ingredientes mezclados en el Digestivo Paré? ¿Es posible que no se le haya ocurrido que ese ingrediente implica permutaciones y combinaciones de varios millones de otros ingredientes?

El cabo Cuckoo permaneció silencioso.

Continué:

—Hablemos de las rosas. Si no hay dos huevos exactamente iguales, ¿qué me dice de las rosas? Según usted, procede de una región en la cual abundan las viñas. Por lo tanto, debe saber que el simple espesor de una pared puede separar dos clases completamente distintas de vino: que un viñedo noble puede encontrarse a menos de dos pies de distancia de unas cepas que no sirven para nada. Lo mismo puede decirse del tabaco. ¿Se ha parado usted a pensar en sus rosas? Las rosas son polinizadas por las abejas, que van de flor en flor, haciéndolas fértiles.

Su *aceite de rosas*, por lo tanto, engloba una infinidad de posibles ingredientes. ¿No es cierto?

El cabo Cuckoo continuó silencioso.

Continué, con una especie de malicioso entusiasmo:

—Hablemos de la miel. Sí, mi querido amigo, hablemos de la miel. Hay más clases de miel en el mundo de las que puedan haber sido clasificadas. Cada colmena produce una miel ligeramente distinta. Debe usted saber que las abejas que viven en los brezos producen una clase de miel, mientras que las que viven en un huerto de manzanos producen algo completamente distinto. Todo es miel, desde luego, pero su aroma y su calidad varían mucho.

—¿Y qué? —repitió el cabo Cuckoo, en tono lúgubre.

—Bien. Todo esto es relativamente simple, cabo, comparado con lo que sigue. No sé cuántas colmenas hay en el mundo. Supongamos que en cada colmena hay —seamos moderados— mil abejas. (Hay más, desde luego, pero estoy tratando de

simplificar). Cada una de esas abejas deja en la colmena una gota de miel ligeramente distinta. Cada una de esas abejas, en sus viajes, puede tomar miel de cincuenta flores distintas. La miel acumulada por todas las abejas en la colmena se mezcla. ¡Cualquier célula individual de cualquier colmena contiene un gran número de elementos ligeramente distintos! Y no hablemos del factor tiempo. La miel de seis meses es muy distinta de la miel sacada de la misma colmena un año después. De un día a otro, la miel cambia. Ahora, tomando todas las combinaciones posibles de huevos, rosas y miel, ¿dónde está usted? Responda a eso, cabo Cuckoo.

El cabo Cuckoo luchó con la idea unos segundos, y luego dijo:

—No lo sé. Usted cree que estoy chiflado, ¿no es cierto?

—Yo no he dicho eso —contesté.

—No, no lo ha *dicho*. Escuche, déjese de discursos. Le estoy haciendo un favor.

Mire...

Sacó y abrió su navaja, y examinó su mano izquierda, buscando una zona de piel sin cicatrices.

—¡No! —*grité*, y agarré la mano que empuñaba la navaja.

El efecto fue el mismo que si hubiese tratado de echar hacia atrás el vástago de émbolo de una gran locomotora. Mi capacidad de arrastre no era nada para el cabo Cuckoo.

—Mire —repitió, tranquilamente, y cortó a través de la carne entre el pulgar y el índice de su mano izquierda, hasta que la hoja del acero topó con el hueso, y el pulgar se dobló hacia atrás hasta tocar el antebrazo—. ¿Ve esto?

Lo vi a través de una bruma. Súbitamente, el buque había empezado a dar vueltas.

—¿Estará usted loco? —dije, cuando recobré el uso de la palabra.

—No —dijo el cabo Cuckoo—. Voy a demostrarle que no lo estoy.

Acercó su mutilada mano a mi rostro.

—Aparte eso —dije.

—Desde luego —dijo el cabo Cuckoo—. Mire esto. —Devolvió a su sitio el pulgar casi cercenado, y lo sostuvo allí con su mano derecha—. No pasa nada —añadió—, no tiene por qué poner esa cara de difunto. Voy a hacerle una demostración, ¿comprende? No se vaya... siéntese. No estoy bromeando. Puedo proporcionarle a usted una gran historia, una historia real. Puedo enseñarle el cuaderno de notas del doctor Paré y todo lo demás. ¿Vio usted lo que le enseñé al levantarme la camisa? ¿Vio lo que tengo aquí, en el costado izquierdo?

Dije:

—Sí.

—Bueno, aquí es donde me dio una bala de cañón de nueve libras cuando me encontraba en el *Mary Ambrée*, luchando contra la Escuadra Española. Aplastó mi pecho y mis costillas quedaron destrozadas... y al cabo de quince días estaba como nuevo. Y todas mis heridas sanaron del mismo modo, mientras a mi alrededor los hombres morían como moscas. ¡Puedo demostrárselo, se lo aseguro! Es una historia

que vale dinero, ¿no? Mi propuesta es esta: yo se la cuento, usted la escribe y nos partimos las ganancias. ¿Qué le parece? Así podré comprar una granja...

Sólo se me ocurrió preguntar:

—¿Por qué no ha ahorrado una parte de su paga durante todos estos años?

El cabo Cuckoo replicó, en tono burlón:

—¡Por qué no he ahorrado una parte de mi paga! ¡Porque soy el que soy, idiota! Hubo una época en que, si hubiera dejado de jugar a los naipes, podría haber comprado la isla de Manhattan por menos de lo que perdí jugando con un holandés llamado Brucker... ¡Ahorrar parte de mi paga! Cuando no era una cosa era otra. Dejé de beber. De acuerdo. Pero me aficioné a las mujeres. Dejé las mujeres. Y me aficioné a las cartas o a los dados. Siempre me proponía ahorrar parte de mi paga, pero nunca lo llevé a cabo. La pócima del doctor Paré me dejó clavado tal como era, y soy, y siempre seré. ¿Comprende? Un ignorante soldado de infantería. Me costó casi cien años aprender a escribir mi nombre, y cuatrocientos años ascender a cabo. ¿Qué le parece? Repito: la mitad de las ganancias que produzca la historia. Y si cree que bromeo échele una mirada a esto. ¿Vio lo que hice?

—Lo vi, cabo.

—Mire —dijo, poniendo su mano izquierda delante de mi nariz.

Estaba cubierta de sangre. El puño de su camisa aparecía húmedo y rojo. Fascinado, vi una gota colgando de la tela, cerca del ojal, antes de caer sobre mi rodilla. Conservo aún la huella de la mancha en la tela de *mi* pantalón.

—¿Ve? —dijo el cabo Cuckoo, y lamió el espacio entre sus dedos donde había cortado su navaja. Apareció una zona clara—. ¿Dónde me he cortado? —preguntó.

Sacudí la cabeza: allí no había ninguna herida: sólo una cicatriz blanca. El cabo Cuckoo limpió la navaja en la palma de su mano —dejó una mancha roja— y la cerró. Luego secó su mano en la pernera de su pantalón y dijo:

—¿Estoy bromeando?

—Bueno —murmuré, completamente aturdido—. Bueno...

—Bueno —gruñó a su vez el cabo Cuckoo—. ¿Cree usted que es un truco? Vamos a ver... ¿tiene usted un cuchillo?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Un cuchillo grande?

—De tamaño mediano.

—De acuerdo. Húndalo en mi garganta y vea lo que pasa. Apuñáleme donde quiera. Le apuesto mil dólares a que estaré perfectamente dentro de dos o tres horas. Vamos. De hombre a hombre, es una apuesta. O pida prestada un hacha, si lo prefiere; hiérame en la cabeza con ella.

—Que me aspen si lo hago —dije, estremeciéndome.

—¿Se da cuenta? —dijo el cabo Cuckoo, desesperado—. Me persigue la negra. Cada vez ocurre lo mismo. Docenas de individuos se hacen ricos vendiendo jabones y dentífricos, y yo, con algo en el bolsillo que garantiza la juventud y la salud

eternas... ¡Maldita sea! No debí aceptar ese condenado *whisky*. Pero lleva usted una barba como la que yo llevaba antes de que me destrozaran la barbilla en Zutphen, cuando luchaba a las órdenes de Sir Philip Sidney... De no ser por eso no hubiera hablado con usted. ¡Oh! De buena gana le mataría... ¡Váyase al diablo!

El cabo Cuckoo se puso en pie y se alejó tan rápidamente, que antes de que consiguiera incorporarme había desaparecido.

—¡Cuckoo! ¡Cuckoo! —grité—. ¡Oh! ¡Cuckoo! ¡Cuckoo!

Pero no volví a ver al cabo Cuckoo, y me pregunto dónde puede estar. Es posible que me diera un nombre falso. Pero lo que oí lo oí, y lo que vi lo vi, y tengo quinientos dólares aquí, en un sobre, para el hombre que me ponga en contacto con él.

Miel, aceite de rosas y yemas de huevo. Tres ingredientes que implican, como ya dije, permutaciones y combinaciones infinitas. Lo mismo que cualquier mezcla equivalente.

Sin embargo, creo que vale la pena investigar. ¿Por qué no?

Fleming obtuvo la penicilina del moho. Sólo Dios conoce los gloriosos misterios del polvo, del cual proceden los arbustos y las abejas, y la vida en todas sus formas, desde el moho hasta el hombre.

Perdí de vista al cabo Cuckoo antes de que atracáramos en Nueva York, el 11 de julio de 1945. En alguna parte de los Estados Unidos, creo, hay un hombre que tiene una fuerza terrible en los brazos y que está cubierto de espantosas cicatrices. Ese hombre posee el secreto —un secreto muy peligroso— de la juventud y la vida eternas. Aparenta unos treinta y tantos años de edad y sus ojos, desvaídos, oscilan entre el verde y el gris.

BAILE DE LA MUERTE

Rickard Matheson

*¡Me pongo a toda pastilla
con mi nena Mota-Rota!
Nos tragamos la autopista
muy juntitos, abrazaditos,
y después nos meteremos
un asalto^[1] de los buenos.*

Dos focos derraman su luz mantecosa por la autopista. Detrás, un Motor-Rotor descapotable, modelo C, de 1997. Chorros de luz amarilla y brillante. El coche los persigue rugiendo con sus doce cilindros. La noche negra como el carbón se traga todo lo que dejan atrás. El coche acelera. «ST. LOUIS 10».

—¡Voy a volar! —cantaban—. ¡Con una chavala sin par! —cantaban—. No hay otra forma de vivir...

El cuarteto cantor:

Len, 23.

Bud, 24.

Barbara, 20.

Peggy, 18.

Len con Barbara, Bud con Peggy.

Bud, al volante, entrando en las curvas a toda velocidad, subiendo colinas negras pisando hasta el fondo, lanzándose por llanuras silenciosas como una exhalación. Tres pares de pulmones cantaban a voz en grito (un cuarto par, más flojito), compitiendo con el viento que les abofeteaba la cara y les convertía en látigos los mechones de pelo:

Date una vuelta bajo la luz de la luna
y déjame soñar a doscientos por hora.

La aguja temblequea en la marca de doscientos diez por hora, diez kilómetros por encima del límite del coche. ¡Una pendiente brusca! Los cuerpos jóvenes brincan. El viento se lleva tres carcajadas locas que engulle la noche. Una curva, colina arriba, colina abajo, una llanura surcada como una bala de ébano a ras de suelo.

¡En mi coche rotero, motero, flotero!

Vas a flotar en tu Motor-Rotor.

En el asiento trasero:

—¿Un chute, chata?

—Gracias, pero ya me he metido uno después de cenar. —Apartó la jeringa clavada en el cuentagotas.

En el asiento delantero:

—¿En serio? ¿Es la primera vez que vas a Saint Loo?

—Es que he empezado la universidad en septiembre...

—¡Eh, pero si eres una novata!

El asiento trasero se une al delantero:

—¡Eh, novata, métete un revientamúsculos^[2]!

Pasaron la jeringa hacia delante. Una gota de jugo ámbar tembló en la punta.

—¡Hay que vivir a tope, niña!

Peggy no acierta a sonreír. Retuerce los dedos.

—No, gracias, no me...

—¡Venga, novata! —Len, con la frente blanca y el pelo negro revuelto, echó todo el cuerpo hacia delante. Le puso la jeringa en la cara—. ¡Vive a tope, niña! ¡Métete un reventón!

—No me apetece. Si no te...

—¿Qué pasa, novata? —chilló Len, y arrimó la pierna a la apremiante de Barbara.

Peggy sacudió la cabeza y el pelo dorado le revoloteó sobre las mejillas y los ojos. Bajo el vestido amarillo, bajo el sujetador blanco, bajo el pecho joven, un corazón latía con pesar. «Cuidado con dónde te metes, cariño. Es todo lo que te pedimos. Recuerda que eres todo lo que tenemos en el mundo». Las palabras maternas la martilleaban; la jeringa la hacía recular en el asiento.

—¡Venga, novata!

Al entrar en una curva, los cuerpos se desplazaron y el coche chirrió, y la fuerza centrífuga apretó a Peggy contra la flaca cadera de Bud, que dejó caer la mano y le toqueteó la pierna. Bajo el vestido amarillo, bajo las medias transparentes, se le puso la piel de gallina. Los labios titubearon de nuevo y la sonrisa no fue más que una mueca roja.

—¡Novata, a tope!

—Cierra la boca, Len, y dedícate a pinchar a tus chicas.

—¡Pero tenemos que enseñar a la novata a reventarse!

—¡Te he dicho que cierres la boca! ¡Es mi chica!

El coche negro rugía tratando de alcanzar su propia luz. Peggy sujetó la mano sobona. El viento silbaba y les tiraba del pelo con dedos helados. No le gustaba que le pusiera la mano ahí. Eso sí, le estaba agradecida.

Con ojos un poco asustados, vio como la calzada botaba bajo las ruedas. Detrás un asalto silencioso, un toqueteo tenso, bocas abiertas buscándose. En pos de la dulce evasión a doscientos kilómetros por hora.

—Nena Mota-Rota... —gimió Len entre besos babosos.

En el asiento delantero, el corazón de una muchacha palpitaba deprisa. «ST. LOUIS 6».

—¿De verdad nunca has estado en Saint Loo?

—No...

—Entonces, ¿nunca has visto la danza pirada?

Se le hace un nudo en la garganta.

—No... ¿Eso es... lo que... vamos a...?

—¡Eh, la novata nunca ha visto la danza de los pirados! —chilló Bud a los de atrás.

Separan los labios, se sorben las babas. Una falda se coloca en su sitio con displicencia y circunspección.

—¡Venga ya! —Len disparó las palabras—. ¡Niña, no sabes lo que es la vida!

—¡Oh, tiene que verlo! —añadió Barbara, abotonándose la blusa.

—¡Vamos, pues! —gritó Len—. ¡Vamos a darle marcha a la novata!

—Genial —dijo Bud, y le sobó la pierna—. Nos parece genial, ¿verdad, Peg?

Peggy tragó saliva en la oscuridad y el viento le pegó un brusco tirón de pelo. Había oído hablar de él, había leído sobre él, pero nunca había pensado que...

«Escoge bien a tus amigos de la universidad, cariño. Ten mucho cuidado».

Pero ¿y si habías pasado dos meses sin que nadie te hablase? ¿Y si estabas sola y tenías ganas de hablar y de reír y de sentirte viva? ¿Y si por fin dejabas de ser invisible y te proponían salir?

—¡Popeye el Marino soy! —cantó Bud.

Detrás sonó un júbilo artificial. Bud estaba matriculado en la asignatura Cómics y Dibujos Animados de Antes de la Guerra II. Esa semana tocaba Popeye. Bud se había enamorado del marinero tuerto y les había contado a Barbara y a Len todo lo que veían en clase y les había enseñado los diálogos y las canciones.

—¡Popeye el Marino soy! ¡Nadar con muchachas, tocarles las cachas! ¡Popeye el Marino soy!

Risas. Peggy esbozó apenas una sonrisa. La mano le soltó la pierna cuando el coche chirrió en una curva y se vio arrojada contra la portezuela. El viento helado le apuñalaba los ojos y la obligaba a entrecerrarlos y a echar la cabeza atrás. Ciento ochenta, ciento noventa, doscientos kilómetros por hora. «ST. LOUIS 3».

«Ten mucho cuidado, cariño».

Popeye le guiñó el ojo con malicia.

—¡Ay, Olivia, mi cuchicuchi! —Codazo—. Va, tú eres Olivia.

—No puedo... —dijo Peggy con una sonrisa nerviosa.

—¡Claro que sí!

En el asiento de atrás, Pilón sacó la cabeza para coger aire.

—Estaré encantado de invitarte el martes a la hamburguesa de hoy.

—¡Comiendo espinacas mis puños machacan, y a todos podré vencer! —

bramaron tres potentes voces, y otra más débil, contra el aullido del viento—. ¡Popeye el Marino soy! ¡Pi, piii!

—Soy lo que soy —repitió Popeye, serio, y puso la mano en la falda amarilla de Olivia. Detrás, los otros dos miembros del cuarteto reanudaron su asalto.

«ST. LOUIS 1». El coche negro rugió por los suburbios sumidos en la oscuridad.

—¡A por las caretas! —canturreó Bud.

Cada uno cogió su mascarilla de plástico y se la puso.

¡Pillar bacis^[3] sería una calamidad!

¡Ponte la careta si vas a la ciudad!

—¡Ya verás cómo te gusta la danza pirada! —le gritó Bud a Peggy por encima del estruendo del viento—. ¡Es una pasada!

Peggy sintió un frío distinto al de la noche y el viento. «Recuerda, cariño, que hoy en día pasan cosas horribles en el mundo. Cosas que debes evitar».

—¿Y no podríamos ir a otro sitio? —preguntó Peggy, aunque nadie la oyó.

—¡Nadar con muchachas, tocarles las cachas! —oyó cantar a Bud, y volvió a notar su mano en la pierna, mientras detrás reinaba el silencio de un magreo apasionado sin besos.

«La danza de los muertos». Las palabras caían como gotas heladas en el cráneo de Peggy.

«ST. LOUIS».

El coche negro surcó las ruinas.

Era un lugar de humo y placeres descarados. Saturaban el aire los gemidos de los juerguistas y una banda de metales lanzaba una nube de música, música de 1997, un guirigay frenético de disonancias. La gente se apretujaba en la pequeña pista de baile cuadrada, restregando los cuerpos palpitantes entre sí. Una red de estallidos atravesaba la masa que formaban. Eran ellos, que cantaban:

¡Pégame! ¡Quémame! ¡Abrázame! ¡Asfíxiame!

¡Dame placer, desángrame con pasión!

¡Viólame todas las noches, por favor!

¡Amor, amor, amor, a lo... bestia!

Los elementos que estallaban no salían de los límites del baile; no se fragmentaban entre estremecimientos. «¡Oh, a lo bestia, bestia, bestia, bestia, bestia!».

—¿Qué te parece, eh, Olivita bonita? —preguntó Popeye a su ojito derecho mientras se abrían paso detrás del camarero—. ¿A que no hay nada parecido en Sykesville?

Peggy sonrió, pero no notaba la mano que Bud le cogía. Al pasar junto a una mesa en penumbra, una mano que no vio le tocó la pierna. Se apartó sobresaltada y se golpeó con una dura rodilla, al otro lado del pasillo estrecho. Mientras avanzaba a trompicones por la sala cargada y sofocante, sintió cómo una docena de ojos la desnudaban y la violaban. Bud tiró de ella y los labios le temblaron.

—¡Eh, de lujo! —exclamó Bud mientras se sentaban—. ¡Justo al lado del escenario!

El camarero emergió de la niebla de humo y esperó lápiz en ristre.

—¿Qué va a ser? —La pregunta logró imponerse sobre la algarabía.

—¡Un *whisky* con agua! —respondieron Bud y Len al mismo tiempo. Luego se dirigieron a sus chicas—: ¿Qué va a ser? —La pregunta del camarero salió de sus labios como un eco.

—¡Una ciénaga verde! —dijo Barbara.

—¡Una ciénaga verde por aquí! —Transmitió Len. Ginebra, sangre invasora (ron de 1997), lima, azúcar, unas gotas de menta y hielo picado. La bebida de las universitarias.

—¿Y tú, preciosa? —le preguntó Bud a su chica.

—Pues... un ginger ale —respondió Peggy con una sonrisa. Su voz fue como un aleteo delicado en el fragor y el humo denso.

—¿Qué? —preguntó Bud.

—¿Qué ha dicho? ¡No la he oído! —gritó el camarero.

—Un ginger ale.

—¿Qué?

—¡Un ginger ale!

—¡Un ginger ale! —chilló Len, y el percusionista casi lo oyó desde el otro lado de la furiosa cortina de ruido que producía la banda. Len pegó un puñetazo en la mesa —. ¡Un, dos, tres!

TODOS:

Ginger Ale solo tenía doce años,
iba a la iglesia y era más buena que el pan,
hasta el día que...

—¡Venga, venga! —los apremió el camarero—. ¡Pedid ya, chicos! ¡Tengo trabajo!

—¡Dos *whiskies* con agua y dos ciénagas verdes! —canturreó Len, y el camarero desapareció engullido por los remolinos de niebla demente.

Peggy notó los latidos acelerados e indefensos de su joven corazón. «Sobre todo, no bebas cuando salgas con un chico. Prométenoslo, cariño, tienes que prometérmelo». Apartó las instrucciones grabadas a fuego en su cerebro.

—¿Qué? ¿Te gusta este sitio, preciosa? Es pirado^[4] total, ¿eh? —Un Bud colorado y feliz le disparó la pregunta a bocajarro.

Peggy le dirigió una sonrisa nerviosa y educada. Dejó vagar los ojos por la sala, inclinó la cara y se encontró mirando el escenario. Pirado. La palabra se le clavó en la mente como un bisturí. Pirado, pirado.

El escenario estaba cuatro metros y medio al fondo de una tarima semicircular de madera, rodeada de una barandilla que llegaba hasta la cintura y rematada en cada extremo por un foco de color violeta claro, apagado. Violeta sobre blanco... Otro

pensamiento se presentó. «Cariño, ¿es que la Escuela de Empresariales de Sykesville no es lo bastante buena?». «¡No! No quiero estudiar empresariales; ¡quiero titularme en arte en la universidad!».

Llegaron las bebidas. Peggy vio como el brazo sin cuerpo del camarero le dejaba un vaso alto y verde. *Presto!* El brazo desapareció. Escudriñó las turbias profundidades de la ciénaga verde y vio el hielo picado flotando.

—¡Un brindis! ¡Arriba ese vaso, Peg! —exclamó Bud.

Entrechocaron los vasos.

—¡Por la lujuria primordial! —brindó Bud.

—¡Por el descontrol de las camas! —añadió Len.

—¡Por la locura de la carne! —contribuyó Barbara.

Los seis ojos se clavaron en Peggy, expectantes. No lo entendió.

—¡Termina! —le dijo Bud, irritado por lo muermos que eran los de primero.

—Por... no... nosotros... —titubeó.

—Huy, qué original... —se burló Barbara.

Peggy sintió que se le encendían las tersas mejillas, pero los tres Jóvenes Americanos en cuyas Manos está el Futuro no se dieron cuenta, ocupados como estaban en vaciar el vaso con ansia. Peggy sostuvo el suyo entre los dedos con la sonrisa congelada en unos labios que solo podrían sonreír con ayuda.

—¡Venga, bebe, niña! —le gritó Bud desde la inmensa distancia de dos palmas—. ¡De un trago!

—A tope, niña —dijo Len en abstracto, mientras buscaba de nuevo la pierna suave, y debajo de la mesa la encontró.

Peggy no quería beber, tenía miedo de beber. Las palabras de su madre seguían martilleándola: «Nunca cuando salgas con un chico, cielo, nunca». Levantó un poco el vaso.

—¡El tito Buddy te ayuda!

El tito Buddy que se acerca, rodeado de un halo de vapores etílicos. El tito Buddy que empuja el vaso helado a los labios jóvenes y temblorosos.

—¡Venga, Olivita bonita! ¡Hasta el fondo!

Se atragantó, y gotitas de ciénaga verde le salpicaron la pechera del vestido. El líquido ardiente le llegó al estómago y le mandó llamaradas de fuego por las venas.

¡Bam, pam, chas, plaf, bum! El percusionista le dio el golpe de gracia a lo que en tiempos había sido un vals romántico. Se apagaron las luces. Peggy tosía y lagrimeaba por la bruma del antro.

Sintió que la mano de Bud le agarraba el hombro con fuerza y tiraba de ella, sintió que perdía el equilibrio en la oscuridad, sintió la boca caliente y húmeda de Bud apretada contra la suya. Se libró de él con brusquedad, se encendieron los focos violeta, y un Bud con la cara a manchas se echó hacia atrás.

—Yo siempre lucho hasta el final —masculló mientras echaba mano de su vaso.

—¡Eh! ¡Que salga el pirado! —exclamó Len, impaciente, abandonando la

exploración.

A Peggy el corazón le dio un vuelco y creyó que iba a ponerse a gritar y a salir corriendo por la sala oscura y llena de humo, pero una mano de estudiante de segundo la ancló a la silla. Peggy levantó la cara pálida y aterrorizada, y miró al escenario. Un hombre salió y se puso frente al micrófono que había bajado desde el techo hasta su altura como una araña metálica.

—Señoras y señores, un momento de atención, por favor —empezó el tipo de voz sepulcral y cara lúgubre, cuyos ojos se movían sobre el público como las alas de la muerte.

Peggy tenía la respiración agitada. Notaba como los rayos ardientes de ciénaga verde le atravesaban el pecho y el estómago, y parpadeó mareada. «Madre». La palabra se le escapó de las células de la mente y emergió temblorosa y libre a la consciencia. «Madre, llévame a casa».

—Como saben, el espectáculo que están a punto de ver no es apto para personas sensibles y delicadas ni para pobres de espíritu —El tipo se recreaba en las palabras como una vaca en un lodazal—. Tengo la obligación de advertirles: aquellos de ustedes que no tengan la entereza necesaria, márchense ahora. No nos responsabilizamos de nada. Ni siquiera podemos permitirnos un médico.

Nadie se rió.

—Corta el rollo y lárgate del escenario —gruñó Len para sí.

Peggy se retorció los dedos.

—Como saben —prosiguió el presentador, con la voz impregnada de sonoridad estudiada—, no se trata de una exhibición meramente sensacionalista, sino de una genuina demostración científica.

—¡El piro del pirado! —Bud y Len soltaron la frase como la reacción inconsciente de dos perros que salivan al oír un timbre.

Era una réplica tan automática y tan establecida como las respuestas a las preguntas del catecismo. Un vacío en la ley de la posguerra permitía los espectáculos de P. R. D. si los precedía un discurso de presentación que los calificara de exhibición científica. Sin embargo, esa laguna había propiciado tantos abusos de la ley que a casi nadie le importaba ya. El débil Gobierno podía darse por satisfecho si era capaz de evitar alguna infracción de la ley.

Cuando los gritos y los abucheos se perdieron entre el humo, el tipo levantó los brazos como un párroco paciente dando la bendición y reanudó el discurso.

Peggy observó los movimientos estudiados de sus labios. El corazón se le expandía y se le contraía con latidos lentos e irregulares. Un frío glacial le subía por las piernas y le trepaba hacia los hilos de fuego del Abdomen. Manoseó el vaso helado y húmedo. «Quiero irme. Llévame a casa, por Favor». Las palabras, carentes de voluntad, regresaron a su cabeza.

—Señoras y señores —concluyó el tipo—, prepárense. —El sonido hueco y vibrante de un gong invadió la sala, y el hombre dijo pausadamente, con voz más

grave—: ¡El programa de R.D.!

Hombre y micrófono desaparecieron. Empezó la música, un quejido de metales con sordina. Las «tinieblas palpables», tal como las concebía un músico de *jazz*, al ritmo creciente de un tambor sordo. La melancolía de un saxofón, la amenaza de un trombón, el lamento contenido de una trompeta rasgaron el aire con su estridencia.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Peggy, que de inmediato bajó la vista a la blancura opaca de la mesa. El humo y la oscuridad, el calor y la disonancia la envolvían.

Sin querer, obedeciendo a un impulso provocado por el temor, cogió el vaso y bebió. El líquido helado le recorrió la garganta y le envió un nuevo escalofrío por todo el cuerpo. Más fogonazos de alcohol le brotaron en las venas y se le entumecieron las sienes. Por la boca abierta exhaló un suspiro forzado y tembloroso.

En la sala empezaron a oírse murmullos impacientes, que sonaban como un sauce mecido por el viento. Peggy no se atrevía a dirigir la vista al escenario silencioso y violeta. Siguió con los ojos clavados en los destellos cambiantes de su vaso, notando como se le encogía el estómago, sintiendo los latidos sordos de su corazón. «Quiero irme. Por favor, vámonos».

La música alcanzó un clímax estridente y disonante, en el que los metales forcejeaban en vano por conseguir la unidad.

Una mano acarició a Peggy en la pierna; era la de Popeye el Marino.

—Olivita, eres mi niña bonita —murmuró con voz de gallina pepitosa.

Peggy apenas lo oyó ni notó la caricia. Como un autómatas levantó el vaso frío y húmedo, y volvió a sentir el frescor en la garganta y la red de llamaradas por el cuerpo.

¡Ras!

El telón se abrió con tanto ímpetu que casi dejó caer el vaso. Lo soltó en la mesa de un golpe, y el agua cenagosa rebasó el borde y le mojó la mano. La música estalló en una metralla de sonidos hirientes. Peggy dio un respingo. Se retorció las manos sobre el mantel, blancas sobre blanco, mientras las implacables garras de la curiosidad la obligaban a volver los ojos hacia el escenario.

La música se retiró sobre una estela espumosa de redobles de tambor.

El antro se convirtió en una cripta donde todos contenían las palabras y la respiración.

En la luz violeta del escenario flotaban telarañas de humo.

No se oía nada en absoluto, salvo el redoble amortiguado del tambor.

Peggy estaba fundida con la silla. El cuerpo que le rodeaba el corazón desbocado se le convirtió en piedra cuando, a través de la neblina ondulante de humo y alcohol, miró horrorizada al escenario.

Había sido una mujer.

Tenía el pelo negro, una maraña de ébano que enmarcaba la máscara de sebo que era la cara, y los ojos cerrados, perfilados de negro; los párpados eran blancos y finos

como el marfil. La boca, apenas una línea sin labios, parecía una herida coagulada de arma blanca. El cuello, los hombros y los brazos, muy blancos, permanecían estáticos. Al final de los puños del vestido verde transparente que llevaba le colgaban unas manos de alabastro.

Los focos bañaban la estatua de mármol con destellos violetas.

Peggy, aún paralizada y con las manos en el regazo enlazadas en un nudo exangüe, observó aquellas facciones inertes. El ritmo de los tambores que invadía el aire le llenaba el cuerpo y le alteraba los latidos del corazón.

—Amo a mi esposa, pero ¡ay, tú!, ese cadáver... —oyó murmurar a Len detrás de ella, en el vacío negro, y las consiguientes risitas ahogadas de Bud y Barbara. Pero ella seguía invadida por el frío creciente, como una marea muda y amenazadora.

Alguien carraspeó nervioso en la niebla oscura y un murmullo de alivio recorrió el público.

Ningún movimiento en el escenario, ningún sonido, nada más allá de la perezosa cadencia del tambor, que martilleaba el silencio como si llamaran a una puerta muy lejana. El destilado corría por las venas obstruidas por coágulos de aquella cosa pálida y rígida, una víctima anónima de la plaga.

Los redobles del tambor se aceleraron como el pulso de un cuerpo presa del pánico. Peggy sintió que la engullía el frío glacial. Un nudo le inmovilizaba la garganta y respiraba entrecortadamente con la boca abierta.

El párpado del pirado tembló.

Un silencio tenso, negro y repentino se apoderó de la sala. A Peggy se le corto la respiración cuando vio a aquella cosa abrir los ojos. Un crujido resonó en el silencio y ella se apretó contra el respaldo de forma inconsciente. Abrió los ojos como platos, sin parpadear, absorbiendo la visión de la cosa que había sido una mujer.

La música irrumpió de nuevo, un quejido con voz metálica que rasgó la oscuridad, como un animal de cuernos fundidos que maullara su locura en un callejón a medianoche.

De pronto, al pirado se le contrajeron los tendones del brazo derecho y sufrió un espasmo. Con idéntico movimiento, el brazo izquierdo salió despedido hacia delante, cayó inerte y le golpeó el muslo. El brazo derecho salió disparado, luego el izquierdo, el derecho, el izquierdo, el derecho, el izquierdo, el derecho, cual marioneta manejada por manos inexpertas.

La música siguió ese ritmo. Las escobillas arañaban el tambor al compás de las convulsiones de los músculos del pirado. Peggy se apretó aún más contra la silla. Tenía el cuerpo insensible y helado, y la iluminación mostraba su cara, al borde del escenario, como una máscara blanca y atónita.

Entonces, el pirado movió el pie derecho. Lo levantó, rígido, cuando el destilado le contrajo los músculos de la pierna. Una segunda contracción y después una tercera le provocaron una sacudida; la pierna izquierda dio una patada, víctima de un espasmo violento, y el cuerpo de la mujer se abalanzó hacia delante, tieso, pegándose

a la seda transparente y convirtiéndose en un bulto de luces y sombras.

Peggy oyó el siseo aspirado de Bud y Len, con los dientes apretados, y una ola de náusea le salpicó de bilis las paredes del estómago. Ante sus ojos, el escenario se onduló de súbito con un brillo acuoso y le pareció que el pirado convulso se dirigía directamente hacia ella.

Jadeando, mareada y horrorizada, se apretó contra la silla, incapaz de apartar los ojos de aquella cara, que había empezado a crispase.

Vio como la boca se le convertía en una cavidad profunda y luego en una cicatriz retorcida que se abría en forma de herida. Vio como arrugaba la nariz, como se le contraían las mejillas bajo la piel de marfil, como le aparecían y le desaparecían arrugas en la frente violácea. Vio como guiñaba un ojo monstruoso y oyó el jadeo de la risa sobresaltada en la sala.

Mientras la música estallaba en un acceso de notas estridentes, los brazos y las piernas de la mujer seguían sufriendo espasmos que la arrojaban de un lado a otro del escenario violeta como una muñeca de trapo de tamaño natural a la que hubieran infundido vida espástica.

Era una pesadilla de la que no podía despertar. Incapaz de dominar el miedo, Peggy se estremeció mientras observaba los brincos y contorsiones de la del pirado. La sangre de la mano se le heló; la vida había abandonado todo su cuerpo, excepto el corazón, que latía vacilante. Con dos esferas de hielo por ojos, miraba a la mujer de piel blanca y flácida que se sacudía bajo la seda.

Entonces el espectáculo tomó derroteros distintos.

Hasta aquel momento, las convulsiones habían constreñido al pirado a poca distancia de la tabla de color ámbar que constituía el fondo de su danza paroxística. Pero el arrebató errático lo llevó hasta la barandilla que bordeaba el escenario.

Peggy oyó el golpe sordo y el crujido de la madera cuando el pirado chocó con la barandilla. Se encogió en un ovillo tembloroso, pero siguió con los ojos fijos en el rostro salpicado de violeta y deformado por las incesantes contracciones.

El pirado se echó hacia atrás y Peggy vio y oyó como se daba palmadas en los muslos cubiertos de seda con las manos leprosas a ritmo caprichoso.

Volvió a lanzarse hacia delante como una marioneta demente y se oyó el golpe sordo y repugnante de su estómago al estrellarse contra la barandilla. Se le abrió la boca negra, se le cerró de golpe. Entonces giró sobre sí mismo y volvió a estamparse contra la barandilla, casi encima de la mesa de Peggy.

Peggy no podía respirar. Estaba clavada a la silla con la boca abierta, los labios temblando y las sienes palpitándole con fuerza mientras contemplaba cómo el pirado daba otra vuelta con los brazos extendidos como dos látigos blancos.

El pirado se arrojó por tercera vez a la barandilla y se dobló por la cintura. La cara blanca y escabrosa manchada de lavanda quedó colgando sobre Peggy, y los ojos negros se abrieron clavándole una mirada espeluznante.

Peggy sintió que el suelo se movía bajo sus pies. La cara lívida se desvaneció en

la oscuridad y reapareció en un estallido de luz. El sonido huyó con pies de metal y se le zambulló de nuevo en el cerebro embadurnándolo con discordancias.

El pirado siguió arrojándose hacia delante, contra la barandilla, como si quisiera saltarla. Con cada movimiento espasmódico, la seda verde y diáfana que lo envolvía ondeaba como una película, y con cada colisión brutal se le ceñía a la carne hinchada. Muda y rígida, Peggy observó las fieras acometidas del pirado a la barandilla, incapaz de arrancar la vista de las salvajes contorsiones de su rostro, enmarcado por la maraña de pelo negro en movimiento.

Lo que ocurrió entonces se produjo en escasos y borrosos segundos. El tipo de cara lúgubre cruzó corriendo el escenario bañado en luz violeta. La cosa que había sido una mujer volvió a chocar contra la barandilla, se retorció, se dobló por encima de ella, y un espasmo le levantó las piernas contracturadas.

Cayó con el cuerpo engarabitado.

Peggy retrocedió en la silla. En la garganta empezó a nacerle un grito, que se tragó de golpe cuando el pirado, con las extremidades como látigos blancos y desnudos, aterrizó con estrépito encima de la mesa.

Barbara chilló, el público contuvo la respiración y Peggy vio por el rabillo del ojo que Bud saltaba de la silla sin dar crédito a sus ojos.

El pirado se revolvió en la mesa como un pez en el anzuelo. La música cesó como pulverizada y un murmullo de inquietud recorrió el local. Unas olas negras sumergieron el cerebro de Peggy en la oscuridad.

Entonces, el pirado golpeó a Peggy en la boca con la mano fría y blanca, y clavó los ojos negros en ella bajo la luz violeta. Peggy se dejó arrastrar por la oscuridad.

La sala cargada de aire viciado y horror se desplomó de lado.

Consciencia. Titilaba en su cerebro como la luz de una vela a través de una gasa. Un murmullo, una sombra borrosa ante los ojos.

El aliento se le derramaba de la boca como almíbar.

—Toma, Peg.

Oyó la voz de Bud y sintió el metal frío de la boca de una petaca apretado contra los labios. Tragó y se estremeció ligeramente cuando las gotas de fuego le pasaron por la garganta y le llegaron al estómago, luego tosió y apartó la petaca con dedos insensibles.

Detrás, un movimiento suave.

—Eh, ha vuelto en sí —dijo Len—. Olivita bonita ha vuelto.

—¿Cómo estás? —le preguntó Barbara.

Bien, estaba bien. Su corazón era como un tambor colgado de cuerdas de piano y golpeado muy muy despacio. Tenía las manos y los pies entumecidos, no por el frío, sino por un sopor tórrido. Sus pensamientos circulaban serenos, aletargados, y su cerebro era como una máquina indolente que descansaba en un lecho de lana mullida.

Estaba bien.

Peggy contempló la noche con ojos soñolientos. Se encontraban en la cima de una

colina, en el descapotable, agazapado en un saliente sobre un precipicio. Abajo dormía el campo, semejante a una alfombra de luces y sombras bajo el resplandor albino de la luna.

Un brazo se coló como una serpiente por detrás de su cintura.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Peggy con voz lánguida.

—A unos kilómetros de la universidad —respondió Bud—. ¿Cómo estás, preciosa?

Peggy se despezó deleitándose al sentir que se le desentumecían los músculos. Se dejó caer con suavidad sobre el brazo de Bud.

—De maravilla —musitó, sonriendo mareada.

Se rascó el bultito que le picaba en el hombro izquierdo. Su piel desprendía calidez; la noche brillaba como el azabache. Un recuerdo parecía revolotear en su cabeza, pero se escondía detrás de gruesos pliegues de bienestar.

—Chica, te has quedado sin sentido —dijo Bud, riendo.

—¡Pero del todo! —añadieron Len y Barbara—. ¡Olivia se ha caído redonda!

—¿Sin sentido? —Nadie oyó su murmullo despreocupado.

La petaca circuló y Peggy volvió a beber. Los agujijones de fuego del alcohol le destensaron aún más los músculos.

—¡Tíos, nunca había visto una danza pirada como esa! —exclamó Len. Un breve escalofrío le recorrió la espalda, pero enseguida regresó la calidez.

—Ah —dijo Peggy—, es verdad. Se me había olvidado. —Sonrió.

—¡Eso es lo que se dice un final apoteósico! —dijo Len, arrastrando consigo a su chica al fondo del asiento.

—Ay, mi Lenny —susurró Barbara.

—P. R. D. —murmuró Bud, hundiendo la nariz en el pelo de Peggy—. Qué pasada. —Alargó perezoso el brazo y encendió la radio.

P.R.D. (Programa de Resurrección de Difuntos). Esta anomalía fisiológica se descubrió durante la guerra, cuando, tras ciertos ataques con gas bacteriológico, encontraron a un gran número de tropas muertas de pie, llevando a cabo los giros espasmódicos que más tarde se conocieron como la danza pirada (P.R.D.). Posteriormente se destiló la toxina responsable y en la actualidad se usa en experimentos perfectamente controlados y realizados solo bajo estricta supervisión y rigurosa autorización legal.

La música los envolvió y les acarició el corazón con dedos melancólicos. Peggy se apoyó en su chico y no sintió la necesidad de poner freno a sus manos curiosas. En algún lugar profundo, bajo las capas coaguladas de su mente, algo trataba de escapar, algo que revoloteaba desesperadamente como una polilla atrapada en cera que se enfría, que luchaba con todas sus fuerzas y solo conseguía debilitarse conforme se endurecía la crisálida.

Cuatro suaves voces cantaron en la noche.

Si el mundo sigue aquí mañana,

estaré esperándote, mi amor.
Si las estrellas siguen allí mañana,
les pediré deseos para los dos.

Cuatro jóvenes voces que cantan; apenas un murmullo en la inmensidad. Cuatro cuerpos, dos y dos, flojos, cálidos, drogados. Una canción, una aceptación, una asunción sin palabras.

Estrella, estrellita,
danos una noche más...

Siguió sonando la canción cuando dejaron de cantar.

Una muchacha suspiró.

—Qué romántico, ¿verdad? —dijo Olivia.

¿NO HAY OTRO EN LA CASA COMO TÚ?

Chad Oliver

La nave descendía a través de la inmensa noche, a lo largo de un mar sin agua, donde las únicas islas eran las estrellas, y los vientos tibios nunca soplaban.

La nave fue perdiendo velocidad y acercándose hacia la distante tierra que marcaba el final de su viaje. Miró hacia abajo y vio un mundo a sus pies.

Primero sólo oscuridad.

Luego luces.

Luego una nueva clase de oscuridad.

La nave hizo como si quisiera elevarse nuevamente pero era demasiado tarde. Chocó delicadamente contra la ladera de una colina y allí se quedó rígida.

Era el final del viaje.

El único ocupante de la nave, atado con aparatos automáticos de seguridad, sufrió una convulsión pero quedó ileso. Habló rápidamente en una lengua extraña ante un micrófono. Se limpió la frente con un pañuelo y salió de la nave con las manos temblorosas. La noche era fría y oscura.

Si pudiera alejarse de allí antes de que le descubrieran se simplificarían mucho las cosas. Miró a su alrededor. Vio que se hallaba a un cuarto de milla de un bosquecillo. Habían luces diseminadas a su alrededor y una recta de focos que alumbraban una carretera. Había una casa sobre la colina a menos de cincuenta yardas. Tendría que darse prisa...

No. Ya era demasiado tarde.

Una luz se movió a su alrededor hasta que dio con él. Le habían visto. Se llevó la mano al bolsillo, lleno de nerviosismo.

Una voz dijo:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se encuentra bien?

Trató de recordar sus instrucciones. Tenía que tener mucho cuidado. Todo dependía de los primeros momentos.

—Sí, muy bien —dijo cegado por la luz—. Ha habido un accidente.

La luz se encaminó hacia la nave que había quedado presa entre la maleza.

—¿Qué es eso? Nunca había visto un avión parecido.

«Ten mucho cuidado».

—Es un modelo experimental.

—¿Es usted piloto de pruebas?

—No.

—¿Pertenece a las Fuerzas Aéreas?

—No.

—Creo que será mejor que entremos. Aquí hace mucho frío.

Él dudó.

—Tendré que dar parte de esto. ¿Posee tarjeta de identificación?

Intentó cambiar de tema de conversación.

—¿Dónde estoy? He perdido totalmente la orientación.

El hombre señaló hacia abajo con la linterna.

—Eso es Beverly Glen. Y a la derecha la carretera del Bel-Air.

—¿Y qué ciudad es ésta?

—Pues sí que está usted confundido. Esto es Los Angeles. Vamos adentro.

«Los Angeles».

Siguió al hombre por el sendero bordeado de árboles y llegaron a un pequeño bungalow. Entró en la casa iluminada. Un refrigerador ronroneaba en una habitación al lado de la cocina.

—Déjeme que le mire —dijo el hombre de la linterna.

El hombre de la nave se mantuvo rígido sin dar muestras de inquietud. Era bastante joven, alto y de pelo rubio. Iba vestido con ropa *sport*.

—Tiene aspecto de estar muy bien —dijo el hombre todavía con la linterna en la mano—. Mi nombre es Frank Evans.

—Yo me llamo Keith.

—¿Keith... qué más?

—Keith simplemente.

Una mujer joven salió de la salita de estar. Iba vestida con pantalones muy estrechos y una camisa roja. Era muy atractiva.

—Mi esposa Babs —le presentó Frank Evans—. Este es Keith Alguien. Iba en la nave que cayó sobre la colina.

—Creí que era el desierto de Arizona —dijo Keith tratando de sonreír y refiriéndose a los pantalones y la camisa de la mujer.

—Siento mucho decirle que se equivoca, señor —dijo Babs.

—Eso creo, y así lo espero —respondió Keith muy serio.

—¿Dijo que no llevaba identificación, verdad? —repitió Frank.

—No. No es necesaria.

—Bueno. Tendré que dar parte. Compréndalo. Nave y tripulante sin identificación. No tiene por qué preocuparse si está en regla. Telefona a los polis, Babs.

La mujer se fue hacia la sala de estar. Se quedaron solos.

—¿Una cerveza? —le preguntó Frank.

«Es demasiado tarde. Habrá que seguir el juego».

—Gracias.

—Entre y acomódese mientras esperamos —propuso Frank—. Tuvo suerte de salirse con bien de está.

Siguió a Frank hasta la sala de estar que estaba pintada de verde y se sentó sobre un cojín.

Encendió un cigarrillo y se dio cuenta de que sus manos temblaban.

—¿Le gusta el «bop»? —dijo Frank de pronto.

—¿El «bop»?

—Le gustará —intervino Babs, volviendo del teléfono— Frank entiende de música.

—Le ayudará a relajarse —dijo Frank—. Alta fidelidad en todo. Trabajo en una tienda de discos en Westwood. ¿Le gusta Dizzy? Al piano Theolonius Monk. Y hay un sólo de bongo también.

El ruido cubrió la habitación.

El hombre se dio cuenta de que Keith bebía a sorbos la cerveza con nerviosismo y casi se alegró de que llegara la policía diez minutos más tarde. Los policías contemplaron la nave, emitieron un silbido y prometieron enviar una patrulla al día siguiente por la mañana.

—Creo que será mejor que venga con nosotros —dijo uno de ellos, al fin—. Ha debido sufrir una sacudida terrible.

—Me encuentro bien —dijo Keith.

—Sería mejor sin embargo que viniera con nosotros. Para cubrir las formalidades, simplemente.

«No te metas en líos. No te antagonices con nadie».

—Creo que tienen razón. Gracias por la cerveza, Frank.

—No tiene importancia. Le deseo que todo le salga bien.

Los policías le condujeron por una carretera estrecha que conducía a Bel-Air Road, en un coche de policía negro con una luz roja encima intermitente.

A lo lejos se veía la ciudad de Los Angeles con un billón de luces que parpadeaban.

—Creo que tendría que ir a ver al Presidente.

—Sí —dijo uno de los guardias con amabilidad—. Vamos, veremos si todavía están abiertas las puertas de la Casa Blanca.

El coche cruzaba la carretera y se abría camino en la noche. Hacía frío y humedad.

Al día siguiente los periódicos daban un relato que rayaba en la ironía, y que más que nada era jocoso:

EL CAFE SE DERRAMA EN BEL-AIR AL CAER UN PLATILLO.

UN PROMINENTE MARCIANO RINDE VISITA.

UN INVASOR DEL ESPACIO NO PUEDE CON LA NIEBLA.

UNA PATRULLA INTERPLANETARIA CONFUNDE LAS SEÑALES.

Sólo uno habló con conocimiento de causa y expresó las cosas correctamente.

>UNA NAVE FANTASTICA CAE EN BEL AIR; LOS CIENTIFICOS INVESTIGAN EL HECHO.

Todos los periódicos llevaban fotos de la nave caída, que en nada se parecía a un platillo, a un avión u otra cosa cualquiera conocida. Todos llevaban fotografías del hombre llamado Keith, así como la impresión de todos los periodistas, al menos así lo publicaban. No tenía más de veinticinco años de edad, decían, a juzgar por los jóvenes de esa edad y su aspecto de la Tierra, y era muy difícil juzgarle como una amenaza. Al segundo día de aterrizaje forzoso, tenían dos cosas más de información concreta que dar a sus lectores. La primera era que los investigadores estaban dedicados a un análisis minucioso de la nave. La segunda, que Keith estaba escribiendo en caracteres extrañísimos, todas las conversaciones que habían llegado a sus oídos. Aquellos días, naturalmente, las noticias venían ya en las páginas interiores o posteriores del periódico.

En cierto modo lo más interesante de todo era lo que los periódicos no decían. Todas las conversaciones y noticias que daban los periódicos eran conspicuas y carentes de detalles atrayentes. Ninguno de ellos intentaba explicar la aparición del llamado platillo volante como una propaganda de una nueva película de George Pal. Ninguno de ellos se salía de las explicaciones de que Keith tendría algo que ver con la Sociedad de Rockets Pacific, o que estaría en relación con la Sociedad de Ciencias y Fantasía de Los Angeles, o con los Rosicrucians, o con las elecciones de noviembre, o con el fin del mundo.

Y Keith no concedía ninguna información. Él continuó haciendo todo lo posible por ser agradable y siguió mostrándose cauteloso, recopilando notas de lo que la gente decía de él. Al tercer día ya no hubo más comentarios. En lo que respecta a los lectores, Keith no fue más que el medio de llenar algunos ratos de ocio, viéndose pronto desplazado de la atención que le habían dedicado, a causa de dos divertidos divorcios que acapararon la atención de los titulares.

Lo que los periódicos sabían pero que no podían imprimir era que Keith había sido trasladado con todo sigilo a Washington.

Eventualmente y después de pasar por el Federal Bureau of Investigation, por el Central Intelligence Agency, y por el Comité de Actividades no-americanas, Keith llegó al Departamento de Estado.

Él continuaba tomando notas, preguntando de vez en cuando a alguien y pidiendo que repitieran lo que dijeran antes, una palabra o una frase que no hubiera captado convenientemente. Su escritura tenía rasgos que recordaban algunos signos aztecas y en ocasiones se asemejaban a los del Alfabeto Fonético Internacional.

John William Walls, del Departamento de Estado, era un hombre con verdadero aspecto de diplomático. Era delgado en extremo, vestido impecablemente, con el pelo perfectamente peinado y unos mechones blancos en las sienes. Tamborileaba con sus uñas manicuradas sobre brillante mesa.

—Su caso nos liga a problemas extremadamente serios para nosotros, Keith —dijo sonriendo.

Keith garabateó en su libro de notas.

—No fue mi intención causarles el más mínimo conflicto —respondió. Llevaba el pelo muy corto y tenía ojeras. Encendió otro cigarrillo.

—Claro que no fue esa su intención, Keith. Pero lo desagradable de todo esto es que debemos someternos a los hechos, rendirnos a la evidencia y no guiarnos por las intenciones. Usted ha puesto al Gobierno en una situación bastante delicada.

—Lo siento. Ya he explicado mi deseo de querer colaborar completamente con las autoridades de aquí.

John William se echó hacia atrás en su sillón y explicó:

—Su reticencia desde luego nos da poca elección en este asunto —dijo—. Me gustaría ser totalmente franco con usted. Su nave es indiscutiblemente de origen extraterrenal. Usted ha llegado a través del espacio, desde un mundo desconocido y ha aterrizado en nuestro territorio sin permiso oficial. ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—Me parece que sí —dijo Keith.

—Claro —Walls metió un cigarrillo en una boquilla de marfil y lo encendió con un espléndido mechero. Veamos los hechos. Usted ha cruzado el espacio entre dos mundos en una nave de confección muy avanzada. No hace falta decir que eso significa que usted pertenece a una civilización más poderosa que la nuestra. En fin, y puesto que quiero ser noble, debo confesar que ustedes son más fuertes y poderosos que nosotros. ¿Está de acuerdo en esto?

—Eso creo.

—Sí. Exactamente. Nos gustaría creer que usted ha llegado hasta nosotros con intenciones pacíficas. Nos gustaría creer que usted ha venido para facilitar un comercio pacífico entre nuestras dos civilizaciones. Nosotros estamos deseosos de poder hacer algunas concesiones. Sin embargo, no nos gusta pensar que sus intenciones para con nosotros puedan ser hostiles. Tendríamos que tomar muchas medidas previsivas si tuviéramos motivos para dudar de su buena voluntad. Creo que me explico con claridad, Keith. Queremos ser sus amigos. La amenaza que hablara no había escapado a Keith. Se mantuvo unos segundos en silencio, con la colilla del cigarrillo ardiendo en su boquilla.

—No tengo intenciones hostiles. Le he dicho eso, igual que se lo he dicho a un millón de senadores y policías. Tienen que creer en mi palabra.

La boca refinada de *Mr. Walls* hizo una mueca para terminar en una sonrisa.

—Ya somos mayores Keith. Tenemos cosas muy importantes en qué pensar. Usted ha llegado a formar parte de la situación política de este planeta. Se impone que establezcamos una relación entre las dos civilizaciones con una firma fundacional. ¿Me comprende?

—Bueno...

—Desde luego no hay otra alternativa. —John William Walls cruzó una pierna sobre otra, teniendo mucho cuidado de no estropear la raya de los pantalones—. Creo que estará de acuerdo en que le hemos dedicado todas las atenciones. Ya ha llegado pues el momento de que a cambio nos demuestre su cortesía y buena voluntad. Ya le hemos indicado el modo de proceder y nuestros hombres están deseosos de concederle toda la asistencia que necesite. Espero que no nos defraudará.

Keith escribió aprisa en su bloc de notas. Recordaba sus instrucciones.

—Ya le dije que no quería hacerles ningún daño. Haremos lo que ustedes digan.

El rostro de *Mr.* Walls se iluminó de satisfacción.

—Sabía que seríamos amigos, Keith. Me siento orgulloso de haber formado parte en el nacimiento de una nueva era.

Keith se disponía a decir algo, pero cambió de idea. Nervioso encendió otro cigarrillo.

Al cabo de una semana las fotografías de Keith estrechando la mano del Presidente apareció en todos los periódicos del mundo. El Presidente aparecía extraordinariamente serio y Keith aparecía muy joven y un tanto turbado. El Gobierno había jugado su partida con considerable inteligencia. Keith fue custodiado mientras crecía la tensión y por todo el mundo la gente se hacía sus cábalas, se preocupaba y esperaba.

Este conciso editorial apareció en el *New York Times*:

”Un joven ha llegado desde no se sabe dónde a nuestro planeta. Ha venido en una nave espacial de construcción tan avanzada que nuestras naves aéreas y las más perfeccionadas parecen juguetes infantiles. Parece razonable que la civilización que ha diseñado y construido una nave tal, habrá diseñado y construido otras.

El emisario que nos han enviado parece una persona tímida y más bien joven. Parece un ser bien intencionado aunque la evidencia deja mucho que desear.

Pero por su aspecto, que es idéntico al nuestro, no podemos sino preguntarnos por qué ese hombre ha sido elegido para tal tarea. No sabemos nada de su mundo. No sabemos nada de las gentes a quien representa. Es posible, como él afirma, que deseen ser nuestros amigos. Tal vez nos estén ofreciendo la mayor de las oportunidades que hayamos tenido nunca.

Recordamos a los indios que habitaron en nuestra tierra en otro tiempo. El primer hombre blanco que vieron no les asustó. Pensaron que aquellos hombres eran como un Dios y admiraron sus métodos y sus técnicas superiores los indios no sabían nada de los hombres blancos que tendrían que venir.

Hoy miramos a ese joven que ha llegado junto a nosotros. Le miramos, nos parecemos a él y admiramos la nave en que llegó. No le hacemos más que una pregunta:

¿Hay algo más en tu país como tú?

El editorial fue leído con admiración y pareció cierto que aportaría otro Premio Pulitzer al «*New York Times*».

A últimos de enero, Keith se dirigió a las Naciones Unidas. Había como es lógico un interés particular en su discurso y la televisión y la radio se sintieron atraídas.

Keith tomaba notas cuidadosamente de todos los discursos de introducción y parecía particularmente interesado en lo que tenían que decir los delegados. Su aspecto parecía fuerte y sólo demostraba prisa en cuanto hacía.

Se colocó bajo los potentes focos de las cámaras y se acercó a los micrófonos. Las manos le temblaban. Tuvo que aclararse la garganta con una tosecita nerviosa.

Una vez que hubo comenzado, su discurso fue impresionante.

—He venido a un Mundo Nuevo —comenzó en inglés y haciendo una pausa que le permitiera la traducción de sus palabras—. He venido a través del más inmenso de los mares. No he venido a la cabeza de una flotilla armada, sino solo e indefenso. He venido portador de paz, de amistad, para ofrecer la mano de bienvenida de una civilización a otra.

Hubo un aplauso espontáneo que salió de la asamblea de diplomáticos.

—Ya es hora, —continuó con gran confianza— de que este mundo ponga sus diferencias de lado y ocupe el lugar que le corresponde en la gran familia de los mundos. La guerra debe ser una cosa del pasado, de modo que podemos ir todos unidos por los caminos interminables del Destino. En todos los planetas de un millón de soles, no hay poder más fuerte que el de la camaradería y no hay otra aspiración que la de la armonía entre los hombres fuertes.

Más aplausos.

Habló durante más de una hora en el mismo estilo y los mismos términos y al fin concluyó:

—Sentíos orgullosos de vuestro gran mundo y conoced también la humildad. He venido para decir algo bueno de la raza humana y para entregar la antorcha de la confianza y la fe. Recordad mi visita en los años venideros y os ruego que me admitáis entre vuestros amigos como yo me considero el vuestro.

Todo el mundo parecía satisfecho.

Pasaron varios días antes de que hubiera algunos que reconsideraran y meditaran sobre el discurso que habían oído. ¿Qué era lo que en realidad había dicho Keith, aparte de unas vagas generalidades y un vago sentimiento acerca de la amistad?

La mayor parte de la gente, que no habían oído nunca aquella clase de discursos, continuaron considerándolo como una obra maestra.

Keith por su parte estaba inquieto y nervioso y se encerraba en sus habitaciones. Trabajaba casi con desesperada ansiedad en sus anotaciones, repasando hasta las frases más triviales una y otra vez. Rehusaba ver a nadie, argumentando que tenía que preparar un report urgente para su gobierno.

Cuando se fue para mayor consternación del servicio secreto, lo hizo sin que nadie se apercibiese de ello. La última persona en verle fue un vendedor de periódicos ambulante en el cruce de una calle. Aquel muchacho juró a los investigadores que Keith se había detenido ante su fardo de periódicos y que le

compró uno, murmurando para sí mismo algo que el muchacho creyó entender como:

—Dios mío, esto ya no lo aguanto más.

Así quedó todo.

Keith reapareció en el tercer piso de la Social Sciences Building of Western University en Los Angeles. Se había teñido el pelo de negro y caminando rápidamente por los pasillos del Museo Arqueológico se detuvo ante la puerta cerrada de una oficina. Un letrero blanco en la puerta llevaba escrito el nombre de: *Dr. Georges Alan Coles, Profesor de Lingüística*: Respiró profundamente y llamó:

—Entre.

Keith entró y cerró la puerta tras él.

—¿Es usted el Dr. Coles?

—Al menos esa es la dudosa distinción que se me ofrece —el hombre que había tras la mesa era muy delgado y llevaba unas gafas sin montura que casi estaban ocultas por la humareda de un negro cigarro—. ¿En qué puedo servirle?

Keith le cogió la palabra. Había intentado seguir las instrucciones recibidas al pie de la letra, pero había algo que era más fuerte que él. Había momentos en la vida de un hombre en que tenía que actuar por sí mismo.

—Doctor Coles me encuentro en un conflicto terrible.

Coles apartó un poco el cigarro y miró más detenidamente al hombre que tenía frente a él. Arqueó las cejas un poco y dijo:

—Usted se ha teñido el cabello, ¿no es cierto?

—No creí que fuese tan notorio.

—Keith, le he visto en los periódicos durante días hasta el punto de que me ha parecido una eternidad. No puedo decir que yo sea un Sherlock Holmes, pero en lo que más me ha favorecido la naturaleza ha sido en la memoria.

Keith se sentó:

—De todos modos se lo iba a decir, señor.

—Mire joven —Coles accionó con el cigarro en la mano—. Usted no puede quedarse aquí. Hay medio billón de personas que le están buscando y si el Board of Regents viniera por aquí y le hallaran...

Keith encendió un cigarrillo y se frotó la mano en los pantalones. Las ojeras que tenía bajo sus ojos estaban más pronunciadas que antes y necesitaba un buen afeitado:

—Señor, estoy desesperado. Vengo a usted para hablarle de hombre a hombre. Usted es mi última esperanza. ¿No querrá escucharme?

Coles masticó la punta de su cigarro. Se quitó las gafas y las limpió con un Kleenex.

—Cierre la puerta con llave —dijo al fin—. Le escucharé aunque me arrepienta de haberlo hecho mañana por la mañana.

Un rayo de esperanza se reflejó en el rostro de Keith. Se apresuró a cerrar la puerta de la oficina.

—Ponga las cartas sobre la mesa, joven. ¿Qué es lo que ocurre?

—Créame señor, esto es todo un lío de mil demonios.

Keith chupó con ansiedad en su cigarrillo y continuó:

—Mi gente vendrá pronto a buscarme —dijo—. Yo les envié un mensaje cuando tuve el accidente que me trajo aquí. Si ellos hubieran podido venir antes, todo esto no habría ocurrido.

—Eso es griego para mí, hijo. Yo hubiera deseado que tuviera más sentido común ahora del que demostró cuando habló en las Naciones Unidas.

Keith le interrumpió:

—Mire, no hay nada complicado en todo esto en realidad. Todavía no se ha percatado del asunto. Para comenzar tendrá que olvidar todas las ideas que se haya formado del presente.

—No me había formado ninguna —le aseguró Coles.

—Eso es lo primero. No hay tal civilización galáctica.

Coles se calló sin dejar de fumar.

Keith hablaba de prisa y con ganas de terminar:

—Aterricé en Los Angeles por accidente, eso ya lo sabía usted. Yo esperaba haber llegado al desierto de Arizona donde me hubiera visto y podía haber hecho mi trabajo en paz. Pero la suerte quiso que me alejara de aquel lugar y desde entonces he tenido desgracia. Tenía estrictas órdenes de lo que tenía que hacer si me descubrían los nativos, es decir los ciudadanos de la Tierra...

—Un segundo —interrumpió Coles—. Creo que dijo antes que no existía tal civilización galáctica.

—Hay una civilización allí, claro, si quiere llamarlo así —dijo Keith con impaciencia— pero no es esa clase de civilización que usted entiende. Hay cientos de miles de mundos deshabitados en esta galaxia solamente. ¿No comprende lo que eso significa en los términos de su propia conciencia?

—Bueno, yo tenía la noción en mi cerebro de que el problema de las comunicaciones sería duro. Debo admitir que no me preocupaba mucho su civilización. Ni siquiera me podía imaginar cómo funcionaría.

—Si no funciona. Hay cierto contacto entre nosotros, pero no mucho. No tenemos un gobierno uniforme. La guerra no es muy común sino es que la llevan a cabo los suicidas, de modo que cada uno se limita a ocuparse de sí mismo. La verdad es —y perdóneme Dr. Coles— que no me importa ni lo más mínimo lo que se refiera a la Tierra. La última vez que uno de nosotros la visitó y que yo recuerde era en 947 A.D., y creo que pasarán algunas centurias antes de que otra la vuelva a visitar.

—Uhhmm... —el Dr. Coles se preparó otro cigarro y se lo puso en la boca—. Creo que su discurso hablaba de una mano de amistad estrechando la nuestra a través del gran océano del espacio...

—Lo siento —intervino Keith—. Tenía que decir todo aquello pero no era mi intención.

—Me alegra oírlo, francamente. Me fastidiaba pensar que nuestros amigos de las

estrellas podrían ser tan aburridos.

—Todo cuanto hice fue mostrarme agradable —dijo Keith moviéndose en su silla y frotándose los ojos—. Las instrucciones que tenemos son muy explícitas en este punto: si te encuentras a bocajarro con una cultura primitiva, hazte el simpático y no te metas en conflictos. Si creen que eres un dios, sé un dios. Si creen que eres un fraile, sé un fraile. Ya sabe el proverbio... ¡donde fueres haz lo que vieres! Yo me limité a ser lo que esperaban que fuera y nada más. Eso es todo.

Coles sonrió.

—En cuanto descubriéramos que era un hombre del espacio, estaba acabado, ¿no?

—¡Exactamente! No solamente sería un hombre del espacio, sino que tenía que ser su hombre del espacio. No podrían pensar en otra cosa. Nunca me darían una oportunidad... se pondrían las cosas de tal manera, o sería yo un emisario de un pueblo supercivilizado y benevolente, o bien un monstruo que había venido para destruir la Tierra. ¿Qué hubiera podido hacer? No quería causar ningún perjuicio ni quería ir a la cárcel.

Coles encendió el cigarro.

—No he sabido llevar las cosas —dijo Keith lleno de nerviosismo—. Lo he echado todo a perder. Fue muy duro aprender inglés por medio de radios extranjeras —ya puede hacerse idea— y ahora todo se ha ido al suelo.

—Comencemos por el principio jovencito. ¿Quién demonios es usted? ¿Acaso un antropólogo procedente de las estrellas que está haciendo un estudio etnológico de la pobre y primitiva Tierra?

—No —Keith se puso en pie y paseó por la habitación—. Mencioné antes una visita previa hecha por un estudiante en 974, ¿no? Bueno, pues yo quise hacer lo mismo. Yo estoy estudiando el desarrollo de las vocales desde el inglés antiguo hasta el presente. Yo había predicho que había un cambio en las vocales largas que se habían convertido en formas de diptongo. Y me alegra decir que he podido confirmarlo, aunque no de un modo concluyente.

Coles se quitó el cigarro de la boca sorprendido:

—¿Entonces, es usted un lingüista?

Keith miró al suelo:

—Hubiera querido serlo. Seré sincero con usted, señor. Soy todavía un estudiante graduado. Estoy estudiando en lo que ustedes llaman una tesis. Vine para hacer un estudio sobre el terreno, pero mis anotaciones están todavía incompletas. Nunca volveré a tener la oportunidad de investigar.

El Dr. Coles se llevó las manos a la cabeza y se puso a reír. Era una risa enorme para un hombre tan pequeño. Se reía con tantas ganas y tan a gusto que las lágrimas empañaron sus gafas y se las tuvo que quitar. Hacía muchos años que no se reía tan a gusto.

—Ya veo que todo esto le divierte mucho, señor —dijo Keith— pero he venido a pedirle ayuda. Si lo que quiere es reírse de mí...

—Perdone Keith —dijo Coles al mismo tiempo que se sonaba las narices con estruendo—. Me estaba riendo de nosotros, no de usted.

Keith se sentó un tanto inquieto.

—¿Puede ayudarme? ¿Quiere ayudarme? Me avergüenza pedir, pero mi vida entera de trabajo depende de esto. Usted no se da cuenta.

Coles sonrió:

—Creo que no. Yo también fui un estudiante graduado una vez. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Tres días. Si me puede ayudar écheme una mano, una vez...

—Eso es fácil —Coles se puso en pie y se acercó a una sección de cajas metálicas que estaban alineadas en los muros—. Veamos, Keith. Aquí tenemos la «Lengua» de Bloomfield; aquí hay mucho de lo que le interesa. Empezaremos con esto. Y aún tengo algunos libros más en casa que nos vendrán muy bien.

Keith se pasó la mano por la frente y los ojos le brillaron de emoción.

Había aprendido muchas palabras en inglés, pero ninguna de ellas le parecía adecuada para expresar las gracias.

Tres noches más tarde, hacía un tiempo claro y tibio. Los dos hombres rodaban por Bel Air Road en el Chevrolet de Coles, apagaron las luces y aparcaron a un lado de la carretera donde no pudiera ser visto el coche.

En silencio descargaron un montón de libros y periódicos y se encaminaron hacia la casa donde vivía Frank Evans.

—Tendremos que arrastrarnos por la parte posterior de la casa —susurró Keith—, si pudiéramos atravesar ese claro, todo iría bien.

—No debería ser muy difícil —dijo Coles con un paquete debajo del brazo—. No creo que llegaran a oír una bomba de cobalto con el ruido que meten.

El aparato de alta fidelidad funcionaba a toda potencia, como siempre.

Pasaron sin ser vistos y llegaron debajo de los árboles. Anduvieron durante cincuenta yardas hasta que llegaron a ver las marcas de aterrizaje de la nave de Keith.

Coles miró su reloj.

—Todavía quedan cinco minutos —dijo.

Se sentaron sobre un montón de libros respirando pesadamente.

—Doctor Coles no sé cómo darle las gracias —dijo Keith tranquilamente.

—Ha sido un placer conocerle, Keith. No todos los profesores tienen la oportunidad de poder dirigir estudiantes que como tú vengan de tan lejos.

Keith se echó a reír:

—Bueno, si alguna vez alguno quiere saber cómo funciona este aparato que me trajo hasta aquí, quizá usted me pueda enviar un estudiante en su día.

—Entonces ya hará mucho tiempo que los dos habremos muerto.

De pronto, una gran esfera casi invisible por la noche, se posó en las laderas de la colina cerca de donde ellos se hallaban. Se abrió una puerta y ésta dio paso a una luz amarilla.

—Adiós, señor:

—Hasta siempre Keith. Te deseo mucha suerte.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

Keith metió el paquete de libros dentro de la esfera y silbó tras él. Sin ningún sonido la esfera se alzó de la Tierra hacia una nave que esperaba más arriba.

Coles se vio entre la oscuridad y el silencio, caminando por el sendero hacia la casa, hasta que halló la carretera asfaltada donde había dejado su coche. Se detuvo un momento conteniendo la respiración. Igual que Keith había hecho antes que él, miró hacia la gran ciudad que parpadeaba en la distancia. Luego volvió a mirar hacia arriba. Un ramillete de estrellas fulguraba en el cielo y ahora le parecía al doctor Coles que estaban mucho más cerca que nunca y más fulgurantes.

Sonrió ligeramente y se fue alejando de la colina en su coche para hundirse en la ciudad.

EL DEMONIO SOBRE SALVATION BLUFF

Jack Vance

Pocos minutos antes del mediodía, el sol dio un bandazo hacia el sur y se puso.

La hermana Mary se quitó el casco solar de su rubia cabeza y lo arrojó sobre el canapé, cosa que sorprendió y turbó a su marido, el hermano Raymond.

—Vamos, querida, calma —le dijo, tomándola por los hombros temblorosos—. Un estallido no nos servirá de nada.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la hermana Mary.

—Apenas salimos de casa, el sol desaparece... ¡Siempre ocurre lo mismo!

—Está bien..., pero debemos tener paciencia. Pronto aparecerá otro.

—¡Puede ser dentro de una hora! ¡O de diez horas! Y tenemos que trabajar.

El hermano Raymond se acercó a la ventana y apartó la almidonada cortina de encaje.

—Podríamos salir ahora y subir a la colina antes de la noche —dijo.

—¿La noche? ¿Y cómo le llamas a esto?

El hermano Raymond dijo con severidad:

—Quiero decir la noche según el reloj. La noche *de verdad*.

—El reloj... —La hermana Mary suspiró y se hundió en un sillón—. Si no fuera por el reloj, todos estaríamos locos.

El hermano Raymond miró hacia Salvation Bluff, donde se hallaba el gran reloj, ahora invisible. Mary se le acercó y ambos contemplaron la oscuridad. Ella susurró:

—Lo siento querido. Es que me trastorna.

Raymond le palmeó la espalda.

—No es nada fácil vivir en Glory.

Mary sacudió la cabeza con decisión.

—Debo controlarme y pensar en la colonia. Los pioneros no pueden tener debilidades.

Estaban muy juntos, confortándose mutuamente.

—¡Mira! —dijo Raymond—. ¡Un incendio, allá arriba, en Old Fleetville!

Contemplaron el lejano punto rojo, asombrados.

—Se suponía que debían descender todos a New Town —murmuró Mary—. A menos que se trate de alguna ceremonia... La sal que les dimos...

Raymond, sonriendo con amargura, expresó uno de los postulados fundamentales de la vida en Glory.

—No se puede saber qué harán los flits; son capaces de todo.

Mary respondió con una verdad aún más fundamental:

—Cualquier cosa puede hacer lo que se le antoje.

—Y los flits aún más... Ahora incluso se mueren sin nuestro consuelo.

—Hemos hecho todo lo posible. La culpa no es nuestra —dijo la hermana Mary, como si temiera que lo fuese.

—Nadie podría reprocharnos nada.

—Salvo el inspector... Los flits florecían cuando llegó la colonia.

—No les hemos molestado ni atacado, no hemos interferido con ellos en nada. La verdad es que nos hemos desvivido por ayudarles. ¿Y cómo nos lo agradecen? Derriban nuestras cercas, destruyen el canal, arrojan barro a la pintura fresca.

La hermana Mary dijo en voz baja:

—A veces odio a los flits... Odio a Glory..., a toda la colonia.

El hermano Raymond la atrajo hacia sí y le acarició el cabello rubio que llevaba recogido en un pulcro rodete.

—Te sentirás mejor cuando salga uno de los soles. ¿Vamos?

—Está muy oscuro. Glory ya es bastante peligroso de día.

Raymond apretó los labios y dirigió la vista al reloj.

—Es de día. El reloj dice que es de día. Ésa es la realidad, y a ella debemos atenernos. Es nuestro vínculo con la verdad y la cordura.

—Está bien. Vamos.

Raymond la besó en la mejilla.

—Eres valiente; un motivo de orgullo para la colonia.

Mary meneó la cabeza.

—No, querido. No soy mejor ni más valiente que los demás. Vinimos aquí a fundar hogares y a vivir en la verdad, y ya sabíamos que sería duro. Es mucho lo que depende de todos; no hay lugar para la debilidad.

Raymond volvió a besarla, aunque ella, riendo, protestó y apartó el rostro.

—Sigo creyendo que eres valiente..., y muy dulce.

—Trae una luz —dijo ella—. O varias. No se puede saber cuándo se acabará esta oscuridad inaguantable.

Salieron al camino, a pie, porque en la colonia los vehículos particulares a motor eran considerados un mal social. Al frente, oculta en la oscuridad, se alzaba la Grande Montagne, la reserva de los flits. Podían sentir la presencia de sus ásperos precipicios, así como los ordenados campos, cercos y caminos de la colonia. Cruzaron el canal que conducía las aguas del ondulante río a una red de acequias de riego. Raymond arrojó un haz de luz al lecho de cemento; ambos miraron, en un silencio más elocuente que una maldición.

—¡Está seco! Han vuelto a romper los muros.

—¿Por qué? —dijo Mary—. ¿Por qué? ¡Si no usan el agua del río!

Raymond se encogió de hombros.

—Supongo que, sencillamente, los canales no les gustan. Bueno —suspiró—. Sólo podemos hacer lo que sabemos.

El camino ascendía en zigzag. Pasaron al lado del casco, cubierto de líquenes, de una nave espacial que había chocado contra el suelo de Glory quinientos años antes.

—Parece imposible —dijo Mary—. Los flits eran antes hombres y mujeres como nosotros...

—No como nosotros, querida —corrigió con dulzura Raymond.

La hermana Mary se estremeció.

—Los flits y sus cabras... A veces es difícil distinguirlos.

Un instante después, Raymond caía en un pozo de barro, lo bastante profundo para ser peligroso. Debatándose y jadeando, y gracias a la ayuda desesperada de Mary, logró regresar a tierra firme. Furioso, mojado, helado, se quedó temblando.

—¡Esto no estaba aquí ayer! —Limpió de lodo su cara y sus ropas—. Son estas miserias las que hacen la vida tan dura.

—Saldremos adelante, querido —dijo Mary con fiereza—. Lucharemos y venceremos. ¡De un modo u otro, pondremos orden en Glory!

Mientras estudiaban si continuar o no, Robundus apareció sobre el horizonte, al noroeste, y pudieron apreciar la situación. Las polainas caqui del hermano Raymond, y por supuesto su camisa blanca, se hallaban inmundas. La ropa de Mary no estaba mucho más limpia.

Raymond dijo, abatido:

—Tendré que ir a cambiarme al *bungaló*.

—Raymond..., ¿tenemos tiempo?

—No puedo presentarme así ante los flits.

—Ni se darán cuenta.

—¿Cómo pueden no darse cuenta?

—No hay tiempo —dijo Mary con decisión—. El inspector vendrá en cualquier momento, y los flits están muriendo como moscas. Dirán que es por culpa nuestra y eso puede ser el fin de la Colonia del Evangelio. —Hizo una pausa y agregó—: Y no porque no estemos decididos a ayudar a los flits como sea.

—Sin embargo, pienso que les causaría mejor impresión con la ropa limpia —insistió, dubitativo, Raymond.

—Bah, para lo que les importa la ropa limpia, con la forma ridícula en que corretean siempre...

—Supongo que tienes razón.

Un pequeño sol amarillo verdoso apareció por el sudoeste.

—Aquí llega Urban... Cuando no es noche cerrada tenemos tres o cuatro soles a la vez.

—El sol hace crecer las cosechas —le recordó dulcemente Mary.

Ascendieron durante media hora, se detuvieron para recobrar el aliento y miraron en dirección al valle, a la colonia que tanto amaban. Setenta y dos mil almas en una ajedrezada llanura verde con hileras de casas blancas, pintadas y limpias, con cortinas núblicas detrás de los cristales, césped, jardines de tulipanes y huertos de coles, berzas y calabazas.

Raymond miró al cielo.

—Va a llover.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mary.

—¿No recuerdas el diluvio de aquel día en que Urban y Robundus se hallaban al oeste?

Mary movió la cabeza.

—Eso no significa nada.

—Algo debe tener significado; ésa es la ley de nuestro universo, y la base de todo nuestro pensamiento.

Una ráfaga de viento aulló entre los riscos, arrastrando grandes nubes de polvo, que giraron con complejas formas y colores entre las luces opuestas del rojo Robundus y el amarillento Urban.

—Aquí está tu lluvia —gritó Mary por encima del rugido del viento.

Raymond continuó caminando, y de pronto el viento se calmó.

—En Glory —agregó Mary—, yo sólo creo en la lluvia o en cualquier otra cosa cuando la veo.

—No tenemos datos suficientes —insistió Raymond—. No hay ninguna magia en la imposibilidad de predecir un acontecimiento.

—Simplemente es... algo impredecible. —Mary miró hacia atrás—. Gracias a Dios que tenemos el reloj; algo en lo que es posible confiar...

El sendero trepaba entre matorrales grises, zarzas coriáceas y matas de espino morado. A veces se interrumpía sobre el barranco o contra un paredón y continuaba a un nivel situado unos metros por encima o por debajo; se trataba de pequeñas dificultades que superaban como algo sobrentendido. Sólo mostraron ansiedad cuando Robundus flotó hacia el sur y Urban hacia el norte.

—Sería inconcebible que un sol se pusiera a las siete de la tarde —comentó Mary—. Demasiado normal y cotidiano.

A las siete y cuarto ambos soles desaparecieron. Habría un maravilloso ocaso de diez minutos, otros quince de claridad y luego una noche de duración desconocida.

No pudieron ver el crepúsculo a causa de un terremoto. Una avalancha de rocas cayó sobre el camino; se refugiaron bajo un saliente de granito, mientras grandes piedras repiqueteaban sobre el sendero y rodaban por la ladera.

La lluvia de piedras cesó, excepto algunas que se dejaban caer como si lo hubieran pensado mejor.

—¿Ya ha acabado? —preguntó Mary.

—Parece que sí.

—Tengo sed.

Raymond le alcanzó la cantimplora y ella bebió.

—¿Cuánto falta hasta Fleetville?

—¿Old Fleetville o New Town?

—Tanto da —respondió Mary, fatigada—. Cualquiera.

Raymond titubeó.

—La verdad es que no sé qué distancia hay hasta ninguna de las dos.

—Pero no podemos quedarnos aquí toda la noche...

—Ya es de día —afirmó Raymond, mientras Maude, una enana blanca, empezaba a platear el cielo hacia el nordeste.

—Es de noche —declaró Mary, con sosegada desesperación—. El reloj asegura que es de noche; no me importa que brillen todas las estrellas de la galaxia, incluso nuestro sol. Si el reloj dice que es de noche, es de noche.

—Al menos podemos ver el camino. New Town está justo sobre ese acantilado. Reconozco esas plantas; estaban ahí la última vez que vine.

De los dos, Raymond fue el más asombrado cuando encontró New Town precisamente donde había vaticinado. Entraron en el pueblo.

—Todo está muy silencioso.

Había tres docenas de cabañas construidas con cemento y cristal, todas con agua filtrada, ducha, bañera y sanitarios. Para no contradecir los prejuicios de los flits, estaban techadas con espino, y no había tabiques interiores.

Todas se hallaban desiertas. Mary se acercó a la entrada de una.

—Uf, es horrible —dijo con un mohín—. ¡Qué olor!

Las ventanas de la segunda carecían por completo de cristales. Raymond mostraba un rostro duro y enojado.

—Yo mismo traje esos cristales sobre mi espalda llagada... Mira cómo lo agradecen.

—No me importa que nos lo agradezcan o no. Me preocupa el inspector. Nos hará responsables de esta inmundicia. Y después de todo, tenemos esa responsabilidad.

Hirviendo de indignación, Raymond examinó el pueblo. Recordaba el día en que se había terminado New Town; era un pueblo modelo, con treinta y seis cabañas impecables, apenas inferiores a los *bungalows* de la colonia. El Arcediano Burnette las bendijo mientras los trabajadores voluntarios se arrodillaban a orar en el espacio central. Cincuenta o sesenta flits bajaron a curiosear de la montaña. Eran un grupo andrajoso, de ojos muy abiertos; todos los hombres llevaban barba y greñas desordenadas, y las mujeres parecían descaradas y dispuestas a la promiscuidad; al menos así lo creían los colonos.

Después de la invocación, el Arcediano Burnette entregó al jefe de la tribu una gran llave de madera dorada.

—Quedan bajo su custodia el futuro y el bienestar de su pueblo —dijo—. Cuídelos; vele por ellos.

El jefe tenía casi dos metros diez de altura. Era flaco como un palo, y su perfil era agudo y duro como el de una tortuga. Vestía unos grasientos andrajos negros y llevaba una vara larga, cubierta de piel de cabra. Sólo él, entre toda la tribu, podía hablar el lenguaje de los colonos; y con tan buen acento que resultaba desconcertante.

—No es asunto mío —respondió con voz ronca—. Ellos hacen lo que quieren. Es lo mejor.

El Arcediano Burnette ya se había encontrado con actitudes semejantes. Era un hombre de amplio criterio, y no se molestó, sino que intentó discutir lo que consideraba una actitud irracional.

—¿Acaso no quieren ser civilizados? ¿No quieren adorar a Dios y vivir vidas limpias y sanas?

—No.

El Arcediano sonrió.

—Pues les ayudaremos de todos modos tanto como sea posible. Podemos enseñarles a leer y a contar; podemos curar vuestras enfermedades. Y por supuesto deben mantenerse limpios y adoptar hábitos regulares, porque eso es ser civilizados.

El jefe gruñó:

—Ni siquiera saben cuidar un rebaño de cabras.

—No somos misioneros —continuó el Arcediano—; pero cuando aprendan la verdad, estaremos preparados para ayudarles.

—Hum... ¿Qué ganan con esto?

El Arcediano sonrió.

—Nada. Ustedes son humanos como nosotros; nuestra obligación es ayudar.

El jefe se volvió, llamó a su gente y todos huyeron peñas arriba, empujándose unos a otros, trepando como desesperados, con las cabelleras al viento y las pieles de cabra restallando.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —gritó el Arcediano—. Vuelve aquí —le dijo al jefe, que seguía a la tribu.

Desde un acantilado el jefe se volvió.

—Están todos locos —dijo.

—No, no —exclamó el Arcediano.

Era una escena magnífica, tan perfecta como en el cine. El Arcediano, con su pelo blanco, llamaba al jefe salvaje de la tribu salvaje que se agazapaba detrás de él; el santo daba órdenes a los sátiros bajo la luz cambiante de tres soles.

Sin embargo, logró persuadir al jefe para que volviera a New Town. Old Fleetville estaba medio kilómetro más arriba, en una hondonada que encauzaba todos los vientos y nubes de la Grande Montagne, y hasta las cabras encontraban difícil mantenerse aferradas a las rocas. Era un lugar frío, húmedo y melancólico. El Arcediano se llevó uno por uno a sus habitantes a New Town, aunque el jefe insistía en su preferencia por Old Fleetville.

El motivo fueron veinte kilos de sal, con las que el Arcediano comprometió sus principios acerca del soborno. Unos sesenta miembros de la tribu se trasladaron a las nuevas cabañas con un aire de divertido desinterés, como si el Arcediano les hubiese pedido que participaran en un juego pueril.

El Arcediano volvió a bendecir el pueblo, y los colonos a arrodillarse, mientras los flits miraban con curiosidad desde las puertas y ventanas de sus nuevos hogares. Otros veinte o treinta descendieron saltando por las rocas con un rebaño de cabras

que descuartizaron en la minúscula capilla. La sonrisa del Arcediano Burnette se tornó rígida y dolorosa, pero es justo reconocer que no hizo nada para impedirlo.

Algo más tarde, los colonos descendieron al valle. Habían hecho todo lo posible, pero no estaban seguros de qué era lo que habían hecho exactamente.

Dos meses después, New Town estaba desierta. El hermano Raymond y la hermana Mary Dunton recorrieron el pueblo entre las ventanas oscuras y las puertas entreabiertas.

—¿Adónde se han ido? —dijo Mary en voz baja.

—Están todos locos —respondió Raymond—. Locos de remate.

Fue hasta la capilla y metió la cabeza por la puerta. De pronto, aferró el marco; sus nudillos estaban blancos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary, con ansiedad.

Raymond la apartó.

—Cadáveres... Hay diez, doce, quizá quince cuerpos.

—¡Raymond! —Se miraron—. ¿Por qué? ¿Cómo?

Raymond meneó la cabeza. Pensando lo mismo, ambos miraron hacia arriba, hacia Old Fleetville.

—Creo que deberíamos averiguarlo.

—¡Pero si este lugar es tan bonito! —estalló Mary—. Son... ¡Son unas bestias! ¡Deberían estar encantados!

Se apartó, mirando hacia el valle, para que Raymond no pudiera ver sus lágrimas. New Town había significado mucho para ella. Con sus propias manos había dado una mano de cal a las piedras y había arreglado cada cerca en torno a las cabañas. Pero esas piedras habían sido dispersadas a puntapiés, y se sentía herida.

—Que vivan como quieran —le dijo a Raymond—. Son sucios, perezosos, irresponsables... ¡Completamente irresponsables!

Raymond asintió.

—Vamos, Mary. Debemos cumplir con nuestro deber.

Mary se secó los ojos.

—Me imagino que son criaturas de Dios, pero no puedo comprender el porqué. —Miró a Raymond—. Y no me digas que Dios procede de modo misterioso.

—Está bien —repuso Raymond.

Empezaron a subir hacia Old Fleetville. El valle se hacía más y más pequeño. Maude llegó al cenit y allí se quedó, aparentemente inmóvil.

Se detuvieron a respirar. Mary se secó la frente con un pañuelo.

—¿Estoy loca, o Maude está aumentando de tamaño?

Raymond miró.

—Quizás ha crecido un poquito.

—O se trata de una nova o estamos cayendo hacia él.

—Supongo que en este sistema podría ocurrir cualquier aberración —suspiró Raymond—. Si en la órbita de Glory hay alguna regularidad, ésta no resiste el

análisis.

—Con toda facilidad podríamos caer sobre cualquiera de los soles —dijo Mary, cavilosa.

Raymond se encogió de hombros.

—Hace unos cuantos millones de años que el sistema funciona. Ésa es nuestra mejor garantía.

—La única. —Mary apretó los puños—. Si hubiese siquiera una certeza en alguna parte, algo que uno pudiese mirar y decirse: «Esto es inmutable, esto no cambia, en esto se puede confiar»... ¡Pero no hay nada! ¡Es para volverse locos!

—No lo hagas, querida —replicó Raymond, con una sonrisa glacial—. Ya hay bastantes problemas en la colonia.

Mary se recobró al instante.

—Lo siento. Lo siento, Raymond, de veras.

—Estoy muy preocupado. Ayer hablé con Birch, el director del sanatorio.

—¿Cuántos hay ahora?

—Casi tres mil. Y todos los días hay casos nuevos. —Suspiró—. En Glory hay algo que afecta a los nervios, de eso no hay duda.

Mary respiró hondo y apretó la mano de Raymond.

—Lucharemos contra lo que sea, Raymond, y triunfaremos. Todo acabará por normalizarse, ya lo verás.

—Con la ayuda de Dios —replicó él, inclinando la cabeza.

—Se va Maude. Conviene que nos demos prisa para llegar a Old Fleetville con luz.

Pocos minutos después se encontraron con una docena de cabras, atendidas por igual cantidad de chiquillos escuálidos. Algunos vestían andrajos, o pieles de cabra, y otros andaban desnudos al viento, con las costillas descarnadas como tablas de lavar.

Más adelante vieron otro rebaño de cabras —quizás un centenar— al cuidado de otro chico.

—Típico de los flits —dijo Raymond—. Doce muchachos para cuidar doce cabras, y uno solo para cien.

—Tal vez sufran algún tipo de enajenación... ¿La locura es hereditaria?

—Es un punto discutible... Ya puedo oler Old Fleetville.

Maude abandonó el horizonte con una inclinación que prometía un largo crepúsculo. Con las piernas doloridas, Raymond y Mary entraron en el poblado, seguidos de niños y cabras mezclados sin discriminación.

Mary dijo, disgustada:

—Y dejan New Town, tan limpia y bonita, para vivir en esta inmundicia.

—¡No pises ese animal!

Raymond la apartó de la carroña mordisqueada de una cabra que había en medio del camino. Mary se mordió los labios.

Encontraron al jefe sentado en una roca y mirando al aire. Les saludó sin sorpresa

ni placer. Un grupo de chicos construía una pira de hojarasca y ramas secas.

—¿De qué se trata? —preguntó Raymond, con forzada alegría—. ¿De una fiesta? ¿De un baile?

—Cuatro hombres, dos mujeres. Enloquecieron, se murieron. Los quemamos.

Mary miró la pira.

—No sabía que incineraban a los muertos.

—Hoy lo hacemos. —Estiró un brazo, tocó el brillante pelo rubio de Mary—. Sé mi esposa por algún tiempo.

Mary retrocedió y dijo con voz estremecida:

—No, gracias. Estoy casada con Raymond.

—¿Todo el tiempo?

—Todo el tiempo.

El jefe movió la cabeza.

—Están locos. Pronto morirán.

Raymond dijo con severidad:

—¿Por qué han roto el canal? Diez veces lo arreglamos; diez veces los flits bajaron en la oscuridad y derribaron los muros.

El jefe reflexionó.

—El canal está loco.

—No está loco. Ayuda a regar, ayuda a los campesinos.

—Va siempre lo mismo.

—¿Quieres decir que es recto?

—¿Recto? ¿Qué palabra es ésa?

—En una sola línea. En una sola dirección.

El jefe se mecía.

—Mire —dijo—. Montaña, ¿recta?

—No, por supuesto que no.

—El sol, ¿recto?

—No, pero...

—Mi pierna —y el jefe extendió su pierna izquierda, nudosa y velluda—, ¿recta?

—No —suspiró Raymond—. Su pierna no es recta.

—Entonces, ¿por qué el canal es recto? Está loco. —Se echó atrás. El asunto quedaba resuelto—. ¿Por qué ha venido?

—Porque mueren demasiados flits —dijo Raymond—. Queremos ayudar.

—Todo va bien. No nos hemos muerto ni usted ni yo.

—No queremos que mueran. ¿Por qué no viven en New Town?

—Los flits se vuelven locos y saltan de las rocas. —Se puso de pie—. Vamos, hay comida.

Dominando su repugnancia, Raymond y Mary probaron fragmentos de carne de cabra asada. Sin ceremonia, cuatro cadáveres de flits fueron lanzados a las llamas. Algunos flits empezaron a bailar.

Mary tocó a Raymond con el codo.

—Uno puede comprender una cultura por las danzas que ejecutan sus miembros.

Mira.

—No se atienen a ninguna forma —replicó Raymond—. Algunos dan un par de saltos y se sientan; otros corren en círculo; otros se limitan a levantar y bajar los brazos.

Mary murmuró:

—Es que están locos, completamente locos.

—Así es —respondió Raymond.

Empezó a llover. El rojo Robundus encendió el cielo oriental, pero no se molestó en aparecer. La lluvia se convirtió en granizo. Mary y Raymond se metieron en una cabaña, seguidos por varios hombres y mujeres que, a falta de algo mejor, empezaron a hacer ruidosamente el amor.

Mary, en el paroxismo de la angustia, dijo en voz baja:

—¡Delante de nosotros! ¡No tienen vergüenza!

Raymond dijo, ceñudo:

—No pienso salir con esta lluvia. Que hagan lo que quieran.

Mary le dio un golpe con el puño a uno de los hombres, que trataba de quitarle la blusa. El flit dio un salto atrás.

—Como perros —musitó.

—No tienen represiones —dijo, apático, Raymond—. La represión acarrea psicosis.

—Entonces soy una psicótica —respondió con furia Mary—. ¡Tengo represiones!

—Yo también las tengo.

Se acabó el granizo, el viento dispersó las nubes, el cielo estaba claro. Raymond y Mary, aliviados, salieron de la cabaña.

La pira, empapada, se había apagado. Entre las cenizas había cuatro cuerpos carbonizados. Nadie se ocupaba de ellos.

Raymond dijo, pensativo:

—Tengo en la punta de la lengua..., de la mente...

—¿Qué?

—La solución a todo este problema con los flits...

—¿Y cuál es?

—Algo así: los flits están locos, son irracionales, irresponsables...

—De acuerdo.

—El inspector está a punto de llegar. Debemos demostrar que la colonia no es una amenaza para los aborígenes; en ese caso, los flits...

—¡Pero no podemos obligar a los flits a mejorar su forma de vida!

—No. Pero si pudiéramos curarlos, si pudiéramos evitar su psicosis masiva...

—Parece una tarea infinita —dijo, descorazonada, Mary.

Raymond meneó la cabeza.

—Usa el pensamiento riguroso, querida. Es un problema real. Un grupo de aborígenes es demasiado psicótico para vivir; pero es preciso que vivan... La solución es eliminar la psicosis.

—Así expuesto, tiene sentido; pero, en nombre del cielo, ¿cómo empezamos?

El jefe llegó saltando con sus largas piernas sobre las rocas, mientras masticaba un trozo de tripa de cabra.

—Hay que empezar por él —anunció Raymond.

—Es como ponerle el cascabel al gato.

—Sal. Desollaría a su abuela por un poco de sal.

Raymond se le acercó; el jefe parecía sorprendido de encontrarle aún en el pueblo. Mary miraba desde cierta distancia.

Raymond discutía. El jefe mostró al principio una expresión sorprendida, luego sombría. Raymond continuaba explicando. El punto principal era la sal, tanta como el jefe pudiera subir a la montaña. El jefe miró a Raymond desde sus dos metros diez de estatura, alzó los brazos al cielo, se alejó, y por fin se sentó en una roca, siempre masticando la tripa.

Raymond se reunió con Mary.

—Vendrá —dijo.

Birch, el director, se comportó tan cordialmente como pudo.

—¡Es un honor! —le dijo al jefe—. Rara vez tenemos visitantes tan distinguidos. Le atenderemos de inmediato.

El jefe dibujaba curvas con su vara en el suelo. Le preguntó mansamente a Raymond:

—¿Cuándo me dan la sal?

—En seguida. Primero tiene que hablar con el director Birch.

—Vamos —dijo éste—. Daremos un bonito paseo.

El jefe se volvió y se dirigió a la Grande Montagne.

—No, no —exclamó Raymond—. ¡Vuelva aquí!

El jefe alargó el paso.

Raymond corrió y lo asió por las huesudas rodillas, y el jefe cayó como un saco. El director Birch le aplicó una inyección sedante y muy pronto estuvo seguro dentro de una ambulancia, con la mirada perdida.

El hermano Raymond y la hermana Mary miraron la ambulancia mientras se marchaba. Una densa polvareda se alzó y quedó en el aire a la luz verde del sol. Las sombras parecían teñidas de violeta azulado.

Mary dijo con voz temblorosa:

—Espero que hayamos obrado bien. El pobre tenía un aspecto tan patético... Como sus propias cabras cuando las atan para matarlas.

—Sólo estamos haciendo lo que nos parece mejor, querida.

—¿Pero es realmente lo mejor?

La ambulancia había desaparecido, y el polvo se había posado. Sobre la Grande Montagne refulgían los relámpagos en un nubarrón verde oscuro. Faro brillaba como un ojo de gato en el cenit. El reloj, el fiel, cuerdo y sólido reloj, daba las doce del día.

—Lo mejor —repetía Mary, pensativa—. Es tan relativo...

—Si podemos curar la psicosis de los flits —apuntó Raymond—, si podemos enseñarles a vivir vidas limpias y ordenadas, eso será sin duda lo mejor. —Y tras una pausa, agregó—: Y desde luego será lo mejor para la colonia.

Mary suspiró.

—Supongo que tienes razón. Pero el jefe parecía tan agobiado...

—Mañana iremos a verle —respondió Raymond—. Pero ahora, duerme.

Cuando despertaron, un fulgor rojizo se filtraba por las cortinas corridas. Robundus, y quizá también Maude.

—Mira el reloj —pidió Mary, en mitad de un bostezo—. ¿Es de día o de noche?

Raymond se incorporó sobre un codo. El reloj se hallaba incrustado en la pared; era una réplica del reloj de Salvation Bluff y era accionado por impulsos radiales emitidos por éste.

—Son las seis de la tarde. Seis y diez.

Se levantaron y vistieron sus camisas blancas y sus polainas. Comieron en la pulcra cocina, y luego Raymond telefoneó al sanatorio.

La voz del director Birch resonó vigorosa:

—Dios le guarde, hermano Raymond.

—Dios le guarde, director. ¿Cómo está el jefe?

El director vaciló.

—Hemos tenido que mantenerlo sedado. Tiene problemas bastante profundos.

—¿Es posible hacer algo? Es muy importante.

—Sólo podemos intentarlo. Esta noche lo ensayaremos.

—Quizá convendría que estuviéramos allí —apuntó Mary.

—Si quieres... ¿A las ocho?

—A las ocho.

El sanatorio era un edificio largo y bajo, situado en las afueras de Ciudad Glory. Se le habían agregado posteriormente otras dos alas, y se podían ver en la parte de atrás unos barracones provisionales.

El director Birch les recibió con expresión de fatiga.

—No tenemos tiempo ni espacio suficientes... ¿Es tan importante ese flit?

Raymond le aseguró que la cordura del jefe era un asunto de grave importancia para todos.

El director alzó las manos.

—Hay colonos que requieren atención urgente —dijo—. Supongo que tendrán que esperar.

—¿El problema continúa? —preguntó Mary.

—El sanatorio tenía originariamente quinientas camas —respondió el director—. En este momento hay tres mil seiscientos pacientes internados, por no hablar de los mil ochocientos que evacuamos de regreso a la Tierra.

—¿Pero no está mejorando la situación? —inquirió Raymond—. La colonia ha superado el momento de mayor esfuerzo. No debería haber tanta ansiedad.

—No parece que el problema sea la ansiedad.

—¿Cuál es?

—El nuevo ambiente, me figuro. Somos gente de la Tierra; esto nos resulta extraño.

—Pero no lo es —objetó Mary—. Hemos construido aquí una réplica exacta de una comunidad terrestre. Y de las más bonitas. Hay casas, flores y árboles terrestres.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó el hermano Raymond.

—Pues en este momento en la sala de máxima seguridad.

—¿Se muestra violento?

—No contra las personas. Lo que quiere es irse. ¡Pero es destructivo! Nunca he visto nada igual.

—¿Tiene usted algún diagnóstico, aunque sólo sea provisional?

El director negó con la cabeza.

—Todavía estamos tratando de clasificarlo. Mire. —Tendió un informe a Raymond—. Éste es el primer análisis.

—¿Inteligencia cero? —Raymond alzó la vista—. Me consta que no es tan estúpido.

—La verdad es que no lo parece. Esto es sólo una vaga aproximación; no podemos usar los tests habituales, como el de percepción temática y demás. Están hechos para nuestras circunstancias culturales. En cambio, éstos —y al hablar golpeó el informe con los dedos— son básicos, y los utilizamos incluso con animales. Aquí se trata de meter clavijas en agujeros, de reunir colores, de detectar diseños que no coinciden, de abrirse paso a través de laberintos...

—¿Y cómo respondió el jefe?

El director movió tristemente la cabeza.

—Si fuera posible obtener una puntuación negativa, la tendría.

—¿Cómo es eso?

—Bueno..., por ejemplo, en lugar de meter una clavija redonda en un agujero redondo, rompió la clavija en forma de estrella, la metió de lado a la fuerza y luego rompió el tablero.

—¿Pero por qué?

Mary dijo:

—Vamos a verle.

—No hay peligro, ¿verdad? —preguntó Raymond.

—Ninguno.

El jefe se hallaba confinado en una agradable habitación de tres metros de lado,

con una cama blanca, sábanas y colcha grises, el suelo gris claro, y el cielo raso de un plácido verde.

—¡Santo Dios! —dijo con viveza Mary—. ¡Pues sí que ha estado ocupado!

—Sí —agregó el doctor Birch, apretando los dientes—. Muy ocupado.

La ropa de cama estaba hecha tiras, el somier, puesto de lado en medio de la habitación, las paredes sucias, y el jefe, sentado sobre el colchón plegado.

El director Birch dijo con severidad:

—¿Por qué ha hecho este desastre? No es un acto inteligente.

—Usted me mete aquí. Yo lo arreglo a mi gusto. Usted ordena su casa como le gusta. —Miró a Mary y a Raymond—. ¿Cuánto tiempo falta?

—Un rato más —respondió Mary—. Tratamos de ayudarlo.

—Conversación loca, todos locos. —El jefe perdía su excelente acento, y deformaba sus palabras sonidos fricativos y guturales—. ¿Por qué me han traído aquí?

—Un día o dos —dijo Mary para calmarle—. Y luego tendrá su sal. Muchísima.

—Un día. Día es cuando hay sol.

—No —respondió el hermano Raymond—. ¿Ve esto? —Señaló el reloj de la pared—. Un día es cuando esa manecilla da la vuelta dos veces.

El jefe sonrió con cinismo.

—Nosotros ordenamos nuestras vidas con esto —explicó Raymond—. Nos ayuda.

—Como el gran reloj de Salvation Bluff —agregó Mary.

—Gran Diablo —dijo el jefe—. Ustedes personas buenas, todos locos. Vengan a Fleetville; les ayudaré. Buenas cabras. Tiraremos piedras contra el Gran Diablo.

—No —repuso con serenidad Mary—. Eso no serviría. Ahora, haga lo mejor posible cuanto le diga el doctor. Por ejemplo, este desorden no está bien.

El jefe hundió la cabeza en sus manos.

—Déjenme ir. Se quedan con la sal; yo me voy a casa.

—Vamos —dijo amablemente el director Birch—. No le haremos daño. —Miró el reloj—. Ya es hora de su primera sesión de terapia.

Se necesitaron dos enfermeros para llevar al jefe al consultorio. Fue colocado en una silla acolchada, con las manos y los pies sujetos para que no pudiera lastimarse. Lanzó un terrible grito:

—¡El diablo, el Gran Diablo viene a mirar mi vida!

El director Birch le dijo a un enfermero.

—Cubra el reloj. Angustia al paciente.

—Relájese —dijo Mary—. Estamos tratando de cuidarlo y de cuidar a su tribu.

El enfermero le aplicó una inyección de D-beta hypnidina. El jefe se relajó y quedó con los ojos abiertos y vacíos. Su flaco pecho subía y bajaba.

El director Birch les dijo en voz baja a Raymond y Mary:

—En este momento es absolutamente sugestionable. No hagan el menor ruido.

Ambos fueron a sentarse en un ángulo de la habitación.

—Hola, jefe —dijo el director.

—Hola.

—¿Está cómodo?

—Mucho brillo, mucho blanco.

El enfermero amortiguó las luces.

—¿Ahora está mejor?

—Mejor.

—¿Le preocupa algo?

—Las cabras se lastiman las patas, se quedan arriba, en la montaña. Hay gente loca en el valle; no se quieren ir.

—¿Qué quiere decir «loca»?

El jefe guardó silencio. El director Birch les dijo, susurrando, a Mary y a Raymond:

—Analizando su idea de cordura quizá encontremos la clave de su trastorno. —Y dirigiéndose al jefe—: ¿Por qué no nos habla de su vida?

El jefe respondió de inmediato:

—Ah, es muy buena. Soy el jefe. Comprendo lo que todos hablan. Nadie más sabe las cosas.

—Una buena vida, ¿eh?

—Todo es bueno. —Hablaba de modo deshilvanado, y a veces una palabra era ininteligible, pero se comprendía el cuadro que trazaba de su vida—. Todo en calma, sin problemas, todo bien. Cuando llueve, el fuego es bueno. Cuando el sol quema, sopla el viento y es bueno. Muchas cabras, todo el mundo tiene comida.

—¿Pero no tiene dificultades, inconvenientes?

—Sí que los tengo. La gente loca del valle hace una ciudad. New Town. Está mal. Recta, recta, todo recto. Mal. Loca. Eso es malo. Tenemos mucha sal, pero nos vamos de New Town y volvemos al lugar de siempre.

—¿No le gusta la gente del valle?

—Son buena gente, pero están todos locos. El Gran Diablo los trajo al valle. El Gran Diablo mira todo el tiempo. Pronto todos harán tic tic tic como el Gran Diablo.

El director Birch se volvió hacia Raymond y Mary, con el ceño fruncido.

—No servirá de nada. Está demasiado seguro.

—¿No podrá curarle? —dijo Raymond, preocupado.

—Antes de poder curar una psicosis, debo localizarla. Y estoy muy lejos de ello.

—Pero no es natural lo que les ocurre a los flits —susurró Mary—. Se mueren como moscas.

El doctor se dirigió al jefe:

—¿Por qué se muere su gente, jefe? ¿Por qué se mueren en New Town?

El jefe respondió con voz áspera.

—Miran hacia abajo. La vista no es bonita. Loca. No hay río; agua recta. Hace

daño a los ojos. Rompemos el canal, vuelve el río bueno... Las casas todas iguales. Uno enloquece mirándolas. La gente se vuelve loca. Los matamos.

El director Birch dictaminó:

—Creo que no conviene seguir hasta que estudiemos mejor el caso.

—Sí —dijo el hermano Raymond en tono de preocupación—. Debemos reflexionar.

Salieron del sanatorio por el gran salón de entrada; los bancos se hallaban repletos de gente que solicitaba ser internada, así como de pacientes y los enfermeros que los cuidaban. En el exterior el cielo estaba cubierto. La luz amarillenta indicaba que Urban estaba en alguna parte. Grandes gotas densas caían sobre el polvo.

El hermano Raymond y la hermana Mary esperaban el autobús en la glorieta de tráfico.

—Algo marcha mal —dijo Raymond con voz destemplada—. Algo marcha muy mal.

—No estoy muy segura que sea algo que haya en nosotros —agregó Mary mirando el paisaje, los huertos nuevos, la avenida Sarah Gulvin, que llegaba hasta el centro de Ciudad Glory.

—Un planeta extraño siempre es una batalla. Debemos tener fe y confianza en Dios..., ¡y luchar!

Mary le apretó el brazo. Él se volvió.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido ver a alguien que corría entre los árboles.

Raymond estiró el cuello.

—No veo nada.

—Pensé que era el jefe...

—La imaginación, querida.

Subieron al autobús, y pronto llegaron a la seguridad de su hogar de paredes blancas y jardín florido.

Sonó el intercomunicador. Era el director Birch, inquieto.

—No quiero alarmarles, pero el jefe se ha escapado. No está en el sanatorio, ni sabemos adónde ha ido.

Mary murmuró:

—Estaba segura, estaba segura.

—¿Cree que hay algún peligro? —preguntó Raymond.

—No. No hay síntomas de violencia. Pero yo atrancaré la puerta.

—Gracias por llamar, director.

—De nada, hermano Raymond.

Hubo un instante de silencio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Mary.

—Cerraré las puertas, y luego trataremos de dormir bien.

En medio de la noche, Mary se despertó sobresaltada. Raymond se volvió hacia

ella.

—¿Qué te ocurre?

—No sé —dijo Mary—. ¿Qué hora es?

Raymond miró el reloj.

—La una menos cinco.

La hermana Mary no se movió.

—¿Has oído algo? —inquirió Raymond.

—No. Tuve... un presentimiento. ¡Algo está mal, Raymond!

Raymond la abrazó, y apretó contra su pecho la cabeza rubia.

—Sólo podemos hacer lo que nos parece mejor, querida, y rezar para que sea la voluntad de Dios.

Cayeron en un sueño entrecortado, agitado. Raymond se levantó para ir al lavabo. Era de noche y el cielo estaba oscuro, aunque había un fulgor rojizo en el norte. El rojo Robundus se hallaba en algún lugar debajo del horizonte.

Soñoliento, Raymond volvió a la cama.

—¿Qué hora es, querido? —preguntó Mary.

Raymond miró el reloj.

—La una menos cinco.

Se metió en la cama. Mary tenía el cuerpo rígido.

—¿Has dicho la una menos cinco?

—Sí —respondió Raymond. Un segundo después saltaba de la cama y se dirigía a la cocina—. Aquí también es la una menos cinco. Llamaré al reloj.

Fue hasta el intercomunicador y oprimió el teclado. No hubo respuesta.

—No contestan.

Mary estaba a su lado.

—Prueba otra vez.

Raymond marcó el número.

—Es muy raro.

—Llama a informaciones.

Raymond lo hizo. Antes que pudiera preguntar nada, una voz aguda le dijo:

—El gran reloj está momentáneamente averiado. Por favor, paciencia, el reloj está averiado.

Raymond creyó reconocer la voz. Oprimió la tecla de imagen. La voz dijo:

—Dios le guarde, hermano Raymond.

—Dios le guarde, hermano Ramsdell. ¿Qué ha ocurrido?

—Fue uno de sus protegidos, Raymond... Uno de los flits, enfurecido. Arrojó rocas montaña abajo contra el reloj.

—¿Pero...?

—Provocó una avalancha. Ya no tenemos reloj.

Nadie recibió al inspector Coble cuando llegó al espaciopuerto de Ciudad Glory. Contempló la pista; ni un alma. Muy lejos, el viento arrastraba un papel. Nada más se movía.

Qué extraño, pensó el inspector Coble. Siempre le esperaba una comisión con un programa halagador, pero bastante fatigoso. Un banquete en el *bungaló* del Arcediano, discursos eufóricos, informes de los últimos progresos, servicios en la capilla, y por fin una caminata hasta el pie de la Grande Montagne.

Personas excelentes, a juicio del inspector, pero demasiado serias y fanáticas para resultar interesantes.

Dio instrucciones a los dos hombres que tripulaban la nave oficial, y se dirigió a pie hacia Ciudad Glory. El rojo Robundus estaba alto, pero se dirigía hacia el este. Miró hacia Salvation Bluff para controlar la hora local, pero un velo de humo le impedía ver.

El inspector caminaba vivamente por la carretera, y de pronto se detuvo. Alzó la cabeza como para olfatear el aire, miró en derredor girando sobre sí mismo. Frunció el ceño y continuó la marcha.

Los colonos habían hecho cambios, pensó. No podía determinar cuáles exactamente. Un sector de la cerca faltaba. Había malezas en la cuneta, junto al camino. Examinó la cuneta y notó cierto movimiento en el pastizal que había más atrás, y voces juveniles. Excitada su curiosidad, Coble saltó la zanja y abrió la cerca.

Una pareja de unos dieciséis años chapoteaba en la charca; ella llevaba tres flores en la mano, él la besaba. Le miraron sorprendidos, y el inspector se retiró.

De nuevo en la carretera se preguntó dónde se encontraban todos. Los campos estaban abandonados, nadie trabajaba. El inspector Coble se encogió de hombros y continuó su camino.

Pasó por el sanatorio y lo miró extrañado. Parecía considerablemente mayor. Tenía otras dos alas, y varios barracones agregados; los senderos de grava no estaban tan bien cuidados como antes. La ambulancia, estacionada a un lado, se hallaba cubierta de polvo. El lugar parecía abandonado. Por segunda vez, el inspector se quedó inmóvil. ¿Música? ¿En el sanatorio?

Se acercó, y la música se hizo más audible. Coble abrió la puerta con lentitud. En el salón de recepción había ocho o diez personas vestidas de manera extraña: con plumas, faldas de hierba seca, fantásticos collares de metal y vidrio. Una música frenética yailable atronaba desde el auditorio.

—¡Inspector! —le dijo una rubia encantadora—. ¡Ha llegado, inspector Coble!

El inspector Coble la miró fijamente. Tenía puesta una especie de chaqueta hecha de cuadraditos de telas diversas y adornada con campanillas de hierro.

—Hermana... Es la hermana Mary Dunton, ¿verdad?

—Por supuesto... ¡Ha llegado usted en el mejor momento! ¡Tenemos baile de

carnaval, con trajes y todo!

El hermano Raymond le palmeó alegremente la espalda.

—Encantado de verle, viejo. Beba un poco de sidra. ¡Es la primera!

El inspector Coble retrocedió.

—No, no, gracias. —Aclaró su garganta—. Debo continuar mi inspección. Tal vez más tarde...

El inspector Coble se dirigió a la Grande Montagne. Observó que varios *bungalows* habían sido pintados con vivos verdes, azules y amarillos; muchas cercas habían desaparecido, algunos jardines parecían selvas...

Ascendió hasta Old Fleetville, donde vio al jefe. Aparentemente, los flits no eran explotados, engañados, esclavizados, irritados de modo sistemático ni obligados a ser prosélitos de nadie. El jefe parecía hallarse de buen humor.

—Maté al Gran Diablo —le dijo—. Ahora todo va mejor.

El inspector Coble pensaba deslizarse en silencio hasta el espaciopuerto y partir, pero el hermano Raymond Dunton le llamó cuando pasaba por delante de su *bungaló*.

—¿Ha desayunado ya, inspector?

—¡La cena, querido! —dijo desde dentro la voz de la hermana Mary—. Urban acaba de ponerse.

—Pero Maude ha aparecido...

—¡Huevos con tocino, inspector!

El inspector estaba fatigado, y sentía el olor a café.

—Gracias —respondió—. Espero que no les importe si acepto.

Después de los huevos con tocino, y durante su segunda taza de café, el inspector dijo tentativamente:

—Parece que los dos se encuentran bien.

La hermana Mary estaba guapísima con el pelo rubio suelto.

—Nunca me he sentido mejor —respondió el hermano Raymond—. Es cuestión de ritmo, inspector.

Éste parpadeó.

—Ritmo, ¿eh?

—Más exactamente —agregó Mary—, se trata de perder el ritmo.

—Todo empezó cuando rompieron el reloj —dijo Raymond.

El inspector Coble fue reconstruyendo poco a poco la historia que tres semanas después le narró en Ciudad Surge al inspector Keefer:

—Invertían un enorme esfuerzo en aferrarse a una falsa realidad. Les asustaba el nuevo planeta. Pretendían que fuera la Tierra; trataban de castigarlo o hipnotizarlo para que fuera la Tierra. Por supuesto, estaban derrotados antes de empezar. Glory es un mundo donde prácticamente todo es aleatorio, y los pobres querían imponer el ritmo y la rutina de la Tierra a ese magnífico desorden, a ese caos monumental.

—No es extraño que se volvieran locos.

El inspector Coble asintió.

—Al principio, cuando el reloj se detuvo, pensaron que eso significaba la muerte. Encomendaron sus almas a Dios y se entregaron a su suerte. Pasaron unos días y para su sorpresa, descubrieron que seguían vivos, e incluso que gozaban de la vida. Dormían cuando oscurecía y trabajaban cuando brillaban los soles...

—Parece un buen lugar para el retiro —respondió el inspector Keefer—. ¿Qué tal es la pesca en Glory?

—No muy buena. Pero la cría de cabras es una maravilla.

GUINIVERE PARA TODOS

Jack Williamson

La muchacha estaba encadenada al lado de una máquina vendedora.

—¡Eh, usted!

El susurro de su voz llegaba hasta los cuatro rincones de la habitación llena de luz.

—¿No me va a comprar nadie?

La mayoría de los pasajeros dormitaban, pero la miraron mientras se dirigían hacia el avión que les tenía que conducir a Kansas City. La miraban como si se tratara de una tigresa enjaulada. No obstante Pip Chimberley se detuvo junto a ella.

—¡Eli, señor! —la muchacha le sonrió poniendo todo el encanto en sus ojos azules. Las cadenas resonaron mientras sus manos se extendían llenas de esperanza. Su largo cuerpo se curvaba en una pose bastante atractiva.

—¿Te gusto, eh?

Chimberley se encogió de hombros. Era un hombre de facciones pronunciadas, bigote y tres cursos de ingeniero cibernético. Sus ojos recorrieron el cuerpo de la muchacha y se volvieron fascinados.

—¿No vas a comprarme? —ella le acariciaba con la mirada—. Te advierto que no perderías en el cambio y yo sé que te gusto. Y tú me gustas.

Él contuvo la respiración con un sonido estrangulado.

—No —dijo inquieto—. No soy un consumidor. Mi interés es... puramente profesional.

Él se fue hacia un lado y con resolución separó los ojos de la muchacha y los distrajo con la máquina vendedora. Conocía las máquinas y para él era un gran entretenimiento lleno de seducción observar todos los detalles, contornos y acabados. Se volvió hacia atrás mirando la sobrecogedora silueta del 3-D:

GUINEVERE LA AYUDA VITAL NO ES UN ROBOT - ¿QUE ES ELLA?

Las resplandecientes letras se desparramaban en una galaxia de luz danzante, para condensarse de nuevo en palabras de fuego. Guinevere, la última aplicación, estaba patentada y garantizada por Solar Chemistics, Inc. Su cuerpo exquisito había sido manufacturado por medio de máquinas automáticas, en las que el hombre no ponía la mano. Educada por medio de procesos psiónicos, estaba garantizado que aquella mujer tendría un temperamento más bien dulce y pacífico. Su precio inicial, aunque por un tiempo muy limitado, era solamente de cuatrocientos noventa y cinco.

—Cualquiera que sea tu profesión estoy segura de que me necesitas.

Se inclinaba un poco hacia un lado al hablar y él seguía atento su voz melodiosa.

—Lo tengo para todos.

Chimberley se volvió hacia el otro lado un tanto inseguro.

—Puede ser —dijo—. Pero todo cuanto necesito es unía pequeña información. Mira, soy ingeniero en cibernética. —Y a continuación le dijo su nombre.

—Yo soy Guinevere —sonrió y dejó ver la preciosa blancura de sus dientes—. Modelo L, serie número 1997-A-456. Me gustaría, mucho ayudarte pero me temo que antes tendrás que pagar por mí.

¿Me necesitas, no es eso?

Chimberley se sonrojó un poco. La verdad era que nunca había echado de menos, en lo que al corazón se refiere a una mujer. Sus mejores amigos eran sus útiles de trabajo; los seres humanos le habían aburrido siempre.

—Estoy aquí por asuntos de negocios —explicó—. Por eso me he detenido. Soy un reparador de la General Cibernetics.

—¿Un reparador? ¿Qué es un reparador?

—Mi compañía construye aparatos que reemplazan en muchísimos casos a algunos procesos llevados a cabo por los seres humanos —informó pacientemente—. Yo tengo que mantenerlas en perfecto funcionamiento. En realidad las máquinas están concebidas para ajustarse y repararse por sí mismas. Nunca se estropean. Lo que ocurre es que la gente no trata de comprenderlas.

—Resumiendo —continuó— cuando esta noche volví a mi hotel había un cable procedente de Shenectady. Primero oí decir que habían algunas cosas que no funcionaban bien aquí en la superficie solar. Aún no lo comprendo —le hizo un gesto un tanto desalentado—. Tal vez tú me sepas decir qué es lo que ocurre.

—Quizá pueda —accedió dulcemente— cuando me pagues.

—Tú eres lo que no funciona bien, tú misma —dijo en tono acusador—. De eso me doy cuenta aunque el cable era un tanto conciso; nuestro sistema está mecanizado, naturalmente, y a veces es demasiado benevolente para las limitaciones del empleado humano.

—Pero yo no soy lo que va mal —protestó ella—. Pruébeme.

Un sudor frío cubrió las palmas de la mano del joven. Había lucecitas que bailaban frente a sus ojos.

—Hace cuatro horas que recibí el telegrama. Lo dejé todo y volé hasta aquí para ver qué le ocurría a Athenas Sue —es una instalación que hicimos para dejar boquiabiertos a los de Solar Chemistics—. Apenas llegué a tiempo para coger el reactor y venir hasta aquí. Ahora no me queda más que descubrir de qué se trata.

—¿De qué se trata?

—Parece ser que el director de Solar Chemistics no está muy satisfecho porque Athenas Sue está manufacturando y comerciando seres humanos. Ahora nos amenazan con dejar de lado nuestro sistema de fabricación, a no ser que descubramos y reparemos los daños surgidos, inmediatamente.

Miró la muchacha totalmente sustraído a sus pensamientos.

—Pero el cable no especificaba lo que el director objetaba. Athenas Sue se

emplazó para buscar las mayores posibilidades financieras para el proceso y la venta de sintéticos, de modo que no podía ser un asunto de grandes provechos. Aparentemente se trata de alguna dificultad ilegal que hubiera podido surgir. No veo de dónde sacar las conclusiones precisas.

Guinevere se estaba arreglando el cabello y sonriendo con un esplendor al que no pudo por menos que apreciar.

—En realidad todo esto parece que viene de perlas para mí —siguió él con ironía.

—¿Entonces te gusto?

—En todo caso no ha sido el director quien ha tenido la visión o el cerebro de llevar a cabo este asunto de este modo. —Hizo por no darse cuenta de la expresión herida de la muchacha—. No sé por qué, pero mi primer trabajo aquí, será descubrir las razones principales en este conflicto comercial. Si tú me ayudas...

Hizo una pausa para mantenerse a la expectativa.

—No valgo más que cuatrocientos noventa y cinco —le recordó Guinevere—. Pones el dinero aquí en esta ranura...

—No te necesito —le interrumpió—. No me interesa más que tu pasado. Para empezar... ¿cuál es la diferencia entre una aplicación o generación innatural y un ser humano?

Hizo como que no oía el leve sollozo que ella trataba de disimular.

—¿Cuál es el plan de inversión? —elevó la voz e hizo las preguntas sin pararse a pensar en ellas—. ¿Cuál es la media de producción? ¿Cuál es el margen de beneficios? ¿Bajo qué circunstancias se llevaba a efecto la manufactura de los seres de generación innatural en Athena Sue? ¿Cuándo te pusieron al mercado? ¿Qué clase de aceptación entre los consumidores obtenéis? ¿O acaso no tenéis aceptación?

Guinevere hizo un gesto un tanto altivo.

—¿Pero no podríamos ir a otro sitio para hablar de estas cosas? —parpadeó para disimular sus lágrimas—. ¿A tu habitación por ejemplo?

Chimberley se sintió un tanto confundido.

—Si no me compras no puedo decirte nada —dijo ella con aire de inocencia.

Él se fue, malhumorado consigo mismo por el modo como le temblaban las rodillas. Probablemente podría descubrir todo cuanto necesitaba saber, gracias al libro de registro. No iba a dejarse humillar por aquella joven. Después de todo ella no era más que un interesante producto de la ingeniería química.

Un hombre grueso con aire de comerciante próspero se acercó a la máquina vendedora. Llevaba un paraguas en la mano y se llevó la mano a las gafas inclinándose hacia delante deliberadamente para poder contemplar mejor a Guinevere.

—¡Esclavitud! —dijo indignado—. Mi querida jovencita, usted necesita ayuda. —Se quitó las gafas, se las puso en el bolsillo y del mismo sacó una tarjeta de visita—. Como ve, soy juez. Si usted ha sido forzada a cualquier clase de servilismo involuntariamente, mi firma puede asegurarle la libertad.

—Pero yo no soy esclava —explicó Guinevere—. Nuestra casa nos ha proporcionado por la oficina del juez general en que se dice que nosotras no debemos considerarnos como seres humanos. Al menos en lo que a la ley se refiere.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Alfred!

Él se irguió al oír el grito penetrante y separó sus dedos rápidamente de Guinevere como si de pronto la muchacha se hubiera vuelto incandescente.

—¡Oh! —ella saltó hacia atrás acariciándose su brazo—. Por favor, no me toque hasta que no haya pagado para ello.

—Chist... —dijo volviéndose hacia una señora, con un velo negro que estaba sentada en la sala de las mujeres—. Mi... reputación.

—Alfred... ¿qué estás haciendo?

—Nada querida. Nada en absoluto —hizo una pausa para recobrar su sangre fría—. Pero ya debe ser hora de ocuparnos de nuestro vuelo...

—Así que... comerciando con una de esas amas de casa sintéticas, ¿eh? ¡Pues ten en cuenta que yo no las tendré en casa...!

—Marta... ¡querida!

—Ya te daré a ti, yo...

Él se separó.

—¡Y a ti...! —dijo accionando con brusquedad hacia Guinevere—. Tú cualquier cosa que sea sintética. Ya te enseñaré yo a meterte con cualquiera de mis hombres.

—¡Ey!

Chimberley no tenía intención de interferir en esto, pero cuando vio a Guinevere tratada de aquel modo, un impulso inexplicable le llevó a echar a un lado el paraguas amenazador que llevaba la señora. La mujer se volvió hacia él.

—¡Eh! ¡Usted! Cómprela si quiere y verá lo que se lleva.

Y se alejó yendo tras Alfred.

—¡Oh!, gracias Pip —la voz de Guinevere estaba llena de dolor—. Creo que yo también te gusto.

Sin saber cómo, de pronto y para su propia sorpresa, se encontró con el billetero en la mano. Miró a su alrededor medio inconsciente. Vio a Marta que conducía a Alfred hacia otro lugar más alejado. Al fin Pip metió cinco dólares en una ranura y esperó los cinco centavos de cambio.

Se oyó un ruido en el interior de la máquina. Algo que ronroneaba. De los brazos de Guinevere cayeron las cadenas.

—VENDIDA —un aparato 3-D quedaba tras ella—, COMPRE EL SUYO MAÑANA.

—¡Querido! —él ya tenía los brazos de la muchacha alrededor del cuello, antes de que él hubiera recuperado la moneda de níquel—. Creí que ya no llegarías a comprarme.

Él intentó evadirse de los besos de la muchacha, pero de pronto se quedó

paralizado. Una brisa de calor le embargaba y la esencia de su perfume formaba un velo a su alrededor. Sentía como si bombas estallaran en su cerebro.

—¡Para ya! —La separó delicadamente, tratando al mismo tiempo de recordar que era un ser innatural—. Ya sabes que tengo que trabajar. Y además hay cierta información que me dijiste que me darías.

—¡Pues claro que sí, querido! —con toda obediencia ella se separó de él—. Pero antes de que nos vayamos me comprarás lo más imprescindible en una mujer, ¿verdad?

—¡No tan de prisa! ¡Eso no estaba en el trato!

Él quedó reflexionando con una mueca de admiración, por lo que consideraba una parte integrante de la operación, bastante astuta.

—De acuerdo —accedió al fin—. De acuerdo si respondes a todas mis preguntas.

—Soy toda tuya, querido —dijo mimosa—. Todo lo que sé.

Cogió los veinte dólares que él le tendió y los puso en una ranura. La máquina comenzó a hacer ruidos desbaratados y al fin Guinevere recogió lo que salió de ella.

—No me importa ni me digas lo que has sacado por favor —dijo él en voz queda—. Quiero decir que no tenemos tiempo que perder. Quiero empezar a saber todo lo que se refiere a Athemas Sue tan pronto como salgamos de aquí. Cogemos un taxi y hablaremos por el camino.

—Muy bien, querido Pip —dijo ella—. Pero antes de que nos vayamos, ¿no podría comer algo? He estado ahí de pie desde ayer a las cuatro de la tarde y tengo un hambre atroz.

Con una mueca de disgusto por el retrajo que aquello le producía, la llevó al restaurante del terminal. Estaba casi vacío. Dos solteronas miraron a Guinevere, murmuraron y se fueron. Dos marineros sonrieron. El único camarero que había, miró fijamente a Pip fingiendo no apercebirse de la presencia de Guinevere. Chimberley miró el menú con disgusto y pidió dos pechugas, resolviendo cargarlas a sus costos. El camarero les dijo con resolución que lo sentía mucho pero que no tenía. Les recomendó hamburguesas.

—¡Hamburguesas! —dijo Guinevere contenta—. Las hace Solar Chemistics, de los mismos rayos de sol y de agua del mar. Son extraordinarias y todo el mundo las adora.

—¡Dos hamburguesas! —pidió Pip—. Y no las deje quemar.

Se llevó a Guinevere a un sitio un poco más reservado.

—Y ahora hablemos —dijo—. Necesito toda la situación. Cuéntame todos los detalles.

—Yo soy una criatura innatural, como todas las demás.

—Pues quiero saber todo lo que se refiera a las generaciones vitales innaturales.

—Hay cosas que yo desconozco —ella frunció el ceño—. ¿Por favor Pip, puedo pedir un vaso de agua? Tengo sed toda la noche y estoy apergaminada.

El reservado estaba fuera del alcance de los dominios auditivos del camarero.

—¿Y qué es lo que no sabes?

—Nuestros secretos —sonrió ella misteriosamente—. El Solar Chemistics es el pionero más osado en este apasionante nuevo campo de la ingeniería química aplicada a las masas manufacturadas de organismos vitales. Nuestro sistema de mecanizado, es lo suficiente inteligente como para hacernos capaces de adaptarnos a todo el mundo.

Chimberlay sonrió ante su aparente inocencia sospechando que le habían cogido.

—De todos modos —se apresuró ella a contestar— dime todo lo que sepas. Qué fue lo que hizo que la compañía se dedicase a los organismos vitales.

—El tipo *Miss Chemistics*.

—Bueno, por aquí creo que vamos llegando a algún sitio —se inclinó sobre la mesa y dijo—: ¿Quién es *miss Chemistics*?

—La mujer más amada del mundo —Guinevere bebió el agua—. Ganó el premio que estaba propuesto para escoger a la mujer que todo hombre deseara. Fue una verdadera apoteosis. Cuarenta millones de mujeres entraron en él. La ganadora fue una muchacha llamada Gussie Schleppe procedente de una granja y que ahora es Guinevere Gold.

—¿Qué tiene ella que ver contigo?

—Somos copiadas —dijo Guinevere con complacencia—. La mujer más maravillosa del mundo.

—¿Y cómo copian a la mujer?

—Ningún ser humano podría, hace falta mucho saber y experiencia. Pero nuestro designador fue capaz de arrostrar con todo —sonrió orgullosa— porque... sabe usted... el premio que *miss Chemistics* ganó, fue inmortal.

—¿Eh? —dijo él—. ¿Y cómo fue eso?

—Unas cuantas células del tejido de aquel cuerpo fueron arrancadas, luego heladas y después llevadas al laboratorio. Cada célula como sabes contiene una gran cantidad de cromosomas —un sistema completo genético para la reproducción de todo el cuerpo— y el departamento legal obtuvo permiso de la compañía para guardar las células vivas indefinidamente y de ese modo producir nuevas copias por medio de cualquier proceso que se hubiera descubierto.

—Quizá eso es la inmortalidad —dijo Chimberley— pero en realidad eso no parece un premio.

—Ella se sintió desanimada cuando le dijeron que era.

Guinevere asintió tranquilamente:

—No quería que nadie cortara su precioso cuerpo. Tenía miedo de que le hicieran daño y de que la herida quedase en su rostro, pero al fin hizo cuanto le pedían. Todos los laboratorios necesitaban simplemente unas cuantas células. Ella al fin, dejó que un médico de la compañía las cogiera en un sitio que no dejase cicatriz. Y la publicidad hizo su efecto. Ahora es una actriz de categoría con un millón de dólares de contrato.

—Un bonito sistema —dijo Pip— pero ¿qué piensa ella de la generación antinatural?

—Cree que somos formidables —respondió Guinevere—. Ella adquiere una regalía de cada copia que se vende. Además, sus agentes dicen que somos una publicidad sensacional.

—Ya lo creo que lo sois —una expresión de reluctancia brilló en sus ojos antes de que él pudiera llevar el pensamiento nuevamente a sus negocios y ocupaciones—. Pero continuemos. ¿Qué me dices del asunto de *Miss Chemistics*?

—Pues que todos se sintieron muy interesados e inclinados por ese asunto y cuando se puso en funcionamiento se batieron todos los records de los tipos químicos.

Se mantuvo sin decir ni una palabra, sumido en sus cavilaciones. Sus ojos estaban en Guinevere. Pero su pensamiento estaba en los asuntos más importantes para él, en aquellos momentos.

Guinevere le miró extrañada.

—¿Tengo algo mal en la cara?

—No, nada —le aseguró él con solemnidad. Luego se llevó la mano a la barbilla y dijo—: Le oí decir a tu amigo el leguleyo, allá en la máquina vendedora, que no sois seres humanos en lo que se refiere a la ley. ¿Qué diferencia hay?

—Las células originales son todas humanas. Las diferencias vienen después, en la producción de líneas. Nosotros, estamos sujetos a placentas mecánicas y crecemos bajo un control hormonal, realizado a partir de complejas soluciones químicas. Nos educan a medida que crecemos, por medio de los impulsos psiónicos transmitidos a grandes velocidades. Todo esto son, desde luego, grandes diferencias. La mayor de todas es que nosotros somos mejores.

Él frunció el ceño.

—¿Crees que las mujeres son celosas?

—Puede ser —respondió él—. Nunca me esforcé por comprender a las mujeres. Todas ellas parecen poseer algo que las hace extrañas. Vayamos a Athena Sue. Salgamos fuera...

Guinevere hizo una mueca.

—¡Oh! Pip, nuestra hamburguesa.

El camarero estaba frotándose las manos en una toalla mirándola con desaprobadora fascinación. Las olvidadas hamburguesas se estaban quemando en la parrilla que había tras él. El movimiento de la muchacha le hizo recordarlas y las preparó inmediatamente. Luego las sirvió en el mostrador.

Chimberley puso las dos ante Guinevere. Él no sentía el menor aprecio por las hamburguesas en cualquier condición que estuvieran, pero ella se las comió con avidez y aún después pidió un trozo de tarta.

—Está riquísimo —le dijo con la boca llena—. Fabricadas por los procedimientos sintéticos ambrosiales y procedimientos químicos. ¿No quieres probar un poco?

Cuando se acercaron a un taxi que había en la calle, el taxista hizo un gesto de desagrado. Pero les cogió.

—Ocúltela un poco —dijo el taxista—. Que esté fuera de la vista del exterior. Ha habido ya varios líos en estos últimos días a causa de ellas.

Guinevere hizo cuanto pudo por no mostrarse al exterior, acercándose mucho a Pip. Ella no decía nada, pero notaba cómo temblaba. El coche se deslizó rápido por las calles vacías y en una de las curvas ella le cogió la mano con inseguridad en sí misma.

—¿Ve eso, señor? —dijo el chófer frenando un poco la marcha—. Era uno de los mercados mecanizados. Los huelguistas lo quemaron ayer. Esas máquinas las están vendiendo a ellos. ¿Comprende? ¿Sabe a qué me refiero?

Chimberley asintió. Sentía la mano de Guinevere que estaba helada junto a la suya. De pronto él la rodeó con su brazo. Ella se acercó más y susurró:

—¿Qué ha querido decir?

—No lo sé.

La nave del Solar Chemistics era casi totalmente negra. Había un olor característico de las radiaciones solares amazacotadas y quintaesenciadas en aquel ámbito y luces que brillaban extraordinariamente al lado de cilindros de metal, pipas y válvulas automáticas.

Chimberley se sintió casi orgulloso de aquel olor e hinchó los pulmones. Allí se respiraba aire, se bebía agua del mar y se alimentaba todo de luz solar, al mismo tiempo que se daban a luz cosas tan maravillosas como Guinevere.

El conductor se detuvo ante el edificio y Chimberley descendió. Los huelguistas habían estado allí. Había trozos que habían sido incendiados y vio ventanas rotas por todo el edificio a medida que caminaba hacia la puerta.

Hizo sonar la campana, pero no ocurrió nada. Nadie se movía en el interior.

—Su poderosa máquina —dijo el taxista irónico—. Parece que no le conozcan.

Volvió a hacer sonar la campana y una especie de gigante salió a la puerta. Chimberley le entregó la carta de identificación a través de la barrera y preguntó si había alguien en la oficina.

—No hay nadie —dijo el vigilante.

—Yo lo que quería ver son los aparatos de verificación, si me permite el paso...

—Me temo que no podré, señor...

—Escuche —la voz de Chimberley se hizo más aguda y nerviosa por la emergencia—. Es un caso de verdadero compromiso. De emergencia. Tengo que verificar algo inmediatamente.

—No puede existir tal emergencia —le dijo el vigilante—. Después de todo lo ocurrido ayer, los directores han ordenarlo cerrarlo todo.

—Pero no pueden hacerlo —se sintió alarmado como si se estuviese ahogando en su nerviosismo—. Si cierra la fábrica, no habrá fuerza y entonces los tubos memoriales se descargarán. Y ella... morirá...

—¿Y qué? —dijo el vigilante—. Los directores se reunirán de nuevo esta mañana, con el cuerpo legal.

—Pero tendré que verificarla de nuevo y porrería equilibrada —dijo con desesperación—. ¡Déjeme entrar!

—Lo siento señor. Pero después de cuanto ocurrió ayer, me ordenaron que no dejara entrar a nadie.

—Ya comprendo —dijo Pip respirando profundamente y haciendo todo lo posible por controlar los nervios—. ¿Me querría decir exactamente qué fue lo que ocurrió?

—Si no lo sabe... —el vigilante miró imprudente hacia el coche donde Guinevere estaba sentada esperando—. Su gran cerebro ha desarrollado secretamente las células sintéticas. Las pusieron al mercado ayer por la mañana. Parece ser que es algo sensacional y ardiente en ciertos puntos de vista. Inmediatamente todos los hombres querían más y a un precio ridículo. Su pobre máquina nunca comprenderá por qué esas gentes trataron de aplastarla.

Chimberley dijo:

—Llame a los oficiales responsables. Ahora. Insisto.

—De acuerdo —dijo el gigante—. Pero no hay responsables oficiales desde que no hay verificaciones. De modo que ¿qué puedo hacer?

—De momento podría reservarse su insolencia —le replicó Chimberley—. Y deme su nombre. Daré cuenta de usted mañana por la mañana.

—Matt Skane —respondió—. Era el preparador general.

—Ya veo —murmuró acusador Chimberley—. Usted odiaba los verificadores...

—¿Por qué no? Luché contra ellos durante años, antes de que entraran a la compañía. Perdí mi salud en la lucha y la mayor parte del dinero que tenía.

Pip no respondió y se volvió al taxi indicando al chófer que le condujera al Hotel del Gran Desierto. El recepcionista dedicó a Guinevere una mirada muy expresiva. Otro taxista le dijo que su vida sería mucho más simple y con menos complicaciones, si le pedía a la policía que le separara de aquella mujer, pero en aquellos momentos lo que más le molestaba era cristalizarse y no poder llevar a efecto sus ideas.

—No puedo comprender a la gente —le dijo a Guinevere—. No son como máquinas. Me pregunto a veces cómo habrán hecho para llevar a efecto una cosa como Athena Sue. Pero en fin, hagan lo que hagan yo no pretendo dejarte abandonada.

Se había hecho de día antes de que pudieran encontrar una habitación carísima en un hotel, donde el recepcionista de noche pidió el dinero por adelantado y no hizo ni la menor pregunta. Era demasiado tarde para dormir, pero a él le dio tiempo para ducharse y afeitarse.

Empezaba a quedarse sin dinero. Prudentemente cogió un autobús en la esquina. Llegó al edificio antes de las ocho. La puerta de entrada hoy estaba abierta, pero un guardia armado salió a recibirle.

—Pertenezco a la General Cybernetics.

Estaba buscando nervioso la carta de identificación, pero el guardia le hizo un gesto para que se detuviera.

—¿Mr. Chimberley?

—Yo soy Chimberley. Y quiero hacer una inspección de los aparatos de fabricación aquí, antes de que los directores se reúnan esta mañana.

—Matt Snake me dijo que vendría usted hoy por la mañana, pero me temo que haya llegado tarde —el guardia hizo un gesto señalando a los coches aparcados—. Los directores hace que se reunieron una hora. Pero pase.

Una ola de pesar y una sensación de enfermo recorrieron su cuerpo a medida que pasaba por la habitación de recepción y se dirigía hacia una sección mecanizada, administrativa, pasando por allí en silencio.

—El sol ardiente de Shenectady —dijo el guardia.

—Tendremos que hacerlo de prisa —dijo Pip—. Esa palabra vino de la habitación. Están hablando ahora del cerebro. Ya es hora de que hablemos de ello, si alguien quiere saber algo.

—¿Por qué?

—¿No les vio? Esos horribles monstruos sintéticos que se estaban perdiendo por todas partes. De todos modos quiero entrar y verificarlo todo.

Había una morena que debió formar parte del asunto de *Miss Chemitics* y que le miró con un interés que inmediatamente murió.

Con expresión preocupada, la muchacha se acercó a la puerta que daba entrada a un lugar con aire acondicionado y que había sido el cerebro en sí de Athena Sue. Se detuvo ante unas unidades limpias y pintadas al pastel que le entristecían por su silencio.

Pensó que los ruidos normales de la mecanización deberían estar azotando a su alrededor. Los pentodos germanos, las células de mente cibernética, habían estado siempre muy calladas. Tendría que haber habido ruidos de reíais y máquinas automáticas de escribir que fueran copiando sus voces.

Pero Athena Sue estaba muerta.

Tal vez podría revivir, se dijo a sí mismo esperanzados Sus memorias permanentes estaban todavía intactas. Él podría volver a hacer latir su pulso electrónico, a través de una descarga de tubos, en el caso de que pudiera descubrir lo que de un modo tan extraño le había llevado a la muerte.

Se puso a trabajar.

Tres horas más tarde, se hallaba inclinado sobre un aparato que rodaba a gran velocidad, cuando una voz fuerte le distrajo.

—Eh, Chimberley, ¿encontró algo?

En seguida reconoció al gigante de Matt Snake, sin el reloj de vigilante.

—Sí —dijo mirando a su alrededor. La morena y el guarda habían desaparecido. Se humedeció los labios y continuó—. He descubierto lo que le ocurrió al verificador.

—¿Ah, sí?

Snake esperó, con el cuerpo un tanto inclinado hacia delante, rojo, con unas manos que parecían más bien martillos. Era un hombre bastante abotargado pero peligroso.

—Era un sabotaje —dijo Chimberley cogiendo uno de los útiles como distraídamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Aquí está bien claro —dijo señalando a uno de los aparatos—. Alguien puso en funcionamiento a Athena Sue para que buscara un proyecto que tendría que ser su propia destrucción. Siendo un aparato importante hizo lo que se le indicó. Y lo hizo de tal modo, que la reacción de los consumidores desfavorables se vería arruinada para siempre y el descrédito caería sobre los equipos mecanizados. De modo que el saboteador volvió a indicarle otro programa de actuaciones, de tal modo, que todos ignoraran las consecuencias y los productos salieran a la venta.

—Ya comprendo —dijo Snake—. ¿Y quién fue el perro saboteador?

—Estoy seguro de que fue alguien que tiene acceso al cuadro de mandos de programación en algunas ocasiones. Por lo que he podido averiguar, hasta ahora el único empleado de la compañía que ha estado aquí en esos momentos ha sido el vigilante, un vigilante llamado... Matt Snake.

El hombre se puso lívido.

—¿Podría probar eso?

—Creo que no me será muy difícil. Con un poco más de investigación creo que llegaré a descubrir bastantes pruebas que podrán interesar a los directores.

Snake avanzó hacia él.

—Los directores se han ido y no va a haber más investigaciones. Ahora soy yo el contraamaestre general. Y quiero esos útiles.

—Cójalos. Ya veremos para qué le sirven. Tal vez no pueda probar muchas cosas, pero de todos modos ustedes están metidos en el lío. No puede volverse atrás en el tiempo —le dijo amargamente Pip—. Los competidores suyos no querrán reconocer sus trabajos del pasado. Tendrá que volver a luchar contra los verificadores. Ya lo tuvieron una vez contra el muro y lo volverán a hacer.

—No apueste por ello —respondió Snake— porque hemos aprendido una o dos cosas. Vamos a usar máquinas en lugar de tratar de luchar contra ellas. Estamos poniendo en una batería pequeña, una especie de verificadores auxiliares. Creo que nos saldremos muy bien del paso sin necesitar para nada ayuda.

Chimberley se sintió enfermar de humillación. Su propio futuro no era un problema serio: un buen ingeniero de cibernéticas tenía siempre el camino abierto. Lo que le hería, era el modo por el que se había destruido Athena Sue.

Pero allí tenía a Guinevere esperándole en su habitación.

Se encogió de hombros al pensar en ella. La mayor parte de las mujeres le aburrían con sus fantásticas irracionalidades y sus insufribles estupideces, pero Guinevere era diferente. Era más parecida a Athena Sue, tibia y comprensiva, libre de

todos los regustos humanos que él odiaba.

Fue corriendo desde el autobús al hotel y tenía el corazón agitado cuando llegó a la puerta de la habitación.

—¡Guinevere!

Respiraba profundamente. Se abrió el pestillo. Oyó, una vez la puerta abierta, la voz de Guinevere que le decía:

—¡Oh, Pip, creí que nunca volverías!

—Guin...

Se detuvo contrariado y sorprendido, al ver a la mujer que había en la puerta. Era horrible y vieja. Tenía unas manos envejecidas y delgadas que iban hacia él ciegamente.

—¿Pip? —su voz sí le recordaba a Guinevere—. ¿No eres tú?

—Dónde... ¿dónde estás Guinevere? —dijo mirando por la habitación.

—Querido, ¿no me conoces?

—Tú no puedes ser... pero sin embargo tu voz...

—Sí querido, soy tuya —dijo asintiendo con su blanca cabeza—. La misma que compraste la noche pasada. Guinevere Modelo 1 Serie número 1997-A-456.

La diferencia que has descubierto es nuestro rápido desgaste. Es algo de lo que no hay que hablar pero tú eres ingeniero. Ya puedas darte cuenta de lo importante que es para asegurar una cifra de ventas continua. ¿Un hecho maravilloso no crees querido?

Él volvió el rostro con una mueca de dolor.

—No creo que te parezca ya muy bonita, pero qué le vamos a hacer. Es así como lo planearon los ingenieros. Pero llévame a la máquina vendedora donde me compraste. Allí me podrás cambiar por otra que será un nuevo modelo y no te saldrá tan caro porque me darás a cambio.

—Ya no —murmuró—. Snake se ha puesto por medio y no creo que se vuelva a fabricar nuevos modelos.

—¡Oh, Pip! Lo siento por ti.

Él se sentó a su lado en la cama, con lágrimas en los ojos. Por un instante sintió que odiaba aquel trabajo y a los huelguistas y a Matt Snake.

Pero pronto empezó a recobrase.

Después de todo, la culpa no era de Athena Sue. Más bien la habían traicionado. Las máquinas no eran demonios a no ser que el hombre hiciera uso indebido de ellas.

Se volvió hacia Guinevere y besó sus labios con gravedad.

—Así lo haré —susurró—. Y ahora tengo que llamar a Shenectady.

Notas

[1] *asalto m.* Juego amoroso promiscuo. Uso aparecido durante la Tercera Guerra Mundial. <<

[2] *revientamúsculos* **m.** coloq. Dicho del resultado de inyectar una droga en un músculo. Uso aparecido durante la Tercera Guerra Mundial. <<

[3] *bacis m. coloq.* Bacterias anticiviles. Uso aparecido durante la Tercera Guerra Mundial. <<

[4] *pirado* **adj.** Alter. común de P.R.D. <<